

T O M S A W Y E R

M A R K T W A I N

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

© 1999 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PREFACIO

Casi todas las aventuras que se leen en este libro son cosas que han sucedido: algunas me ocurrieron a mí; otras, a muchachos compañeros de escuela. Huck Finn está tomado del natural; Tom Sawyer, también; pero no de un mismo tipo; es una combinación de muchachos, tres conocidos míos, y pertenece, por lo tanto, a lo que se llama, arquitectónicamente, un orden compuesto.

Todas las supersticiones a que se hace alusión prevalecían en la época de esta narración; es decir, hace treinta o cuarenta años, entre los niños y los esclavos del Oeste de los Estados Unidos.

Aunque este libro esté escrito principalmente para solaz de la gente joven, espero que no por eso será desdeñado por las personas mayores, pues en-

tró también en mi propósito el hacer que los mayores recordasen con agrado cómo fueron ellos en otros tiempos y cómo sentían, pensaban y hablaban, y en qué curiosas situaciones se hallaron.

Capítulo 1

-¡Tom! -Completo silencio. -¡Tom! -Igual respuesta. -Dónde se habrá metido ese muchacho... ¡Tom!

La anciana bajóse los anteojos, y miró por encima de ellos alrededor del cuarto; después se los subió a la frente y miró por debajo de ellos. Rara vez, o nunca, miraba a través de los cristales a cosa tan poco importante como es un chico. Eran aquellos anteojos de ceremonia su mejor orgullo, fabricados para ornato, y no para servicio, y no hubiera visto mejor mirando a través de un par de anteojeras. Se quedó un instante perpleja, y dijo, no con cólera, pero lo bastante alto como para que la oyeran los muebles:

-Bueno, pues te aseguro que si te echo mano te voy a...

No terminó, porque para entonces estaba agachada dando estocadas con la escoba por debajo de las camas; así es que necesitaba todo su aliento para ritmar los escobazos con resoplidos. Lo único que consiguió desenterrar fue al gato.

-¡No he visto nada igual a ese chico!

Fue hasta la puerta y se detuvo allí, recorriendo con la mirada las plantas de tomate y las hierbas silvestres que crecían en el jardín. Ni sombra de Tom. Alzó, pues, la voz, y en un ángulo de puntería calculado para larga distancia, gritó:

-¡Tom... Tooom!

Oyó tras ella un ligero ruido y se volvió justo para atrapar a un muchacho por el borde de la chaqueta y detener su vuelo.

-¡Ya estás! ¡Que no se me haya ocurrido pensar en esa despensa!... ¿Se puede saber qué es lo que estabas haciendo ahí?

-Nada.

-¿Nada? Mírate esas manos, mírate esa boca... ¿De qué estás pringoso?

-No sé, tía.

-Bueno, pues yo sí lo sé. Es dulce. Mil veces te he dicho que como no dejes en paz a ese dulce, te despellejaré vivo. Dame esa vara.

La vara se agitó en el aire. Aquello tomaba mal cariz. -¡Dios mío! ¡Mire lo que viene detrás, tía!

La anciana giró en redondo recogiendo las faldas para esquivar el peligro, y en el mismo instante el chico escapó, y se encaramó por la alta valla de tablas y desapareció tras ella. La tía Polly se quedó un momento sorprendida y después se echó a reír bondadosamente.

-¡Diablo de muchacho!... ¿Cuándo acabaré de aprender sus manías? Cuántas jugarretas como ésta no me habrá hecho y aún le hago caso. Pero las viejas bobas, somos más bobas que nadie. Perro viejo no aprende gracias nuevas, como suele decirse. ¡Pero, Señor! Si no me la hace del mismo modo dos días seguidos, ¿cómo va una a saber con qué va a salir? Parece que adivina hasta dónde puede atormentarme antes de que llegue a enojarme, y sabe que si logra desconcertarme o hacerme reír, ya no soy capaz de pegarle. No; la verdad es que no cumplo con mi deber con este chico. Esa es la pura verdad. Tiene él diablo en el cuerpo; pero ¡qué le voy a hacer! Es el hijo de mi pobre hermana difunta y no

tengo alma para pegarle. Cada vez que lo dejo sin castigo me remuerde la conciencia y cada vez que le pego se me parte el corazón. ¡Todo sea por Dios! Pocos son los días del hombre nacido de mujer, y llenos de tribulación, como dice la Escritura, y así lo creo. Esta tarde hará la rabona y no tendré más remedio que hacerle trabajar mañana como castigo. Cosa dura es obligarle a trabajar los sábados, cuando todos los rapaces tienen asueto. Pero aborrece el trabajo más que ninguna otra cosa, y yo tengo que ser un poco rígida con él, o seré su perdición.

Tom hizo, en efecto, la rabona y se divirtió en grande. Volvió a casa con el tiempo justo para ayudar a Jim, el negrito, a cortar la leña para el día siguiente y a hacer astillas antes de la comida. Pero, al menos, llegó a tiempo para contar sus aventuras a Jim, mientras éste hacía tres cuartas partes de la tarea. Sid, el hermano menor de Tom, o mejor dicho hermanastro, ya había dado fin a la suya de recoger astillas, pues era un muchacho tranquilo, poco dado a aventuras ni escapadas. Mientras Tom comía y escamoteaba terrones de azúcar cuando la ocasión se le ofrecía, su tía le hacía preguntas llenas de malicia y de segunda intención, con el intento de hacerle picar el anzuelo y sonsacarle reveladoras confesio-

nes. Como otras muchas personas, igualmente sencillas y candorosas, se envanecía de poseer un talento especial para la diplomacia tortuosa y sutil y se complacía en mirar sus más obvios y transparentes artificios como maravillas de artera astucia.

-Hacía bastante calor en la escuela, Tom, ¿no es cierto? -Sí, tía,

-Muchísimo calor, ¿verdad?

-Sí, tía.

-¿Y no te entraron ganas de ir a nadar?

Tom sintió un vago escozor, un barrunto de alarmante sospecha. Examinó la cara de su tía Polly, pero nada sacó en limpio. Así es que contestó:

-No, tía; vamos... no muchas.

La anciana alargó la mano y le palpó la camisa.

-Pero ahora, con todo, no tienes demasiado calor.

Y se quedó tan satisfecha por haber descubierto que camisa estaba seca, sin dejar traslucir que era aquello lo que tenía en la cabeza. Pero bien sabía Tom ya de dónde soplabla el viento. Así es que se apresuró a parar el próximo golpe.

-Algunos chicos estuvimos echándonos agua en la cabeza. Aún la tengo húmeda, -ve?

La tía Polly se quedó en suspenso, pensando que no había advertido aquel detalle acusador, y, además, le había fallado un tiro. Pero tuvo una nueva inspiración.

-Dime, Tom, para mojar te la cabeza, ¿no tuviste que descoserte el cuello de la camisa por donde yo te lo cosí? Desabróchate la chaqueta.

Toda sombra de alarma desapareció de la cara de Tom. Se abrió la chaqueta. El cuello estaba cosido, y bien cosido.

-¡Diablo de chico! Estaba segura que te habrías hecho la rabona y de que habrías ido a nadar. Me parece, Tom, que eres como un gato escaldado, como suele decirse, y mejor de lo que pareces. Al menos por esta vez.

Le dolía un poco que su sagacidad hubiese fallado y se complacía de que Tom hubiera obedecido siquiera una vez.

Pero Sid dijo:

-Pues, mire usted, yo diría que el cuello estaba cosido con hilo blanco, y el que tiene ahora es negro.

-Cierto que lo cosí con hilo blanco... ¡Tom!

Pero Tom no esperó al final. Al escapar, gritó desde la puerta:

-¡Siddy, buena paliza te va a costar esto!

Ya en lugar seguro, sacó dos largas agujas que llevaba clavadas debajo de la solapa. En una había enrollado hilo negro y en la otra blanco.

-Si no es por Sid, no lo descubre -se dijo- Unas veces lo cose con hilo blanco y otras con negro. ¿Por qué no se decidirá de una vez por uno u otro? Así no hay quién lleve la cuenta. ¡Pero Sid me las ha de pagar!

Tom no era el niño modelo del lugar. Al niño modelo lo conocía de sobra y lo detestaba con toda su alma.

Aún no habían pasado dos minutos cuando ya había olvidado sus desgracias y sus pesadumbres. No porque fueran menos graves de lo que son para los hombres de edad madura, sino porque un nuevo y absorbente interés las redujo a la nada y las apartó de su pensamiento, del mismo modo como las desgracias de los mayores se olvidan al aparecer otras nuevas. Este nuevo interés era cierta inapreciable novedad en el arte de silbar, en la que acababa de adiestrarlo un negro, y que ansiaba practicar a solas y tranquilo. Consistía en ciertas variaciones del estilo de trino de pájaro, una especie de líquido gorjeo

que resultaba de hacer vibrar la lengua contra el paladar y que se intercalaba en la silbante melodía.

La dedicación y perseverancia pronto le hicieron dar en el quid, y echó a andar con la boca rebozante de armonías y el alma llena de regocijo. Sentía la misma emoción que experimenta un astrónomo al descubrir una estrella. No hay duda de que en cuanto a lo intenso, hondo y acendrado del placer, era mayor en el muchacho que en el astrónomo.

Los crepúsculos estivales eran largos. Aún no era de noche. De pronto Tom suspendió el silbido. Un forastero estaba delante de él: era un muchacho que apenas le llevaba un dedo de ventaja en la estatura. Un recién llegado, de cualquier edad o sexo, era una curiosidad emocionante en el pobre lugarejo de San Petersburgo. El chico, además, estaba bien vestido, y eso en un día de trabajo. Esto era simplemente asombroso. El sombrero era modernísimo: la chaqueta, de paño azul, nueva, bien cortada y muy elegante, y a igual altura estaban los pantalones. Tenía puestos los zapatos, aunque no era más que viernes. Hasta llevaba corbata: una cinta de colores vivos. En toda si, persona había un aire de ciudad que a Tom le hacía el efecto de una injuria. Cuanto más contemplaba aquella provocadora

maravilla, más alzaba en el aire la nariz con un gesto de desprecio por aquellas galas, y más rota y desastrosa le iba pareciendo su propia ropa. Ninguno de los dos hablaba; si uno se movía, también lo hacía el otro. Pero sólo de costado, haciendo rueda. Seguían cara a cara y mirándose sin pestañear. Al fin, Tom dijo:

-Yo te puedo

-Pues haz la prueba.

-Te digo que te puedo.

-¡A que no!...

-¡A que sí!...

Siguió una pausa embarazosa. Enseguida Tom prosiguió: -¿Cómo te llamas?

-¿A ti qué te importa?

-Pues si me da la gana, vas a ver si me importa.

-Pues, ¿Por qué no te atreves?

-Como sigas hablando lo vas a ver.

-¡Mucho!... ¡Mucho!... ¡Mucho!...

-Te crees muy gracioso; pero con una mano atada te puedo dar una paliza.

-¿A que no me la das?...

-¡Vaya un sombrero!

-¡Pues atrévete a tocarlo!

-Lo que tú eres es un mentiroso.

-Más eres tú.

-Como me digas algo, agarro una piedra y te la tiro a la cabeza.

-¡A que no!

-Lo que tú tienes es miedo,

-Más tienes tú.

Otra pausa, y más miradas y más vueltas alrededor.

Después empezaron a empujarse hombro con hombro.

-Vete de aquí -dijo Tom.

-Vete tú -contestó el otro.

-No quiero.

-Pues yo tampoco.

Y así siguieron, cada uno apoyado en una pierna como en un puntal y los dos empujando con toda su alma y lanzándose furibundas miradas. Después de forcejear hasta que ambos quedaron jadeantes de indignación los dos dieron en el empuje con desconfiada cautela, y Tom dijo:

-¡Mujercita!

-Tú eres un cobarde. Voy a decírselo a mi hermano mayor, que te puede deshacer con un dedo.

-Para lo que me importa de tu hermano!... Tengo yo uno mayor que el tuyo, que si lo agarra, lo tira por encima de esa cerca.

(Ambos hermanos eran imaginarios.)

-Eso es mentira.

-No será porque tú lo digas.

Tom hizo una raya en el suelo con el dedo gordo del pie y dijo:

-Si pisas esta raya soy capaz de pegarte hasta que me pidas perdón.

El recién llegado pisó enseguida la raya y dijo:

-Ya está; a ver si haces lo que dices.

-No te vengas con esos desplantes; cuídate.

-Bueno, anímate a torearne.

-¡A que sí!... Por dos centavos lo haría.

El otro sacó dos centavos del bolsillo y se los alargó con burla. Tom los tiró contra el suelo de un manotón.

En el mismo instante rodaron los dos, revolcándose en la tierra, agarrados como dos gatos, y durante un minuto forcejaron asiéndose del pelo y de las ropas; se golpearon y se arañaron las narices y se cubrieron de tierra y de gloria. Cuando la confusión tomó forma, a través de la polvareda de la ba-

talla, apareció Tom sentado a horcajadas sobre el forastero y moliéndole a puñetazos.

-¡Date por vencido! -repitió Tom, y siguió golpeándolo.

Al fin el forastero balbuceó un "me doy", y Tom le dejó levantarse y dijo:

-Eso para que aprendas y te fijes con quién te metes.

El vencido se fue, sacudiéndose el polvo de la ropa, entre hipos y sollozos, y de cuando en cuando se volvía, moviendo la cabeza y amenazando a Tom con lo que iba a hacer "la primera vez que lo tuviera cerca". A lo cual Tom respondió con una mirada de burla, y echó a andar con aire de matón. Pero tan pronto como volvió la espalda, su rival tomó una piedra y se la arrojó, dándole en mitad de la espalda, y enseguida volvió grupas y corrió como una liebre. Tom persiguió al traidor hasta su casa y se enteró así dónde vivía. Tomó posiciones por algún tiempo junto a la puerta del jardín y desafió a su enemigo a salir a campo abierto. Pero el enemigo se contentó con sacarle la lengua y hacerle muecas detrás de los vidrios de una ventana. Al fin apareció la madre del muchacho y llamó a Tom malo y ordinario, orde-

nándole que se fuese de allí. Tom se fue, pero no sin prometer antes que el chico se las había de pagar.

Llegó muy tarde a casa aquella noche, y al encaramarse cautelosamente a la ventana cayó en una emboscada preparada por su tía, la cual, al ver el estado en que traía las ropas, se afirmó en su resolución de convertir en encierro y trabajos forzados el asueto del sábado.

Capítulo 2

Llegó el sábado, que amaneció luminoso, fresco y lleno de vida. En cada corazón había un canto, y si el corazón era joven, ese canto subía hasta los labios, Todas las caras parecían alegres y los cuerpos anhelosos de movimiento. Las acacias estaban en flor y su aroma saturaba el ambiente. El monte de Cardiff del pueblo estaba cubierto de vegetación, y lo bastante alejado como para parecer una deliciosa tierra prometida que invitara al descanso.

Tom apareció en la calle con un balde de cal y un pincel atado en la punta de una pértiga. Echó una mirada al cerco, y la Naturaleza perdió para él toda alegría y una aplanadora tristeza cubrió su espíritu. ¡Treinta varas de valla de nueve pies de altura! Le pareció que la vida era vana y sin objeto y la

existencia una pesadumbre. Lanzando un suspiro, mojó la brocha y la pasó a lo largo del tablón más alto; repitió la operación y la volvió a repetir, con lo que quedó pintado lo que le faltaba, y se sentó sobre el boj, descorazonado. Jim salió a la puerta haciendo muecas. con un balde de cine y cantando "Las muchachas de Búfalo". Acarrear agua desde la fuente del pueblo había sido siempre a los ojos de Tom cosa horrible, pero entonces no le pareció así. Se acordó de que no faltaba compañía; había siempre rapaces de ambos sexos. Blancos, mulatos y negros, esperando turno, y mientras tanto holgazaneaban, discutían, se pegaban y bromeaban. Se acordó de que aunque la fuente sólo estaba a ciento cincuenta varas jamás estaba de vuelta Jim con un balde de agua en menos de una hora, y esto porque alguno había tenido que ir en su búsqueda.

-Oye, Jim -dijo Tom-, yo iría a traer agua si tú blanqueas un pedazo.

Jim movió la cabeza y contestó:

-No puedo, amo Tom. El ama me ha dicho que debo llevar el agua sin entretenerme con nadie. Me dijo también que sospechaba que usted me pediría que le ayudara, y que lo que tenía que hacer yo era

apresurarme y no ocuparme más que de lo mío; que ella se ocuparía del blanqueado.

-No importa lo que haya dicho, Jim. Siempre repite lo mismo. Dame el balde; no tardaré ni un minuto.

-No me atrevo, amo Tom. El ama me va a cortar el pescuezo. ¡De verdad!

-¿Ella?... Nunca pega a nadie. Da capirotazos con el dedal, pero no pega. Amenaza, pero no hace daño a menos que se ponga a llorar... Jim, te daré una bolita de las blancas.

Jim comenzó a vacilar.

-Una bolita blanca, Jim... Y es de primera.

-De éstas se ven pocas, es verdad, pero tengo miedo.

Jim era de débil envoltura carnal. La tentación era demasiado fuerte. Puso el balde en el suelo y tomó la bolita. Instantes más tarde, volaba calle abajo con el cubo en la mano y un gran escozor en las asentaderas. Tom iniciaba el blanqueo con furia y la tía Polly se retiraba del campo de batalla con una zapatilla en la mano y el brillo de la victoria reflejado en sus ojos.

Pero la actividad de Tom fue breve. Empezó a pensar en el programa de diversiones que había

planeado para ese día y sus penas se acrecentaron. Pronto los chicos pasarían retozando, camino de tentadoras excursiones, y se reirían de él porque tenía que trabajar..., y esa idea le exacerbaba la sangre. Sacó todas sus "riquezas" y realizó un breve inventario. Trozos de juguetes, tabas y desperdicios heterogéneos; lo suficiente, quizá, para lograr un breve cambio de tareas, pero no lo suficiente para "comprar" media hora de libertad absoluta.

Guardó nuevamente sus escasos recursos y desechó la idea de sobornar a los muchachos. En aquel desesperado trance se sintió súbitamente inspirado. Nada menos que una soberbia y magnífica inspiración. Tomó decididamente la brocha y se puso a trabajar.

Ben Rogers apareció en ese mismo instante; de entre todos los muchachos, éste era de quien más temía las burlas. Ben venía dando saltos y brincos, señal evidente de que tenía el alma libre de pesadumbre y con grandes esperanzas de divertirse. Comía una manzana, y, de cuando en cuando, lanzaba un prolongado y melodioso alarido, seguido de un bronco y profundo: "Tilín, tilín, tilón, tilín, tilín, tilón"; creyendo imitar a un vapor de los que hacen el recorrido del Mississippi. Al acercarse, acertó la

marcha, enfiló hacia el medio de la calle, se inclinó hacia la derecha dobló la esquina pesadamente, con gran aparato y solemnidad, porque estaba representando al "Gran Missouri" y se consideraba a sí mismo con nueve pies de calado. Era buque, capitán y sirena de máquinas, todo en una pieza; y así es que tenía que imaginarse de pie en su propio puente, dando órdenes y ejecutándolas.

-¡Para! ¡Tilín, tilín, tilín! -gritaba, imaginando que la marcha iba disminuyendo y el barco se acercaba lentamente a la costa-. ¡Máquina atrás! ¡Tilín, tilín, tilín! -Y esto diciendo, permanecía con los brazos rígidos, pegados a los costados.

Tom continuó su trabajo, sin hacer caso del "Gran Missouri" que llegaba. Ben le contempló un momento y dijo:

-Je, je!... ¿Las estás pagando, eh?

Pero quedó sin contestación. Tom examinó el último trazo de su pincel con ojo de artista; después dio un ligero brochazo y examinó, como antes el resultado.

Ben "atracoó" a su costado. A Tom se le hacía la boca agua pensando en la manzana, pero no dejó de trabajar.

-¡Hola, compadre! -dijo Ben-. ¿Te hacen trabajar?

-¿Ah, eres tú, Ben?... No te había visto.

-Oye, me voy a nadar. ¿No te gustaría venir? Pero claro, preferirás trabajar... Seguramente que te agradará más trabajar...

Tom se le quedó mirando un instante y dijo:

-¿A qué llamas tú trabajo?

-¡Qué! ¿Eso no es trabajo?

Tom continuó su blanqueo y contestó distraí-damente:

-Bueno, puede ser que lo sea y puede que no. Lo único que sé es que le gusta a Tom Sawyer.

-Vamos, ¿me vas a hacer creer que te gusta?

La brocha continuó moviéndose como si tal cosa.

-¿Gustar? No sé por qué no me va a gustar... ¿Es -que permiten a un chico pintar una pared todos los días?

Ben dejó de comer la manzana. Tom movió la brocha coquetamente hacia atrás y hacia adelante; se retiró dos o tres veces para ver el efecto; añadió un toque aquí, otro allá, y juzgó otra vez el resultado.

En tanto, Ben no perdía de vista un solo movimiento, cada vez más y más interesado, y al fin dijo:

-Oye, Tom, déjame pintar un poco.

Tom reflexionó. Estaba a Punto de acceder, pero cambió de idea.

-No, no puede ser. Ya ves: mi tía Polly es muy exigente para esta tapia, pero si fuera la de atrás del jardín, no me importaría, ni a ella tampoco. No sabes tú lo que la preocupa esta tapia. Hay que hacerlo con mucho cuidado. Puede que no haya entre mil, ni aun entre dos mil, quien pueda blanquearla correctamente.

-¿Qué? ¿Lo dices de veras? Vamos, déjame que pruebe un poco. Si tú fueras yo, te dejaría, Tom...

-Créeme que quisiera dejarte, Ben; pero la tía Polly... Mira, Jim también quiso, y ella no lo dejó. Sid también quiso, y no lo consintió... ¿Ves por qué no puedo dejarte?

- Déjame... Lo haré con cuidado. Déjame probar. Mira, te doy el corazón de la manzana.

-No puede ser. No, Ben; no me lo pidas. Tengo miedo.

-¡Te doy toda la manzana!

Tom le entregó la brocha con aparente desgano en el semblante, pero con entusiasmo en el corazón, y mientras el ex "Gran Missouri" trabajaba y sudaba al sol, el "artista retirado", sentado sobre una barri-

ca, a la sombra, balanceando sus piernas, se comió la manzana y planeó el degüello de otros inocentes. A cada momento aparecían muchachos. Venían a burlarse, pero se quedaban a blanquear. Así es que, cuando Ben se sintió cansado, Tom había vendido ya el turno siguiente a Billy Fischer por un barrilete en buen uso. Cuando éste quedó aniquilado, Johnny Miller compró el puesto con una rata muerta con un bramante para hacerla girar, y así siguió hora tras hora. Cuando llegó la tarde, Tom, que por la mañana se hallaba en la miseria, nadaba materialmente en la abundancia. Tenía, además de las cosas mencionadas, doce tabas, parte de un cornetín, un trozo de vidrio azul de botella para mirar a través de él, como un carrete; una llave incapaz de abrir nada, un pedazo de tiza, un pedazo de cristal, un soldado de plomo, un par de renacuajos, seis cohetes, un gatito tuerto, un tirador de puerta, un collar para perro, el mango de un cuchillo y una falleba destrozada. Había, entretanto, pasado una tarde deliciosa, con abundante y grata compañía, ¡y la tapia tenía tres manos de cal! A no habérsele agotado la lechada, habría hecho declararse en quiebra a todos los muchachos del pueblo.

Tom se decía que, después de todo, el mundo no era un páramo. Había descubierto, sin darse cuenta, uno de los principios fundamentales de la conducta humana, a saber que para hacer que alguien anhele una cosa, sólo es necesario presentarle dificultades para conseguirla. Si hubiera sido filósofo, como el autor de este libro, habría comprendido entonces que trabajo es lo que estamos obligados a hacer, sea lo que fuere, y que el placer consiste en aquello que hacemos porque se nos da la gana. Esto le ayudarla a entender por qué confeccionar flores artificiales o andar en el "tread mill"* es trabajo, mientras que jugar a las bolitas o escalar el Monte Blanco no es más que diversión. Hay en Inglaterra caballeros opulentos que durante el veraneo guían las diligencias de cuatro caballos y hacen el servicio diario de veinte o treinta millas, porque hacerlo les cuesta mucho dinero. Pero si se les ofreciera un salario por su tarea, eso la convertirla en trabajo, y entonces renunciarían a ella.

* Rueda que ponían en movimiento los condenados a trabajos forzados subiendo por los travesaños de que estaba provista por la parte inferior. (N. Del T.)

Capítulo 3

Tom se presentó ante la Tía Polly, que estaba sentada junto a la ventana abierta, en un alegre cuartito de la casa, que servía a la vez de alcoba, comedor y despacho. La tibieza del aire estival, el olor de las flores y el zumbido adormecedor de los insectos habían producido su efecto, y la anciana estaba sentada, cabeceando, mientras hacía calceta... pues no tenía otra compañía que el gato, y éste se hallaba dormido sobre su falda. Estaba tan segura de que Tom había desertado ya de su trabajo hacia rato, que la sorprendió el verlo llegar con tanta serenidad.

-¿Puedo ir a jugar, tía?

-¿Qué? ¿Tan pronto?... ¿Cuánto has blanqueado?

Todo, tía. No me mientas; no lo puedo sufrir.

-No miento, tía; ya está hecho todo.

La tía Polly confiaba poco en tal testimonio. Salió a ver por sí misma. Se hubiera dado por satisfecha si hallara un veinticinco por ciento de verdad en lo afirmado por Tom. Cuando vio el muro blanqueado, y no sólo primorosamente, sino repasado con varias manos, y hasta con una franja de color en la parte inferior, su asombro no pudo expresarse en palabras.

-¡Alabado sea Dios! -dijo- Nunca lo hubiera creído. No se puede negar; cuando quieres, sabes hacer las cosas. -Y después añadió, aguando el elogio-: Pero te da por ahí rara vez, la verdad sea dicha. Bueno, vete a jugar, pero acuérdate y no tardes una semana en volver, porque te voy a dar una soba.

Tan emocionada estaba por la hazaña de su sobrino, que lo llevó a la despensa, escogió la mejor manzana y se la dio, juntamente con una edificante disertación sobre el valor y el sabor especial que adquieren los dones cuando nos vienen no por torcidos medios, sino por virtud de nuestro propio esfuerzo. Y mientras terminaba con una oportuna cita bíblica, Tom le escamoteó una rosquilla, hecho lo cual, se fue dando saltos.

Vio a Sid en el momento que empezaba a subir por la escalera exterior de detrás de la casa, y que conduela a las habitaciones altas.

Había piedras a mano y el aire se llenó de ellas en un segundo. Zumbaban en torno de Sid como una granizada, y antes de que la tía Polly pudiera volver de su sorpresa y acudir en su socorro, seis o siete pedradas habían hecho impacto sobre la persona de Sid. En menos tiempo que lleva el relatarlo, Tom había saltado la tapia y desaparecido. Había allí una puerta, pero a Tom, por regala general, le faltaba tiempo para usarla. Sintió éste descender la paz sobre su espíritu al haber ajustado cuentas con Sid.

Dio la vuelta a toda la manzana y fue a dar a una callejuela fangosa, por detrás del establo de su querida tía. Ya estaba fuera de todo peligro de captura y castigo, y se encaminó hacia la plaza rápidamente, donde dos batallones de muchachos se habían reunido para librar una batalla convenida de antemano. Tom era el general de uno de los dos bandos. Joe Harper, un amigo del alma, lo era del otro. Ambos eximios caudillos no descendían hasta luchar personalmente -eso quedaba para la morralla-, sino que se sentaban mano a mano en una eminencia, y desde

allí conducían las marciales operaciones tácticas, dando órdenes que eran transmitidas por sus ayudantes de campo. Las huestes de Tom lograron una gran victoria tras rudo y tenaz combate. Después de contar los muertos, se canjearon los prisioneros y se acordaron los términos del próximo encuentro; hecho esto, los dos ejércitos formaron y se fueron. Tom se volvió solo. Al pasar junto a la casa donde vivía Jeff Thatcher, vio en el jardín a una niña desconocida. Una linda criatura de ojos celestes, con el cabello rubio peinado en dos trenzas, delantal blanco con puntillas. El héroe, que acababa de ser coronado con laureles, cayó sin disparar un tiro. Una cierta Amy Lawrence se eclipsó completamente en su corazón.

Se había creído locamente enamorado, habíale parecido su pasión un fervoroso culto, y he aquí que no era más que una trivial y efímera debilidad. Había dedicado meses a su conquista, apenas si hacía una semana que ella se había rendido, había él sido durante siete breves días el más feliz de los hombres, y ahora, en un instante, la había desalojado de su pecho, sin siquiera un adiós.

Adoró a esta repentina y seráfica aparición, con furtivas miradas, hasta que advirtió que ella lo había

visto; fingió entonces que no había notado su presencia y empezó a presumir, haciendo toda clase de absurdas e infantiles habilidades para ganarse su admiración. Continuó por un rato su grotesca exhibición; pero a poco, mientras realizaba ciertos ejercicios gimnásticos arriesgadísimos, vio con el rabillo del ojo que la niña se dirigía a la casa. Tom se acercó a la valla y se apoyó en ella con la esperanza de que aún se detendría un rato antes de entrar. Ella se detuvo un instante en la escalinata y avanzó hacia la puerta. Tom lanzó entonces un violento suspiro al verla poner el pie en el umbral. Pero su faz se iluminó de pronto, pues la niña arrojó un pensamiento por encima de la valla, antes de desaparecer. El muchacho echó a correr y dobló la esquina, deteniéndose a corta distancia de la flor. Entonces se entoldó los ojos con la mano y empezó a mirar calle abajo como si hubiera descubierto, en aquella dirección, algo de gran interés. Luego tomó una paja del suelo y trató de sostenerla, en equilibrio sobre su nariz, echando hacia atrás su cabeza. Y mientras se movía de aquí para allá para sostener la paja se fue acercando más y más al pensamiento, al que pisó con su pie desnudo, lo agarró con hábiles dedos, se fue con él renqueando y desapareció tras la esquina.

Pero nada más que por un instante. El preciso para colocarse la flor en un ojal, por dentro de la chaqueta, próxima al corazón, o probablemente al estómago, porque no era muy ducho en anatomía. Volvió enseguida y rondó en torno a la valla hasta la noche, "presumiendo" como antes. Pero la niña no se dejó ver, y Tom se consoló pensando que quizá lo hubiera visto desde una ventana. Al fin se fue a su casa, triste y nervioso, y con la cabeza llena de ilusiones.. Durante la comida estuvo tan inquieto y nervioso que su tía se preguntaba qué le pasaría. Sufrió una buena reprimenda por el apedreamiento, que no le importó ni un comino. Trató de robar azúcar y recibió un golpe en los nudillos.

-Tía -dijo-; a Sid no le pegas cuando hace lo mismo.

-No; pero él no la atormenta a una como me atormentas tú a mí.

Al rato se fue la tía a la cocina, y Sid, orgulloso por su inmunidad, alargó la mano hacia el azucare-ro, lo cual constituía un alarde afrentoso para Tom.

Pero a Sid se le escurrieron los dedos y el azucare-ro cayó y se hizo pedazos. Tom se quedó en suspenso, en un raptó de alegría. Tan contento estaba, que logró contener la lengua y guardar silencio. Pen-

saba no decir palabra, ni siquiera cuando entrase la tía, sino que seguiría sentado y quedo hasta que ella preguntase quién había hecho el estropicio. Entonces no habría cosa más sabrosa para él que ver al "modelo" atrapado. Tan entusiasmado estaba, que apenas se pudo contener cuando entró la anciana y se detuvo ante las ruinas lanzando relámpagos de cólera por encima de los anteojos.

"¡Ahora se arma!", pensó Tom. Y en el mismo instante estaba despatarrado en el suelo. La mano vengativa estaba en el aire para repetir el golpe, cuando Tom gritó:

-¡Quieta! ¿Por qué me pega? Sid es, que lo ha roto.

La tía Polly se quedó perpleja. Tom esperaba una reparadora compasión, pero cuando ella recobró la palabra, se limitó a decir:

-Vaya, no te habrá venido de más el golpe, se me figura. Seguro que habrás estado haciendo alguna otra trastada mientras yo no estaba aquí.

Después le remordió la conciencia. Ansiaba decir algo tierno y cariñoso, pero pensó que esto se interpretaría como una confesión de haber obrado mal, y la disciplina no, se lo permitió. Prosiguió, pues, sus quehaceres, con un peso sobre el corazón.

Tom, sombrío y enfurruñado, se agazapó en un rincón y exageró, agravándolas, sus cuitas. Bien sabía que su tía estaba, en espíritu, de rodillas ante él, y eso le proporcionaba una triste alegría. No quería arriar el estandarte ni darse por enterado de las señales del enemigo. Bien que una mirada ansiosa se posaba sobre él, de cuando en cuando, a través de lágrimas mal contenidas. Pero se negaba a reconocerlo. Se imaginaba a sí mismo postrado y moribundo y a su tía inclinada sobre él, mendigando una palabra de perdón. Pero volvía la cara a la pared, y moría sin que la palabra llegase a salir de sus labios. ¿Qué pensaría entonces su tía? Y se figuraba traído a casa desde el río, ahogado, con los pies empapados, las manos flácidas, y su pobre corazón en reposo. ¡Cómo se arrojaría a sus pies y lloraría a mares y pediría a Dios que le devolviese su chico, jurando que nunca volvería a tratarlo mal!... Pero él permanecía pálido y frío, sin dar señal de vida... ¡Pobre mártir, cuyas penas se habían acabado para siempre!

De tal manera excitaba su enternecimiento con lo patético de sus ensueños, que tenía que tragar saliva a punto de ahogarse, y sus ojos enturbiados nadaban en agua, la cual se derramaba al parpadear

y se deslizaba y caía a gotas por la punta de la nariz. Y tan grande voluptuosidad experimentaba al mimar y acariciar así su pena, que no podía tolerar la intromisión de cualquier alegría terrena o de cualquier inoportuno deleite. Era cosa tan sagrada que no admitía contactos profanos. Y por eso, cuando su prima entró otra vez en la casa, después de una eterna ausencia de una semana en el campo, Tom se levantó y, sumido en brumas y en tinieblas, salió por una puerta cuando ella entró por la otra trayendo consigo luz y la alegría. Vagabundeó por los lugares no frecuentados por sus compañeros y buscó parajes solitarios en armonía con su espíritu. Una larga almadía de troncos en la orilla del río le agradó y le atrajo. Y sentándose en el borde, junto al agua, contempló la vasta y desolada extensión de la corriente. Hubiera deseado morir ahogado, pero rápidamente, sin darse cuenta y sin tener que pasar por el largo y feo programa ideado para estos casos por la naturaleza.

Después se acordó de su flor. La sacó, estrujada y lacia, y su vista acrecentó en alto grado su melancólica felicidad. Se preguntó si ella se compadecería si lo supiera. ¿Lloraría? ¿Querría Poder echarle los brazos al cuello y consolarlo? ¿O le volvería fría-

mente la espalda como el resto de la humanidad? Esta visión le causó tales agonías de delicioso sufrimiento, que la reprodujo una y otra vez en su márgen, volviéndola a imaginar con nuevos y variados aspectos, hasta dejarla gastada por el uso. Al fin se levantó dando un suspiro y partió entre las sombras. Serían las nueve y media o las diez cuando desembocó en la calle, ya desierta, donde vivía la amada desconocida. Se detuvo un momento. Ningún ruido llegó a sus oídos. Una bujía proyectaba un mortecino resplandor sobre la ventana de un piso alto. ¿Estaría ella allí? Atravesó la valla y marchó con cauteloso paso por entre las plantas hasta llegar bajo la ventana. Miró hacia arriba largo rato, esperando. Después se tiró de espaldas en el suelo, con las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas, la pobre flor marchita. Así quería morir. Abandonado de todos, sin amparo, sin una mano querida que enjugase el sudor de su frente, sin una cara amiga que se inclinase sobre él, compasiva; en el trance final. Y así lo vería ella cuando se asomase a contemplar la alegría de la mañana... y..., ¡ay!..., ¿dejaría caer una lágrima sobre el pobre cuerpo juvenil, tan inesperadamente tronchado?

La ventana se abrió y la voz áspera de una criada profanó el augusto silencio, y un diluvio de agua dejó empapado los restos del mártir tendido en tierra.

El héroe medio ahogado, se irguió de un salto, resoplando; se oyó el zumbido de una piedra en el aire, entremezclado con el murmullo de una imprecación. Después como un estrépito de cristales rotos. Y una diminuta forma fugitiva saltó por encima de la valla y se alejó, corriendo en las tinieblas. Poco después, cuando Tom, desnudo para acostarse, examinaba sus ropas mojadas a la luz de un cabo de vela, Sid se despertó; pero si tuvo alguna idea de hacer alusiones personales, lo pensó mejor y se estuvo quedo... pues en los ojos de Tom había un brillo amenazador. Tom se metió en la cama sin añadir a sus enojos el de rezar, y Sid anotó en su memoria esta omisión.

Capítulo 4

El sol se asomó sobre un mundo tranquilo y lanzó sus rayos esplendorosos como una bendición sobre el pueblecito apacible. Terminado el desayuno, tía Polly reunió a la familia para las prácticas religiosas. Y desde su cúspide, como en un Sinaí, recitó un capítulo de la ley mosaica.

Tom se ajustó los pantalones, por decirlo así, y se preparó para aprender sus versículos. Sid los sabía desde días antes. Tom reconcentró todas sus energías para grabar en su memoria cinco nada más, y escogió un trozo del sermón de la montaña, porque no pudo encontrar otros más. Al cabo de media hora tenía una idea vaga y general de la lección, pero no sabía nada más, porque su mente estaba revoloteando por todas esferas del pensamiento humano y

sus manos ocupadas en absorbentes y recreativas tareas. Mary le tomó el libro para hacerle recitar la lección y él trató de hallar un camino entre la niebla.

-Bienaventurados los..., los...

-Pobres... ayudaba Mary.

-sí, pobres; bienaventurados los pobres de... de...

-Espíritu...

-De espíritu... Bienaventurados los pobres de espíritu, porque ellos...- porque ellos...

-De ellos... -corrigió la prima.

-Porque de ellos... Bienaventurados los pobres de

espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos... Bienaventurados los que recibirán, porque ellos..., llorarán porque ellos....

-Re... -volvió a terciar Mary.

-Porque ellos re...

-Reci...

-Porque ellos reci... No sé lo que sigue... -dijo, vencido.

-Recibirán... -ayudó Mary, sin hacer caso a Tom.

-¡Ah!... Porque ellos recibirán los que lloran. Bienaventurados los que recibirán, porque ellos... llorarán porque recibirán... ¿Qué recibirán? ¿Por qué no me lo dices, Mary? ¿Por qué eres tan mala?

-¡Ay, Tom, tonto! No creas que es por hacerte rabiarse. No soy capaz. Tienes que volver a estudiarlo. No te apures, Tom. Ya verás cómo lo aprenderás. Y si lo haces té voy a dar una cosa preciosa. ¡Anda, a ver si eres bueno!

Y bajo la doble presión de la curiosidad y de la prometida ganancia, lo hizo con tal ánimo, que tuvo un éxito brillante. Mary le dio una flamante navaja "Barlow" que valía doce centavos Y medio; y las convulsiones de deleite que corrieron por su organismo lo conmovieron hasta los tuétanos. Verdad es que la navaja no cortaba, pero era una "Barlow" de las de verdad, y, en eso había imponderable grandiosidad.

Tom logró dar algunos tajos en la madera del aparador, y se preparaba a hacer lo mismo con la mesa de escribir cuando lo llamaron para vestirse para oír la misa dominical. Mary le dio una palangana de estaño y un pedazo de jabón. Tom salió fuera de la puerta y puso la palangana sobre un banquillo. Después mojó el jabón en el agua y lo colocó sobre el banco. Se remangó, vertió suavemente el agua en el suelo y en seguida entró en la cocina y comenzó a restregarse con la toalla. Pero Mary se la quitó, diciéndole:

-¿No te da vergüenza, Tom? No seas sucio. No le tengas miedo al agua.

Tom se quedó un tanto desconcertado. Le llenaron de nuevo la palangana, y esta vez Tom se inclinó sobre ella sin acabar de decidirse: reuniendo ánimos, hizo una profunda aspiración y comenzó. Cuando entró, a poco, en la cocina con los ojos cerrados, buscando a tientas la toalla, un honroso testimonio de agua y burbujas de jabón le corría por la cara y goteaba en el suelo. Pero cuando salió su rostro de entre la toalla, aun no estaba presentable, pues el terreno limpio terminaba en el mentón y la mandíbula, como un antifaz. Más allá de esa línea había un oscuro campo sin regar que corría hacia abajo por la frente y hacia atrás dando la vuelta al pescuezo. Mary le tomó por su cuenta y cuando acabó con él era un hombre nuevo y un semejante, sin distinción de color. El cabello, empapado, estaba cuidadosamente cepillado, y sus cortos rizos ordenados para producir un general efecto simétrico y coquetón. Cuando de él dependía, se alisaba los rizos con gran dificultad y trabajo y se dejaba el cabello pegado a la cabeza, porque tenía los rulos por cosa afeminada y los suyos le amargaban la existencia. Mary sacó después un traje que Tom sólo se

había puesto, desde hacía dos años, todos los domingos. Le llamaban el otro traje, y por ello podemos deducir lo escueto de su guardarropa. La muchacha le pasó revista después que se hubo vestido. Le abrochó el saco hasta la barbilla, le volvió el ancho cuello de la camisa sobre los hombros, le coronó la cabeza, después de cepillarlo, con un sombrero de paja moteada. Parecía, después, mejor ubicado, pero atrozmente incómodo. Y no lo estaba menos de lo que parecía, pues había en el traje completo y en la limpieza una sujeción y entorpecimiento que lo atormentaban. Tenía la esperanza de que Mary no se acordara de los zapatos, pero se equivocaba. Se los untó concienzudamente con una capa de sebo, como se usaba, y se los presentó. Tom perdió la paciencia y protestó de que siempre le obligaban a hacer lo que él no quería. Pero Mary le dijo:

-Vamos, Tom, sé un buen chico.

Y Tom se los puso, gruñendo. Mary se arregló en seguida y los tres se fueron en camino de la escuela dominical, lugar que Tom aborrecía con toda su alma. Pero a Sid y a Mary les gustaba. Las horas de escuela eran de nueve a diez y media. Después seguía el oficio religioso. Dos de los niños se que-

daban siempre, voluntariamente, al sermón, y otro siempre se quedaba también..., obligado por contundentes razones. Los asientos, sin tapizar y altos de respaldo, de la iglesia, podrían acomodar unas trescientas personas. El edificio era pequeño e insignificante, con una especie de cucurucho de tablas a guisa de campanario. Al llegar a la puerta, Tom se echó un paso atrás y abordó a un compinche también endomingado.

-Oye, Bill, ¿tienes un vale amarillo?

-¿Qué me das?

-Un pedazo de pasta de oruzú y un anzuelo.

-Muéstramelos.

Tom los presentó. Eran aceptables, y cambiaron de mano. Después comerció un par de bolitas por tres vales rojos, y otras menudencias por dos azules.

Salió al encuentro de otros muchachos, según iban llegando, y durante un cuarto de hora siguió comprando vales de diversos colores. Por fin entró en la iglesia con un enjambre de chicos y chicas ruidosas. Se dirigió a su silla y enseguida inició una discusión con un muchacho que encontró a manó, El maestro, hombre grave, ya entrado en años, intervino; después volvió la espalda un momento y Tom tiró el pelo al chico que tenía delante; estaba ya

absorto en la lectura de su libro cuando la víctima miró hacia atrás. Pinchó a un tercero con un alfiler, para oírlo gritar, y se oyó de nuevo una reprimenda del maestro. Durante todas las clases, Tom era siempre el mismo. Ruidoso, inquieto y pependenciero. Cuando llegó el momento de dar la lección, ninguno la sabía bien, y había que irles "soplando" continuamente, durante todo su transcurso. Sin embargo, fueron todos saliendo trabajosamente del paso, y a cada uno se le recompensaba con vales azules, en los que estaban impresos pasajes de las Escrituras. Cada vale azul era el premio por recitar dos versículos. Diez vales azules equivalían a uno rojo y podían cambiarse por uno de éstos. Diez rojos equivalían a uno amarillo, y por un vale amarillo el director de la escuela regalaba una Biblia, pobremente encuadernada. ¿Cuántos de mis lectores se hubieron munido de laboriosidad y constancia para aprender de memoria dos mil versículos, ni aun por un ejemplar ilustrado por Doré? Y, sin embargo, Mary había ganado dos de esa manera; fue la paciente labor de dos años; un muchacho de origen alemán había ganado cuatro o cinco. Una vez recitó tres mil versículos sin detenerse; pero sus facultades mentales no pudieron soportar tal esfuerzo, y se

convirtió en un idiota, o poco menos, desde aquel entonces. Dolorosa pérdida para la escuela, pues en ocasiones solemnes y cuando había público, se exhibía siempre a ese niño, y, como decía Tom, le "abrían el grifo". Sólo los alumnos mayorcitos llegaban a conservar los vales y a persistir en la aburrida labor bastante tiempo para ganar una Biblia de esas. Uno de estos premios era un raro y notable acontecimiento: el alumno premiado era un personaje tan conspicuo durante ese día, que en el acto se encendía en el pecho de cada escolar una ardiente emulación que solamente duraba dos semanas. Es posible que el estómago mental de Tom nunca hubiera sentido verdadera hambre de uno de esos premios pero no hay duda que desde hacía mucho tiempo atrás había anhelado con toda su alma la fama que la cosa traía aparejado. Al llegar el momento preciso, el director se colocó en pie delante del púlpito, teniendo en la mano un libro de hojas cerradas, y el dedo índice insertado en ellas. Cuando un director de escuela dominical pronuncia su acostumbrada alocución, un libro de himnos en la mano es tan necesario como el inevitable papel de música en la de un cantante que avanza hasta las candilejas para entonar un aria. Aunque la razón de

esa necesidad sea un misterio puesto que ni el libro ni el papel jamás son mirados ni de reojo por el intérprete. Este director era un tipo delgado, de unos treinta y cinco años, con una sotabarba de estopa y pelo cortado del mismo color. Llevaba un cuello almidonado muy duro, cuyo borde le llegaba a las orejas y cuyas agudas puntas se curvaban hacia adelante, hacia la altura de las comisuras de los labios. Una armazón que le obligaba a mirar fijamente hacia el frente, y a girar todo el cuerpo cuando era una mirada lateral. Tenía la barbilla apuntalada por un largo lazo de corbata con las dimensiones de un billete de banco y con flecos en los bordes, y las punteras de los botines dobladas hacia arriba a la moda del día, como patines para hielo, resultado que conseguían los jóvenes elegantes con gran paciencia y trabajo, sentándose con las puntas de los pies apoyados contra la pared, y permaneciendo así horas y horas. Mister Walters tenía un aire bien intencionado y era sincero y cordial en el fondo, y consideraba los lugares y las cosas religiosas con respeto y tan aparte de los afanes mundanos, que sin que se diera cuenta de ello, la voz que usaba en la escuela dominical había adquirido una entonación peculiar, que

desaparecía por completo en los días de trabajo. Empezó así:

-Ahora, niños, os vais a estar sentados, todo lo quietos que podáis, y me vais a escuchar con atención sólo durante dos minutos. ¡Así me gusta! Así es cómo los buenos niños y las niñas tienen que estar. Estoy viendo a una pequeña que mira por la ventana. Temo que se figura que yo ando por ahí afuera, dando un discurso a los pajaritos. (Risitas de aprobación). Necesito deciros la alegría que me causa ver tantas caritas alegres reunidas en un lugar como éste, aprendiendo a hacer buenas obras y a ser buenos...

Y siguió en el mismo tono. No hay para qué repetir el resto del discurso. Era de un modelo que no cambia. y por eso nos es familiar a todos.

Capítulo 5

El último tercio del discurso del director se malogró en parte por haberse reanudado las discusiones y otros escarceos entre algunos de los chicos más traviosos y por inquietudes y murmullos que se extendían cada vez más, llegando su oleaje hasta las bases de aisladas e inmovible rocas como Sid y Mary. Pero todo ruido cesó de repente al extinguirse la voz de míster Walters y el término de la discusión y del discurso fue recibido con una silenciosa explosión de aprobación.

Buena parte de los cuchicheos habían sido originados por un acontecimiento más o menos inusitado: la entrada de visitantes. Eran éstos el abogado Thatcher acompañado por un anciano decrepito, un gallardo y campanudo caballero de cabello gris,

entrado en años, y una señora solemne, que era, sin duda, su mujer, y que llevaba a una niña de la mano. Tom había estado intranquilo y lleno de angustia y de aflicciones, y aun de remordimientos. No podía cruzar su mirada con la de Amy Lawrence ni soportar las que ésta le dirigía. Pero cuando vio a la niña recién llegada, su alma se inundó de dicha. Un instante después estaba presumiendo a toda máquina. Pellizcones a los otros chicos, tirones de cabello, muecas con la cara; en una palabra, empleando todas las artes de seducción que pudieran fascinar a la niña y conseguir su aplauso. Su loca alegría no tenía más que una mácula: el recuerdo de su humillación en el jardín del ser angélico, y ese recuerdo, escrito en la arena, iba siendo barrido rápidamente por las oleadas de felicidad que en aquel instante pasaban sobre él.

El caballero del cabello gris resultó un gran personaje; nada menos que el juez del condado. Sin duda, el ser más augusto que los niños habían visto en su vida. Y pensaban de qué substancia estaría formado, y hubieran deseado oírle rugir y hasta tenían un poco de miedo de que lo hiciera. Había venido desde Constantinopla, situada a doce millas de distancia, y, por consiguiente, había viajado y había

visto mundo; aquellos mismos ojos habían contemplado la Casa de Justicia del condado, de la que se decía que tenía el techo de cinc. El temeroso respeto que inspiraban estas reflexiones se atestiguaba por el solemne silencio Y por las filas de ojos abiertos en redondo. Aquél era el gran juez Thatcher, hermano del abogado de la localidad. Jeff Thatcher se adelantó enseguida para mostrarse familiar con el gran hombre y excitar la envidia de la escuela.

Míster Walters se puso a "presumir" con toda suerte de bullicios y actividades oficialescas, dando órdenes emitiendo juicios y disparando instrucciones aquí y allá y hacia todas partes donde encontraba un blanco. El bibliotecario "presumió" corriendo de acá para allá con brazadas de libros, y con toda la baraúnda y aspavientos en que se deleita la autoridad-insecto. Las señoritas instructoras "presumieron" inclinándose melosamente sobre escolares a los que acababan de tirar de las orejas, levantando deditos amenazadores delante de los muchachos malos y dando amorosas palmaditas a los buenos. Los caballeretes instructores "presumían" prodi-gando consejos y otras pequeñas muestras de incansable celo por la disciplina, y unos y otros tenían grandes quehaceres en la librería, que los obligaban

a ir y venir incesantemente y, al parecer, con gran trabajo y molestia. Las niñas "presumían" de mil distintos modos, y los muchachos "presumían" con tal diligencia que llenaban el aire los proyectiles de papel y el rumor de discusiones. Y cerniéndose sobre todo ello, el grande hombre seguía sentado, irradiaba una majestuosa sonrisa judicial sobre toda la concurrencia y se calentaba al sol de su propia grandeza, pues estaba "presumiendo" también. Sólo una cosa faltaba para hacer el gozo de mister Walters completo, y era la ocasión de dar el premio de la Biblia y exhibir un fenómeno. Algunos escolares tenían vales amarillos, pero ninguno tenía los necesarios: ya había él investigado entre las estrellas de mayor magnitud.

Y entonces, cuando había muerto para él toda esperanza, Tom Sawyer se adelantó con nueve vales amarillos, nueve rojos y diez azules, y solicitó una Biblia. Fue un rayo cayendo de un cielo despejado. Walters no esperaba una cosa semejante de tal persona ni en los próximos diez años. Pero no había nada que discutir: allí estaban los vales y eran moneda legal. Tom fue elevado en el acto al sitio que ocupaban el juez y los demás elegidos, y la gran noticia fue proclamada desde el estrado.

Era la más pasmosa sorpresa de la década; y tan honda sensación produjo, que levantó al héroe nuevo hasta la altura misma del héroe judicial.

Todos los chicos estaban muertos de envidia; pero los que sufrían más agudos tormentos eran los que se daban cuenta demasiado tarde, de que ellos mismos habían contribuido a aquella odiosa apotheosis por ceder sus vales a Tom a cambio de las riquezas que había amontonado vendiendo permisos para blanquear la pared de la tía Polly.

El premio fue entregado a Tom con toda la efusión que el director consiguió hacer subir hasta la superficie en aquel momento; pero le faltaba espontaneidad, pues el pobre hombre se daba cuenta de que había allí un misterio que quizá no podría resistir el más ligero análisis. Era simplemente absurdo pensar que aquel muchacho tuviera almacenados en su cabeza dos mil versos bíblicos, cuando una docena bastarían, sin duda, para forzar a distender su capacidad. Amy Lawrence estaba orgullosa y contenta, y trató de hacérselo comprender a Tom, pero no había modo de que él la mirase. No, no adivinaba la causa: después se turbó un poco; enseguida le asaltó una vaga sospecha, y se disipó y tornó a subir. Vigiló atenta; una furtiva mirada fue

una revelación y entonces se le encogió el corazón, y experimentó celos y rabia, y se le borraron las lágrimas, y sintió aborrecimiento por todos, y más que por nadie, por Tom.

Tom fue presentado al juez; pero no pudo articular palabra; tenía la lengua paralizada, respiraba con dificultad y le palpitaba el corazón, en parte por la imponente grandeza de aquel hombre, pero, sobre todo, porque era el padre de ella. Hubiera querido postrarse ante él y adorarlo, si hubieran estado a oscuras. El juez le puso la mano sobre la cabeza y le dijo que era un hombrecito de provecho, y le preguntó cómo se llamaba. El chico tartamudeó, abrió la boca y suspiró más que dijo:

-Tom.

-No, Tom, no...es...

-Thomas.

-Eso es. Ya pensé yo que debía faltar algo. Bien está. Pero algo te llamarás, además de eso, y me lo vas a decir, ¿no es verdad?

-Dile a este caballero tu apellido, Thomas -dijo Walters-; y dile además "señor". No olvides las buenas maneras.

-Thomas Sawyer, señor.

-¡Muy bien! Así hacen los chicos buenos. ¡Buen muchacho! ¡Un hombrecito de provecho! Dos mil versículos son muchos, muchísimos. Y nunca te arrepentirás del trabajo que te costó aprenderlos, pues el saber es lo que más vale en el mundo; él es el que hace los grandes hombres y los hombres buenos; tú serás algún día un hombre grande y virtuoso, Thomas, y entonces mirarás hacia atrás y has de decir: "Todo se lo debo a las ventajas de la inapreciable escuela dominical, a que asistí en mi niñez; todo se lo debo a mis queridos profesores, que me enseñaron a estudiar; todo se lo debo al buen director, que me alentó y se interesó por mí y me regaló una magnífica y lujosa Biblia para mí solo; ¡todo lo debo a haber sido bien educado! Eso dirás, Thomas, y por todo el oro del mundo no darías esos dos mil versículos. No, no los darías. Y ahora, ¿querrás decirnos a esta señora y a mí algo de lo que sabes? Ya sé que nos los dirás, porque a nosotros nos enorgullecen los niños estudiosos. Seguramente sabes los nombres de los doce discípulos. ¿No quieres decirnos cómo se llamaban los primeros que fueron elegidos?

Tom se estaba tirando de un botón, con aire bo-rreguil. Se ruborizó y bajó los ojos. Míster Walters

empezó a sudar, diciéndose a sí mismo: "No es posible que este muchacho conteste a la menor pregunta... ¡En mala hora se le ha ocurrido al juez examinarlo!" Sin embargo, se creyó obligado a intervenir, y dijo:

-Contesta a este señor, Thomas. No tengas miedo.

Tom continuó mudo.

-Me lo va a decir a mí -dijo la señora-. Los nombres de los dos primeros discípulos fueron...

-¡David y Goliath!

Dejemos caer un velo de pudor sobre el resto de la escena...

Capítulo 6

Más o menos a las diez y media, la campana de la pequeña iglesia empezó a tañer con voz opaca y cascada, y la gente fue acudiendo para el sermón matinal. Los alumnos de la escuela dominical se distribuyeron por toda la iglesia, sentándose junto a sus padres. Llegó tía Polly, y Tom, Sid y Mary se sentaron a su lado. Tom fue colocado del lado del camino central de la iglesia, para que estuviera todo lo lejos posible de la ventana abierta y de las seductoras perspectivas del campo en un día de verano. Los fieles iban llenando la iglesia: el administrador de Correos, un viejecito venido a menos y que había conocido tiempos mejores; el alcalde y su mujer y el juez de paz. Después entró la viuda de Douglas, buena moza, elegante, cuarentona, generosa, de ex-

celente corazón y rica, cuya casa en el monte era el único palacio de los alrededores y ella, la persona más hospitalaria y desprendida para dar fiestas, de las que San Petersburgo se podía envanecer; el encorvado y venerable comandante Ward y su esposa; el abogado Riverson, nueva notabilidad en el pueblo. Entró después la más famosa belleza local, seguida de una escolta de juveniles tenorios vestidos de dril y muy peripuestos; siguieron todos los horteras del pueblo, en corporación, pues habían estado en el vestíbulo chupando los puños de sus bastones y formando un muro circular de caras bobas, sonrientes, acicaladas y admirativas, hasta que la última muchacha cruzó bajo sus baterías; y detrás de todos, el niño modelo, Willie Mufferson, acompañando a su madre con tan exquisito cuidado como si fuera de cristal de Bohemia. Siempre llevaba a su madre a la iglesia y era el encanto de todas las matronas. Todos los muchachos lo odiaban; hasta ese punto era bueno; y, además, porque a cada uno le habían echado en cara mil veces su bondad. La punta del blanquísimo pañuelo le colgaba del bolsillo como por casualidad. Tom no tenía pañuelo, y consideraba a todos los chicos que lo usaban como unos cursis. Reunidos ya todos los fieles, tocó una vez más la

campana, para estimular a los rezagados, y se hizo un solemne silencio en toda la iglesia, sólo interrumpido por las risitas contenidas y los cuchicheos del coro. Todos los coros siempre se ríen y cuchichean durante el servicio religioso. Hubo una vez un coro de iglesia que no era mal educado. Hace de esto muchísimos años y no recuerdo dónde fue, pero, estoy seguro que debió ser en el extranjero.

El pastor indicó el himno que se iba a cantar, y lo leyó, deleitándose en ello, en un raro estilo, pero muy admirado en aquella parte del país. La voz comenzaba en un tono medio, y se iba alzando, alzando, hasta llegar a un cierto punto; allí recalcaba con recio énfasis la palabra que coincidía con el tono más alto y se hundía de pronto cómo desde un trampolín:

"¿He de llegar yo a los cielos pisando nardos y rosas mientras otros van luchando entre mares borrascosas?"

Se le tenía por un eximio lector. En las fiestas de sociedad que se celebraban en la iglesia, se le pedía siempre que leyese versos, y cuando estaba en ello, las señoras levantaban las manos y las dejaban caer desmayadamente en la falda, y cerraban los ojos, y sacudían la cabeza, como diciendo: "Es indecible, es

demasiado hermoso; "demasiado hermoso" para este mísero mundo!

Después del himno, el reverendo míster Sprague se transformó en un "hombre sandwich" y empezó a leer avisos de oficios y de reuniones y cosas diversas, de tal modo que parecía que la lista iba a estirarse hasta el día del juicio; extraordinaria costumbre que aún se conserva en América, hasta en las grandes ciudades, aun en esta edad de abundantes periódicos. Ocurre a menudo que cuanto menos justificada está una costumbre tradicional, más trabajo cuesta desarraigarla.

A continuación el pastor oró. Fue una plegaria de las buenas, generosa y detallista; pidió por la iglesia y por los hijos de la iglesia; por las demás iglesias del mundo; por el propio pueblo; por el condado; por el Estado; por los funcionarios del Estado; por los Estados Unidos; por las iglesias de los Estados Unidos; por el Congreso; por el Presidente; por los empleados del Gobierno; por los pobres navegantes que surcaban el proceloso mar; por los millones de oprimidos que gimen bajo el talón de las monarquías y de los déspotas orientales; por los idólatras en las lejanas islas: y acabó con una súplica de que las palabras que iba a pronunciar fueran recibi-

das con agrado y fervor y cayeran como semilla en tierra fértil, dando abundosa cosecha de bienes.

Hubo un movimiento general, rumor de faldas, y la congregación, que había permanecido en pie, se sentó. El muchacho cuyos hechos se relatan en este libro no saboreó la plegaria: no hizo más que soportarla, si es que llegó a tanto. Mientras duró, estuvo inquieto; llevó cuenta de los detalles inconscientemente -pues no escuchaba, pero se sabía el terreno de antiguo y la senda que de ordinario seguía el pastor por él-, y cuando se injertaba en la oración la menor añadidura, su oído la descubría y todo su ser la registraba. Consideraba las adiciones como trampas y picardías. Hacia la mitad de la plegaria, se posó una mosca en el respaldo del banco que estaba delante suyo, y le torturó el espíritu fro-tándose con toda calma las patitas delanteras; abra-zándose con ellas la cabeza y cepillándola con tal vigor que parecía que estaba a punto de arrancarla del cuerpo, dejando ver el tenue hilito del pescuezo; restregándose las alas con las patas de atrás y amol-dándolas al cuerpo como si fueran los faldones de un chaquet, puliéndose y acicalándose con tanta tranquilidad como si se diese cuenta de que estaba perfectamente segura. Y así era en verdad, pues

aunque Tom sentía en las manos un irresistible impulso de atraparla, no se atrevía; creía de todo corazón que sería instantáneamente aniquilado si hacía tal cosa en plena oración, Pero al llegar la última frase empezó a ahuecar la mano y adelantarla con cautela, y en el mismo instante de decirse "Amén" la mosca era un prisionero de guerra. Pero la tía lo vio y lo obligó a ponerla en libertad.

El pastor citó el texto sobre el que iba a versar el sermón, y prosiguió con monótono zumbido a lo largo de una homilía tan extensa como pesada, que a poco muchos fieles empezaron a dar cabezadas; y, sin embargo, en "el sermón" se trataba de infinito fuego y llamas sulfurosas y se dejaban reducidos los electos y predestinados a un grupo tan escaso que casi no valía la pena salvarlos. Tom contó las páginas del sermón; al salir de la iglesia siempre sabía cuántas habían sido, pero casi nunca sabía nada más acerca del discurso. Sin embargo, esta vez hubo un momento en que llegó a interesarse de veras. El pastor trazó un cuadro solemne y emocionante de la reunión de todas las almas de este mundo, cuando el león y el cordero andarían juntos, conducidos por un niño pequeño. Pero lo patético, lo ejemplar, la moraleja del gran espectáculo pasaron inadvertidos

para el muchacho: sólo pensó en el conspicuo papel del protagonista y en lo que se luciría a los ojos de todas las naciones; se le iluminó la faz con tal pensamiento, y se dijo a sí mismo todo lo que daría por poder ser él aquel niño, si el león estaba domado.

Después volvió a caer en abrumador sufrimiento cuando el sermón siguió su curso. Se acordó de pronto de que tenía un tesoro, y lo sacó. Era un voluminoso insecto negro, una especie de escarabajo con formidables mandíbulas. Lo había llevado encerrado en una caja de cerillas. Lo primero que hizo el escarabajo fue prendérsele de un dedo. Siguió un instintivo papirotazo; el escarabajo cayó dando tumbos en medio de la nave, y se quedó panza arriba, y el dedo herido fue, no menos rápido, a la boca de su dueño. El animalito se quedó allí, forcejeando inútilmente con las patas, incapaz de dar la vuelta. Tom no apartaba de él la mirada, con ansia de recuperarlo, pero estaba a salvo, lejos de su alcance. Otras personas, aburridas del sermón, encontraron alivio en el escarabajo y también se quedaron mirándolo.

En aquel momento un perro de lanas, errante, llegó con aire remolón, amodorrado con la pesadez y el calor de la canícula, fatigado de la cautividad,

suspirando por un cambio de sensaciones. Descubrió el escarabajo; el rabo colgante se irguió y se cimbreó en el aire. Examinó la presa; dio una vuelta en derredor; lo olfateó desde prudente distancia; volvió a dar otra vuelta en torno; se envalentonó, y la olió más cerca; después enseñó los dientes y le tiró una dentellada tímida, sin dar en el blanco; le tiró otra embestida, y después otra; la cosa empezó a divertirle; se tendió sobre el estómago, con el escarabajo entre las zarpas, y continuó sus experimentos; empezó a sentirse cansado, y, después, indiferente y distraído, comenzó a dar cabezadas de sueño, y poco a poco el hocico fue bajando y tocó a su enemigo, que se le prendió en el acto. Hubo un aullido estridente, una violenta sacudida de la cabeza del perro, y el escarabajo fue a dar un par de varas más adelante, y aterrizó como la otra vez, de espaldas. Los espectadores vecinos se agitaron con un suave regocijo interior; varias caras se ocultaron tras abanicos y pañuelos; Tom estaba en el apogeo de la felicidad. El perro parecía desconcertado, y probablemente lo estaba; pero tenía, además, resentimiento en el corazón y sed de venganza. Se fue, pues, al escarabajo, y de nuevo emprendió contra él un cauteloso ataque, dando saltos en su dirección

desde todos los puntos del compás, cayendo con las manos a menos de una pulgada del bicho, tirándole dentelladas cada vez más cercanas y sacudiendo la cabeza hasta que las orejas le abofeteaban. Pero se cansó, una vez más, al poco rato; trató de solazarse con una mosca, pero no halló consuelo; siguió a una hormiga, dando vueltas con la nariz pegada al suelo, y también de esto se cansó en seguida; bostezó, suspiró, se olvidó por completo del escarabajo... ¡y se sentó encima de él! Se oyó entonces un desgarrador alarido de agonía, y el perro salió disparando por la nave central; los aullidos se precipitaban, y el perro también; cruzó la iglesia frente al altar, y volvió, raudo, por una nave lateral; cruzó frente a las puertas; sus clamores llenaban la iglesia entera; sus angustias crecían al compás de su velocidad, hasta que ya no era más que un lanudo cometa, lanzado en su órbita con el relampagueo y la velocidad de la luz. Al fin, el enloquecido mártir se desvió de su trayectoria y saltó al regazo de su dueño; éste lo echó por la ventana, y el alarido de pena fue haciéndose más débil por momentos y murió en la distancia. A todo esto, el público tenía las caras enrojecidas y se ahogaba con reprimida risa, y el sermón se había atascado sin poder seguir adelante. Se reanudó

enseguida, pero avanzó claudicante y a empujones, porque se había acabado toda posibilidad de producir impresión, pues los más graves pensamientos eran recibidos con alguna ahogada explosión de profano regocijo, a cubierto del respaldo de algún banco lejano, como si el pobre párroco hubiese dicho alguna gracia excesivamente picaresca. Y todos sintieron un gran alivio cuando el trance llegó a su fin y el pastor echó la bendición.

Tom fue a casa, contentísimo, pensando que había un cierto placer en el servicio religioso cuando se intercalaba alguna pequeña variedad. Sólo había una nube en su dicha: se avenía a que el perro jugase con su escarabajo, pero no conceptuaba decente y recto que se lo hubiese llevado.

Capítulo 7

La mañana del siguiente día, lunes, encontró a Tom Sawyer afligido. Todos los lunes por la mañana estaba siempre así, porque era el comienzo de otra semana de lento sufrir en la escuela. Su primer pensamiento en esos días era lamentar que se hubiera interpuesto un día festivo, pues eso hacía más odiosa la vuelta a la esclavitud.

Tom se quedó pensando que si hubiera despertado enfermo; tendría excusas para no ir a la escuela. Había allí una vaga posibilidad. Pasó revista a su organismo. No aparecía enfermedad alguna, y lo examinó de nuevo. Esta vez creyó que podía barruntar ciertos síntomas de cólico, y comenzó a alentarlos con grandes esperanzas. Pero los dolores se fueron debilitando y desaparecieron poco a poco.

Volvió a reflexionar. De pronto hizo un descubrimiento: se le movía un diente. Era una circunstancia feliz; y estaba a punto de empezar a quejarse, "para dar la alarma", como él decía, cuando se le ocurrió que si acudía ante el tribunal con aquel argumento, su tía se lo arrancaría, y eso le iba a doler. Decidió, pues, dejar el diente en reserva por entonces, y buscar por otro lado. Nada se ofreció por el momento, pero después se acordó de haber oído al médico hablar de una cierta cosa que tuvo a un paciente en cama dos o tres semanas y le puso en peligro de perder un dedo. Sacó de entre las sábanas un pie, en el que tenía un dedo enfermo, y procedió a inspeccionarlo; pero se encontró con que no conocía los síntomas de la enfermedad. Le pareció, sin embargo, que valía la pena intentarlo, y rompió a sollozar con gran energía.

Pero Sid continuó dormido, sin oírlo.

Tom sollozó con más bríos, y se le figuró que empezaba a sentir dolor en el dedo enfermo. Pero ningún efecto hizo en Sid.

Tom estaba ya jadeante de tanto esfuerzo. Se tomó un descanso, se proveyó de aire hasta inflarse, y consiguió lanzar una serie de quejidos admirables.

Sid seguía roncando y Tom cada vez más indignado.

Le sacudió, gritándole: "¡Sid, Sid!". Este método dio resultado, y Tom comenzó a sollozar de nuevo. Sid bostezó, se desperezó, después se incorporó sobre un codo, dando un relincho, y se quedó mirando fijamente a Tom, que siguió sollozando. -¡Tom! ¡Oye, Tom! -le gritó Sid. No obtuvo respuesta.

-Tom! ¡Oye! ¿Qué te pasa? -y se acercó a él, sacudiéndole y mirándole la cara ansiosamente.

-¡No, Sid, no! -gimoteó Tom-. ¡No me toques!

-¿Qué te pasa? Voy a llamar a la tía.

-No, no importa. Ya me pasará. No llames a nadie.

-Sí, tengo que llamarla. No llores así, Tom, que me da miedo. ¿Cuánto tiempo hace que estás así?

-Horas. ¡Ay! No me muevas, Sid, que me matas.

-¿Por qué no me llamaste antes? ¡No, Tom, no! ¡No te quejes así, me pones la carne de gallina!

-Todo te lo perdono, Sid. -Quejido-. Todo lo que me has hecho. Cuando me muera...

-Tom! No te mueres, ¿verdad? ¡No, no! Acaso...

-Perdono a todos, Sid. Díselo. -Quejido-. Y Sid, le das mi falleba y mi gato tuerto a esa niña nueva que ha venido al pueblo, y le dices...

Pero Sid recogió algo para echarse encima y se fue. Tom estaba sufriendo ahora de veras -con tan buena voluntad estaba trabajando su imaginación-, y así sus gemidos habían llegado a adquirir un tono genuino.

Sid salió volando por la escalera y gritó:

-¡Tía Polly, corra! ¡Tom se está muriendo!

-¡Pamplinas! No lo creo.

Pero corrió escalera arriba, con Sid y Mary a la zaga. Y había palidecido, además, y le temblaban los labios. Cuando llegó al lado de la cama, dijo, sin aliento:

-¡Tom! ¿Qué es lo que te pasa?

-¡Ay, tía, estoy...!

-¿Qué tienes? ¿Qué es lo que tienes?

-¡Ay, tía, tengo el dedo del pie irritado!

La anciana se dejó caer en una silla y ríó un poco, lloró otro poco y después hizo ambas cosas a un tiempo. Esto la tranquilizó y dijo:

-¡Tom, qué momento me has hecho pasar!... Ahora, basta de tonterías y a levantarse.

Los gemidos cesaron y el dolor desapareció del dedo. El muchacho se quedó corrido, y añadió:

-¡Tía Polly, parecía que estaba irritado, y me hacía tanto daño que no me importaba nada del diente!

-¿El diente? ¿Qué es lo que le pasa al diente?

-Tengo uno que se mueve y me duele una barbaridad.

-Calla, calla; no empieces la música otra vez. Abre la boca. Bueno, pues se te mueve, sí, pero por eso no te has de morir. Mary, tráeme un hilo de seda y un tizón encendido del fogón.

-¡Por Dios, tía! ¡No me lo saques, que ya no me duele! ¡Que no me mueva de aquí si es mentira! ¡No me lo saques, tía! Que no es que quiera quedarme en casa y no ir a la escuela.

-¡Ah!, ¿de veras? ¿De modo que toda esta comedia ha sido por no ir a la escuela e irte a pescar, eh? ¡Tom, Tom!... ¡Tanto que yo te quiero, y tú tratando de matarme a disgustos con tus pillerías!

Para entonces ya estaban listos los instrumentos de improvisada cirugía dental. La anciana sujetó el diente con un nudo corredizo y ató el otro extremo del hilo a un poste de la cama. Tomó después el tizón hecho ascuas, y de pronto lo arrimó a la cara de

Tom casi hasta tocarlo. El diente quedó balanceándose en el hilo colgado del poste.

Pero todas las penas tienen sus compensaciones. Camino de la escuela, después del desayuno, Tom causó la envidia de cuantos chicos le encontraron porque la mella le permitía escupir de un modo nuevo y admirable. Fue reuniendo un cortejo de muchachos interesados en aquella habilidad, y uno de ellos, que se había cortado un dedo y había sido hasta aquel momento un centro de fascinante atracción, se encontró de pronto sin un solo adherente y desprovisto de gloria. Sintió encogersele el corazón y dijo, con fingido desdén, que era cosa de nada escupir como Tom; pero otro chico le contestó: "¡Están verdes!", y él se alejó solitario, como un héroe olvidado.

Poco después se encontró Tom con el paria infantil de aquellos contornos, Huckleberry Finn, hijo del borracho del pueblo. Huckleberry era cordialmente aborrecido y temido por todas las madres, porque era holgazán y desobediente, ordinario y malo..., y porque los hijos de todas ellas lo admiraban tanto y se deleitaban en su prohibida compañía y sentían no atreverse a ser como él. Tom se parecía a todos los muchachos decentes en que envidiaba a

Huckleberry su no disimulada condición de abandonado y en que había recibido órdenes terminantes, de no jugar con él. Por eso jugaba con él en cuanto oportunidad se le presentaba. Huckleberry andaba siempre vestido con los desechos de la gente adulta, y su ropa parecía estar en una perenne floración de jirones, toda llena de flecos y colgajos. El sombrero era una vasta ruina con media ala de menos; la blusa o saco, cuando los tenía, le llegaba cerca de los talones; un solo tirante le sujetaba los pantalones, cuyo fondillo le colgaba muy abajo, como una bolsa vacía, y eran tan largos que sus bordes deshilachados se arrastraban por el barro cuando no se los remangaba. Huckleberry iba y venía según su santa voluntad. Dormía en los quicios de las puertas cuando hacía buen tiempo, y si llovía, en los galpones vacíos; no tenía que ir a la escuela o a la iglesia y no reconocía amo ni señor ni tenía que obedecer a nadie; podía ir a nadar o a pescar cuando le daba la gana y estarse todo el tiempo que se le antojaba: nadie le impedía andar a trompadas; podía trasnochar cuanto quería; era el primero en ir descalzo en primavera y el último en ponerse zapatos en otoño; no tenía que lavarse nunca ni ponerse ropa limpia; sabía blasfemar prodigiosamente. En una

palabra, todo lo que hacía la vida apetecible y deliciosa lo tenía aquel muchacho. Así lo pensaban todos los chicos acosados, cohibidos, decentes, de San Petersburgo.

Capítulo 8

Tom saludó al romántico proscrito.

-¡Hola, Huckleberry!

-¡Hola, tú! Mira a ver si te gusta.

-¿Qué es lo que tienes?

-Un gato muerto.

-Déjame verlo, Huck. ¡Mira qué tieso está!

¿Dónde lo encontraste?

-Se lo cambié a un chico.

-¿Qué diste por él?

-Un vale azul y una vejiga que me dieron en el matadero.

-¿Y de dónde sacaste el vale azul?

-Se lo cambié a Ben Rogers hace dos semanas por un bastón.

-Dime, ¿Para qué sirven los gatos muertos, Huck?

-¿Servir?... Para curar verrugas.

-¡No!... ¿De veras?... Yo sé una cosa que es mejor. -¿A que no?... ¿Qué es?

-Pues agua de yesca.

-¡Agua de yesca! No daría yo un pito por agua de yesca.

-¿Que no? ¿Has hecho la prueba?

-Yo no. Pero Bob Tanner la hizo.

-¿Quién te lo ha dicho?

-Pues él se lo dijo a Jeff Thatcher, y Jeff se lo dijo a Johnny Baker, y Johnny a Jim Hollis, y Jim a Ben Rogers, y Ben se lo dijo a un negro, y el negro me lo dijo a mí. ¡Así que ya ves!

-Bueno, ¿y qué hay con eso? Todos mienten. Por lo menos, todos, a no ser el negro; a ése no lo conozco. Pero no he conocido a un negro que no mienta. Y dime, ¿cómo lo hizo Bob Tanner?

-Pues fue y metió la mano en un tronco podrido donde había agua de lluvia.

-¿De día?

-Sí, de día.

-¿Con la cara vuelta al tronco?

-Puede que sí.

-¿Y "dijo" alguna cosa?

-Me parece que no. No lo sé.

- ¡Ah! ¡Vaya un modo de curar verrugas con agua de yesca! Eso no sirve para nada. Tiene uno que ir solo al bosque, donde sepa que hay un tronco con agua, y al dar la medianoche, apoyarse de espaldas en el tronco y meter la mano dentro y decir:

¡Tomates, tomates, tomates y lechugas; agua de yesca, quítame las verrugas!

y en seguida dar once pasos ligeros, y después dar tres vueltas. y marcharse a casa sin hablar con nadie. Porque si uno habla, se rompe el hechizo.

-Bien, parece un buen remedio; pero no es como lo hizo Bob Tanner.

-Ya lo creo que no. Como que es el más plagado de verrugas del pueblo, y no tendría ni una si supiera manejar lo del agua de yesca. Así me he quitado yo de las manos más de mil. Como juego tanto con ranas, me salen siempre a montones. Algunas veces me las quito con una chaucha.

-SI, las chauchas son buenas. Ya lo he hecho yo.

-¿Si? ¿Cómo se hace?

-Pues se toma una chaucha y se la parte en dos, y se saca un poquito de sangre de la verruga, se moja con ella un pedazo de la chaucha y se hace un

agujero en una encrucijada hacia medianoche, cuando no haya luna, y después se quema el otro pedazo. Pues oye: el pedazo que tiene la sangre tira, tira para juntarse al otro pedazo, y eso ayuda a la sangre a tirar de la verruga; y en seguida la arranca.

-Así es, Huck; es verdad. Pero si cuando lo estás enterrando dices: "¡Abajo la chaucha, fuera la verruga!", es mucho mejor. Así es como lo hace Joe Harper, que ha ido hasta cerca de Coonville, y casi a todas partes. Pero, dime: ¿cómo se curan con gatos muertos?

-Pues tomas el gato y vas y subes al cementerio, cerca de medianoche, y al lado de donde hayan enterrado a alguno que haya sido muy malo; y al llegar la medianoche vendrá un diablo a llevárselo o, pueda ser, dos o tres, pero uno no los ve, no se hace más que oír algo, como si fuera el viento, o se les llega oír hablar; y cuando se estén llevando al enterrado les tiras con el gato y dices: "¡Diablo, sigue al difunto: gato, sigue al diablo; verruga, sigue al gato, ya acabé contigo!" No queda ni una.

-Parece bien. ¿Lo has probado, Huck?

-No; pero me lo dijo la tía Hopkins, la vieja.

-Pues entonces, debe ser cierto, porque dicen que es bruja.

-¿Dicen? ¡Claro que lo es! Fue la que embrujó a mi

padre. El mismo lo dice. Venía caminando un día y vio que lo estaba embrujando; así es que agarró una piedra y si ella no se desvía, la deja tendida. Pues aquella misma noche rodó por un cobertizo donde estaba durmiendo, borracho, y se partió un brazo. -¡Qué cosa más tremenda! ¿Cómo se dio cuenta que lo estaba embrujando?

-Mi padre lo conoce enseguida. Dice que cuando lo miran a uno fijo es que lo están embrujando, y más si murmuran algo. Porque si murmuran es que están diciendo el "Padrenuestro" al revés.

-Y dime, Huck, ¿cuándo vas a probar con ese gato?

-Esta noche. Apuesto a que vienen a llevarse esta noche a Hoss Williams.

-Pero lo enterraron el sábado. ¿No crees que se lo llevarían el mismo sábado por la noche?

-¡Vamos, hombre! ¡No ves que no tienen poder hasta medianoche, y entonces era domingo! Los diablos no andan por ahí los domingos, se me figura.

-No se me había ocurrido. Así tiene que ser. ¿Me dejas ir contigo?

-¡Ya lo creo!... Si no tienes miedo...

-¡Miedo! Vaya una cosa... ¿Maullarás?

-Sí, y tú me contestas con otro maullido. La última vez me hiciste estar maullando hasta que el tío Hays empezó a tirarme piedras y a decir: "¡Maldito gato!" Así es que tomé un ladrillo y se lo metí por la ventana; pero no se lo digas a nadie.

-No lo diré. Aquella noche no pude maullar porque mi tía me estaba acechando; pero esta vez lo haré. Di, Huck, ¿qué es eso que tienes?

-Nada, una garrapata.

-¿Dónde se te pegó?

-Allá, en el bosque.

-¿Qué quieres por ella?

-No sé, no quiero cambiarla.

-Bueno. Es una garrapata que no vale nada.

-¡Bah! Cualquiera puede echar por el suelo una garrapata que es suya. A mí me gusta. Para mí es buena.

-Hay todas las que se quiera. Podría tener yo mil si me diera la gana.

-¿Y por qué no las tienes? Pues porque no puedes. Esta es una garrapata muy temprana. Es la primera que he visto este año.

-Oye, Huck: te doy mi diente por ella.

-¿A verlo.?

Tom sacó un papelito y lo desdobló cuidadosamente. Huckleberry lo miró codicioso. La tentación era muy grande. Al fin dijo:

-¿Es de verdad?

Tom levantó el labio y le enseñó el hueco en su encía. Bueno -dijo Huckleberry-; trato hecho.

Tom encerró la garrapata en la caja de fósforos que había sido la prisión del escarabajo, y los dos muchachos se separaron, sintiéndose ambos más ricos que antes.

Cuando Tom llegó a la casita aislada, de madera, donde estaba la escuela, entró con apresuramiento, con aire de diligente celo. Colgó el sombrero en una percha y se precipitó en su asiento con afanosa actividad. El maestro, entronizado en su gran butaca desfondada, dormitaba arrullado por el rumor del estudio. La interrupción lo despabiló.

-¡Thomas Sawyer! -gritó.

Tom sabía que cuando le llamaban por el nombre y apellido era signo de tormenta.

-¡Servidor!

-Ven aquí. ¿Por qué llega usted tarde, como de costumbre?

Tom estaba a punto de cobijarse en una mentira, cuando vio dos largas trenzas de pelo dorado colgando por una espalda que reconoció por amorosa simpatía magnética, y que junto a aquel pupitre estaba el "único lugar vacante en el lado de la clase destinado a las niñas.

Al instante dijo:

-Me entretuve con Huckleberry Finn.

Al maestro se le paralizó el pulso y se quedó mirándole atónito, sin pestañear. Cesó el rumoreo del estudio. Los discípulos se preguntaban si aquel temerario muchacho había perdido el juicio. El maestro dijo:

-¿Has estado... haciendo... qué?

-Hablando con Huckleberry Finn.

La declaración era terminante.

-Thomas Sawyer, ésta es la más pasmosa confesión que jamás oí; no basta la palmeta para tal ofensa. Quítate el saco.

El maestro golpeó hasta que se le cansó el brazo, y la provisión de vara disminuyó notablemente. Después siguió la orden.

-Y ahora se va usted a sentar con las niñas. Y que le sirva esto de escarmiento.

El jolgorio y las risas que corrían por toda la escuela parecían avergonzar al muchacho; pero, en realidad, su rubor más provenía de su tímido culto por el ídolo desconocido y del temeroso placer que le proporcionaba su buena suerte. Se sentó en la punta del banco de pino y la niña se apartó bruscamente de él, volviendo a otro lado la cabeza. Coda-zos y guiños y cuchicheos llenaban la sala; pero Tom continuaba inmóvil, con los brazos apoyados en el largo pupitre que tenía delante, absorto, al parecer, en su libro. Poco a poco se fue apartando de él la atención general, y el acostumbrado zumbido de la clase volvió a elevarse en el ambiente soporífero.

Al rato el muchacho empezó a dirigir furtivas miradas a la niña. Ella lo vio, le hizo una mueca despectiva y le dio la espalda por un largo rato. Cuando, cautelosamente, volvió la cara, había un melocotón ante ella. Lo apartó de un manotazo; Tom volvió a colocarlo, suavemente, en el mismo sitio; ella lo volvió a rechazar de nuevo, pero sin tanta hostilidad; Tom, pacientemente, lo puso donde estaba, y entonces ella lo dejó estar. Tom garra-pateó en su pizarra. Tómallo. Tengo más . La niña echó una mirada al letrero, pero siguió impassible.

Entonces el muchacho empezó a dibujar algo en la pizarra, ocultando con la mano izquierda lo que estaba haciendo. Durante un rato la niña no quiso darse por enterada; pero la curiosidad empezó a manifestarse en ella con imperceptibles síntomas. El muchacho siguió dibujando, como si no se diese cuenta de lo que pasaba. La niña realizó un disimulado intento de ver, pero Tom hizo como que no lo advertía. Al fin se dio ella por vencida y murmuró titubeando:

Déjame verlo, ¿quieres?

Tom dejó ver en parte una lamentable caricatura de una casa, con un tejado escamoso y un sacacorchos de humo saliendo por la chimenea. Entonces la niña empezó a interesarse en la obra, y se olvidó de todo. Cuando estuvo acabada, la contempló y murmuró:

-Es muy bonita... Haz un hombre...

El artista erigió delante de la casa un hombre que parecía una grúa. Podía muy bien haber pasado por encima del edificio; pero la niña no era demasiado crítica, el monstruo la satisfizo, y murmuró:

-Es un hombre muy bonito... Ahora píntame a mí llegando.

Tom dibujó un reloj de arena con una luna llena encima y dos patas por abajo, y armó los desparrramados dedos con un portentoso abanico. La niña dijo:

-¡Qué bien está!... ¡Ojalá supiera yo pintar!

-Es muy fácil -murmuró Tom-. Yo te enseñaré.

-¿De veras? ¿Cuándo?

-A mediodía. ¿Vas a tu casa a almorzar?

-Si quieres, me quedaré.

-Muy bien, ¡espléndido! ¿Cómo te llamas?

-Becky Thatcher. ¿Y tú? ¡Ah, ya lo sé! Thomas Sawyer. -Así es como me llaman cuando me castigan. Cuando soy bueno, me llamo Tom. Llámame Tom, ¿quieres?

-Así lo haré -murmuró la niña.

Tom empezó a escribir algo en la pizarra, ocultándolo de la niña. Pero ella había ya abandonado el recato. Le pidió que la dejase ver. Tom contestó:

-No es nada...

-Sí, es algo -insistió ella.

-No, no es nada; no necesitas verlo.

-Sí, de veras que sí. Déjame que lo vea.

-Lo vas a contar, y se reirán de mí.

-No... De veras y de veras que no lo cuento.

-¿No se lo vas a decir a nadie? ¿En toda tu vida lo sabrás tú sola?

-No... A nadie se lo he de decir... Déjame verlo.

-¡Ea, no necesitas verlo!

-Pues por ponerte así, lo he de ver, Tom -y tomó la mano del muchacho con la suya, y hubo una pequeña escaramuza. Tom fingía resistir de veras, pero dejaba correrse la mano poco a poco, hasta que quedaron al descubierto estas palabras: "Te quiero".

-¡Eres un malo! -barbotó la niña, Y le dio un fuerte manotón; pero se puso colorada, y parecía satisfecha, a pesar de todo.

Y en aquel instante preciso sintió el muchacho que un torniquete lento, implacable, le apretaba la oreja, y al propio tiempo lo levantaba en alto. Y en esa forma fue llevado a través de la clase y depositado en su propio asiento, entre las risas y burlas de toda la escuela. El maestro permaneció agitándose sobre él, amenazador, durante unos instantes trágicos, y al cabo regresó a su trono, sin decir palabra. Pero aunque a Tom le ardía la oreja, el corazón le rebosaba de gozo.

Cuando sus compañeros se calmaron, Tom hizo un honrado intento de estudiar, pero el torbellino

de su cerebro no se lo permitía. Ocupó después su sitio en la clase de lectura, y fue aquello un desastre; después en la clase de geografía, y convirtió lagos en montañas, montañas en ríos, y ríos en continentes, hasta rehacer el caos: después, en la de escritura; donde fue rebajado de categoría por sus infinitas faltas y colocado el último: y tuvo que entregar la medalla que había lucido con ostentación durante algunos meses.

Capítulo 9

Pero todo esfuerzo era inútil. Cuanto más tesón Ponía Tom en fijar su atención en el libro, más se dispersaban sus ideas. Así es que al fin, con un suspiro y un bostezo abandonó el empeño.

Tom sentía enloquecedoras ansias de verse libre, o al menos de hacer algo interesante para pasar aquella hora tediosa. Se llevó distraídamente la mano al bolsillo y su faz se iluminó con un resplandor de gozo que era toda una oración, aunque él no se daba cuenta. La caja de fósforos salió cautelosamente a luz. Libertó a la garrapata y la puso sobre el largo y liso pupitre. El insecto probablemente resplandeció también con una gratitud que equivalía a una plegaria, pero era prematuro pues cuando emprendió, agradecido, la marcha para un largo viaje,

Tom lo desvió para un lado con un alfiler y le hizo tomar una nueva dirección.

El amigo del alma de Tom estaba sentado a su lado, sufriendo tanto como él, y al punto se interesó profunda y placenteramente en el entretenimiento. Este amigo del alma era Joe Harper. Los dos eran uña y carne seis días de la semana, y enemigos en campo abierto los sábados. Joe se sacó un alfiler de la solapa y empezó a prestar su ayuda para ejercitar a la prisionera. El deporte crecía en interés por momentos. A poco Tom indicó que se estaban estorbando al uno al otro, sin que ninguno pudiera sacar todo el provecho a que la garrapata se prestaba. Así, pues, puso la pizarra de Joe sobre el pupitre y trazó una línea por la mitad, de arriba abajo.

-Ahora -dijo-, mientras esté en tu lado puedes azuzarla y yo no me meteré con ella; pero si la dejas irse y se pasa a mi lado, tienes que dejarla en paz todo el tiempo que yo la tenga sin cruzar la raya.

-Está bien; empieza tú.

Pronto la garrapata se le escapó a Tom y cruzó la línea divisoria. Joe la acosó un rato y luego se le escapó y cruzó otra vez la raya. Este cambio de base se repitió con frecuencia. Mientras uno de los chicos aguijoneaba a la garrapata con absorbente interés, el

otro miraba con interés no menos intenso, juntas e inclinadas las dos cabezas sobre la pizarra y ajenos a cuanto pasaba en el resto del mundo.

Al fin la suerte pareció inclinarse por Joe. La garrapata intentaba este y aquel y el otro camino y estaba tan excitada y anhelosa como los propios muchachos; pero una vez y otra, cuando Tom tenía la victoria en la mano, como quien dice, y los dedos le cosquilleaban para empezar, el alfiler de Joe, con diestro toque, hacía virar a la viajera y mantenía su posesión. Tom ya no podía aguantar más. La tentación era irresistible; así es que estiró la mano y empezó a ayudar con su alfiler. Joe se sulfuró en seguida.

-Tom, déjala en paz -dijo.

-No voy más que a tocarla un poco.

-Que la dejes, te digo.

-No quiero.

-Pues no la tocas... Está de mi lado.

-¡Oye, tú, Joe! ¿De quién es la garrapata?

-A mí no me importa. Está de mi lado y no tienes que tocarla,

-Bueno, pues, ¿a que la toco? Es mía y hago con ella lo que me dé la gana.

Un tremendo golpe descendió sobre las costillas de Tom y su duplicado sobre las de Joe: y durante un minuto siguió saliendo polvo de los dos sacos, con gran regocijo de toda la clase. Los chicos habían estado demasiado absortos para darse cuenta del suspenso que un momento antes había sobrecoigido a toda la escuela cuando el maestro cruzó la sala de puntillas y se paró detrás de ellos. Había estado contemplando gran parte del espectáculo antes de contribuir a amenizarlo con una variante. Cuando se acabó la clase a mediodía, Tom volvió a donde estaba Becky Thatcher y le dijo al oído:

-Ponte el sombrero y di que vas a tu casa; cuando llegues a la esquina con las otras, te escabulles y das la vuelta por la calleja, y vienes hacia acá. Yo voy por el otro camino y haré lo mismo.

Así, cada uno de ellos se fue con un distinto grupo de escolares. Pocos momentos después los dos se reunieron al final de la calleja, y cuando volvieron a la escuela sé hallaron dueños y señores de ella. Se sentaron juntos, con la pizarra delante, y Tom dio a Becky el lápiz y le llevó la mano guiándosela, y así crearon otra casa sorprendente. Cuando empezó a debilitarse su interés en el arte, empezaron a charlar.

-¿Te gustan las ratas? -preguntó Tom.

-Las aborrezco.

-Bien; también yo... cuando están vivas. Pero quiero decir las muertas, para hacerlas dar vueltas por encima de la cabeza con un piolín.

-No; me gustan poco las ratas de cualquier manera. Lo que a mí me gusta es masticar goma.

-¡Ya lo creo! ¡Ojalá tuviera!

-¿De veras? Yo tengo un poco. Te dejaré masticar un rato, pero tienes que devolvérmela.

Así se convino, y masticaron por turno, balanceando las piernas desde el banco de puro gozosos.

-¿Has visto alguna vez el circo? -dijo Tom.

-Sí, y mi papá me va a llevar otra vez si soy buena.

-Yo lo he visto tres o cuatro veces... una barbaridad de veces. La iglesia no vale nada al lado del circo. En el circo siempre está pasando algo. Yo voy a ser clown cuando sea grande.

-¿De veras? ¡Qué bien! Me gustan tanto, todos llenos de pintura.

-Y ganan montones de dinero.... casi un dólar por día-, me lo ha dicho Ben Rogers. Di, Becky, ¿has estado alguna vez comprometida?

-¿Qué es eso?

-Pues comprometida para casarte.

-¿Te gustaría?

-Me parece que sí. No sé. ¿Qué viene a ser?

-¿Que qué viene a ser? Pues una cosa que no es como las demás. No tienes más que decir a un chico que no vas a querer a nadie más que a él, nunca, nunca; y entonces os besáis y ya está.

-¿Besar? ¿Para qué besarse?

-¿Pues, sabes?, es para... Bueno; siempre hacen eso.

-¿Todos?

-Todos, cuando son novios. ¿Te acuerdas de lo que escribí en la pizarra?

-...sí.

-¿Qué era?

-No lo quiero decir.

-¿No quieres decirlo?

-Sí... sí, pero otra vez.

-Ahora, Becky... Y te lo diré al oído, muy despacito.

Becky vaciló, y Tom, tomando el silencio por asentimiento, la tomó por el talle y murmuró levemente la frase, con la boca pegada al oído de la niña. Y después añadió:

-Ahora me lo dices tú al oído..., lo mismo que yo.

Ella se resistió un momento, y después dijo:

-Vuelve la cara para que no veas, y entonces lo haré. Pero no tienes que decírselo a nadie. ¿No lo dirás, Tom? ¿De veras que no?

-No, de verdad que no... Anda, Becky...

El volvió la cara, Ella se inclinó tímidamente, hasta que su aliento agitó los rizos del muchacho y murmuró: "Te quiero". Después huyó corriendo por entre bancos y pupitres, perseguida por Tom, hasta que se refugió en un rincón, tapándose la cara con el delantalcito blanco. Tom la tomó por el cuello.

-Ahora, Becky -le dijo, suplicante, ya está todo hecho. . ya está todo menos lo del beso. No tengas miedo de eso. No tiene nada de particular. Hazme el favor, Becky...

Y le tiraba de las manos y del delantal.

Poco a poco fue ella cediendo y dejó caer las manos. La cara toda encendida por la lucha, quedó al descubierto y se sometió a la demanda. Tom besó los rojos labios y dijo:

-Ya está todo hecho. Y ahora, después de esto, ya sabes: no tienes que ser nunca novia de nadie

sino mía, y no tienes que casarte nunca con nadie más que conmigo. ¿Quieres?

-Sí... Nunca seré novia de nadie ni me casaré más que contigo, y tú no te casarás tampoco con nadie más que conmigo.

-Por supuesto. Eso es "parte" de la cosa. Y siempre, cuando vengas a la escuela o al irte a casa tengo yo que acompañarte cuando nadie nos vea y yo te escojo a ti y tú me escoges a mí en todas las fiestas, porque así hay que hacer cuando se está de novios.

-¡Qué bien! No lo había oído nunca.

-Es la mar de divertido. Sí supieras lo que Amy Lawrence y yo...

En los grandes ojos que lo miraban vio Tom la torpeza cometida, y se detuvo, confuso.

-¡Tom! ¡Yo no soy tu primera novia!

La chiquilla empezó a llorar.

-No llores, Becky -dijo Tom-, Ya no se me importa nada por ella.

-Sí, sí. se te importa, Tom... Tú sabes que sí...

Tom trató de echarle un brazo en torno del cuello, pero ella lo rechazó y volvió la cara a la pared y siguió llorando. Hizo él otro intento, con persuasivas palabras, y ella volvió a rechazarlo.

Entonces se le alborotó el orgullo, y dio media vuelta y salió de la escuela. Se quedó un rato por allí, agitado y nervioso, mirando de cuando en cuando a la puerta, con la esperanza de que Becky se arrepentiría y vendría a buscarlo. Pero no hubo tal cosa. Entonces comenzó a afligirse y a pensar que la culpa era suya. Mantuvo recia lucha consigo mismo para decidirse a hacer nuevos avances, hasta que al fin reunió ánimos para la empresa y entró en la escuela.

Becky seguía aún en el rincón, sollozando, con la cara pegada a la pared. Tom sintió remordimiento. Fue hacia ella y se detuvo un momento sin saber qué hacer.

-Becky, no quiero a nadie sino a ti -dijo vacilante.

No hubo más respuesta que los sollozos.

-Becky -prosiguió, implorante ¿no quieres responderme?

Más sollozos. Tom sacó su más preciado tesoro, una pelotita de latón procedente de un morillo de chimenea, y lo puso delante de los ojos de la niña para que pudiera verlo.

-Becky --dijo--; haz el favor de tomarlo.

Ella lo tomó y lo tiró al suelo. Entonces Tom salió de la escuela y echó a andar hacia las colinas, muy lejos, para no volver a clase ese día. Becky empezó a sospecharlo. Corrió hacia la puerta. No se le veía por ninguna parte. Fue al patio de recreo; no estaba allí. Entonces gritó.

-¡Tom! ¡Tom! ¡Vuelve!...

Escuchó anhelosamente, pero no tuvo respuesta. No tenía más compañía que la soledad y el silencio. Se sentó, pues, a llorar de nuevo y a echarse en cara su conducta. En ese momento los escolares empezaban a llegar, y tuvo que ocultar su pena y apaciguar su corazón, echándose auestas la cruz de toda una larga tarde de tedio y desolación, sin nadie, entre los extraños que la rodeaban, en quien confiar sus penas.

Capítulo 10

Tom se metió por entre las callejuelas hasta alejarse del camino de los que regresaban a la escuela, y después siguió caminando lenta y desgadamente. Media hora después desapareció tras la mansión de Douglas, en la cumbre del monte, y ya apenas se divisaba la escuela hacia el centro de la espesura, y se sentó sobre el musgo, bajo un roble de ancho ramaje. No se sentía la menor brisa; el intenso calor del mediodía había acallado hasta los cantos de los pájaros; la naturaleza toda yacía en un sopor no turbado por ruido alguno, a no ser, de cuando en cuando, por el lejano martilleo de un pájaro carpintero, y aun esto parecía hacer más profundo el silencio y la obsesionante sensación de soledad. Tom era todo melancolía y su estado de ánimo estaba a tono

con la escena. Permaneció sentado largo rato meditando, con los codos en las rodillas y la barbilla en las manos. Le parecía que la vida no era más que una carga, y casi envidiaba a Jimmy Hodges, que hacía poco se había librado de ella. ¡Qué apacible debía ser, pensé, yacer y dormir y soñar para siempre, con el viento murmurando por entre los árboles y meciedo las flores y las hierbas de la tumba, y no tener ya nunca molestias ni dolores que sufrir! Si al menos tuviera una historia limpia, hubiera podido desear que llegase el fin y acabar con todo de una vez. Y en cuando a Becky, ¿ qué había hecho él?... Nada. Había obrado con la mejor intención del mundo y ella lo había tratado como un perro... Algún día lo sentiría ella...; quizá cuando ya fuera demasiado tarde. ¡Ah, si pudiera morirse por unos días!

Pero el corazón de los jóvenes no puede estar mucho tiempo deprimido. Tom empezó insensiblemente a dejarse llevar de nuevo por las preocupaciones de esta vida. ¿Qué pasaría si de pronto abandonara todo y desapareciera misteriosamente? ¿Si se fuera muy lejos, muy lejos, a países descono-

cidos, más allá de los mares, y no volviese nunca? ¿Qué impresión sentirla ella?... La idea de ser clown le vino a la memoria; pero sólo para rechazarla con disgusto, pues la frivolidad y las gracias y los trajes pintarrajeados eran una ofensa cuando pretendían profanar un espíritu exaltado a la vaga y augusta región de lo novelesco. No; sería soldado, para volver al cabo de muchos años como un inválido glorioso. No, mejor aún: se iría con los indios, y cazaría búfalos en las sierras o en las vastas praderas del lejano Oeste, y después de mucho tiempo volvería hecho un gran jefe erizado de plumas, pintado de espantoso modo, y se plantaría de un salto, lanzando un escalofriante grito de guerra, en la escuela dominical, una soñolienta mañana de domingo, y haría morir de envidia a sus compañeros. Pero no, aún había algo más grandioso... ¡Sería pirata! ¡Eso es, pirata! Ya estaba trazado su porvenir, deslumbrante y esplendoroso. ¡Cómo llenaría su nombre el mundo y haría estremecer a la gente! ¡Qué gloria la de hendir los mares procelosos con un rápido velero, el "Genio de la Tempestad", con la terrible bandera flameando en el mástil! Y en el cenit de su fama aparecería de pronto en el pueblo, y entraría arrogante a la iglesia, tostado y curtido por la

intemperie, con su justillo y calzas de negro terciopelo, sus grandes botas de campaña, su tahalí escarlata, el cinto erizado de pistolones de arzón, el machete, tinto en sangre, al costado, el ancho sombrero con ondulante pluma, y desplegada la bandera negra ostentando la calavera y los huesos cruzados, y oiría con orgulloso deleite los cuchicheos: "¡Este es Tom Sawyer el Pirata! ¡El terrible Vengador de la América española!".

Sí, estaba resuelto; su destino estaba fijado. Se iría de casa para lanzarse a la aventura. Partiría a la mañana siguiente. Debía empezar, pues, por reunir sus riquezas. Avanzó hasta un tronco caído que estaba allí cerca y empezó a escarbar debajo de uno de sus extremos con el cuchillo "Barlow". Pronto tocó en madera que sonaba a hueco; colocó sobre ella la mano y lanzó solemnemente este conjuro:

-Lo que no está aquí, "que venga". Lo que no esté aquí que se quede.

Después separó la tierra, y se vio una ripia de pino; la arrancó y apareció debajo una pequeña y bien construida cavidad para guardar tesoros con el fondo y los costados también de ripias. Había allí una bolita. ¡Tom se quedó atónito! Se rascó perplejo la cabeza y exclamó.

-¡Jamás he visto cosa más rara!

Después arrojó lejos de sí la bolita, con gran enojo, y se quedó meditando. El hecho era que había fallado allí una superstición que él y sus amigos habían tenido siempre por infalible. Si uno enterraba una bolita con ciertos indispensables conjuros y la dejaba dos semanas, al cabo de los cuales abría el escondite, con la fórmula mágica que él acababa de usar, se encontraba con que todas las bolitas que había perdido en su vida se habían juntado allí, por muy esparcidas y separadas que hubieran estado. Pero el hechizo acababa de fracasar, allí y en aquel instante, de modo incontrovertible y contundente. Todo el edificio de la fe de Tom quedó cuarteado hasta los cimientos. Había oído muchas veces que la cosa había sucedido, pero nunca que hubiera fallado. No se le ocurrió que él mismo había hecho ya la prueba muchas veces, pero sin que pudiera encontrar el escondite después. Dio vueltas durante un rato al asunto y decidió al fin que alguna bruja se había entremetido rompiendo el sortilegio. Para satisfacerse sobre este punto buscó por allí cerca hasta encontrar un montoncito de arena con una depresión en forma de chimenea en el medio. Se echó al suelo, y acercando la boca al agujero, dijo:

¡Chinche holgazana, chinche holgazana, dime lo que quiero saber!

¡Chinche holgazana, chinche holgazana, dime lo que quiero saber!

La arena empezó a removerse y a poco una diminuta chinche negra apareció un instante y enseguida se ocultó asustada.

Sabía muy bien la inutilidad de discutir con brujas; así es que desistió, desanimado. Pero se le ocurrió que no era cosa de perder la bolita que acababa de tirar, e hizo una paciente investigación. Pero no pudo encontrarla. Volvió entonces al escondites de tesoros, y colocándose exactamente en la misma postura en que estaba cuando la arrojó sacó otra del bolsillo y la tiró en la misma dirección diciendo las mágicas palabras:

-Hermana, busca a tu hermana.

Observó dónde se detenía y fue al sitio y miró. Pero debió de haber caído más cerca o más lejos, y repitió otras dos veces el experimento. La última dio buen resultado. Las dos bolitas estaban a menos de un pie de distancia una de otra.

En aquel momento el sonido de una trompetilla de hojalata se oyó débilmente bajo las verdes bóvedas de la selva. Tom se despojó del saco y los pan-

talones, convirtió un tirante en cinto, apartó unos matorrales de detrás del tronco caído, dejando ver un arco y una flecha toscamente hechos, una espada de palo y una trompeta también de hojalata, y en un instante tomó todas aquellas cosas y echó a correr, desnudo de piernas, con los faldones de la camisa revoloteando. A poco se detuvo bajo un olmo corpulento respondió con un toque de corneta y después empezó a andar de allí para allá en puntas de pie y con recelosa mirada, diciendo en voz baja a una imaginaria compañía:

-¡Altos, valientes míos! Seguid ocultos hasta que yo haga sonar mi cuerno de caza.

En aquel momento apareció Joe Harper, tan parcamente vestido y tan formidablemente armado como Tom. -¡Alto! ¿Quién se atreve a penetrar en la selva de Sherwood sin mi salvoconducto? -gritó Tom.

-¡Guy de Guisborne no necesita salvoconducto de nadie! ¿Quién sois que, que...?

...que osáis hablarme así... -dijo Tom, apuntando, pues ambos recitaban de memoria textos del legendario Robin Hood-. ¡Soy yo! Robin Hood, como vais a saber al punto, a costa de vuestro men guado pellejo.

-¿Sois, pues, el famoso bandolero? Pues me place disputar con vos los pasos de mi selva. ¡Defendedos!

Sacaron las espadas de palo, echaron por tierra el resto de la impedimenta, cayeron en guardia, un pie delante del otro, y empezaron un grave y metódico combate, golpe por golpe. Al cabo, exclamó Tom:

-Si sabéis manejar la espada, ¡apresuraos!

Los dos "se apresuraron", jadeantes y sudorosos. Apoco gritó Tom:

-¡Cae, cae! ¿Por qué no caes?

-¡No me da la gana! ¿Por qué no te caes tú! Tú eres el que va peor.

-Pero eso no tiene nada que ver, Yo no puedo caer.

Así no está en el libro. El libro dice: "Entonces, con una estocada traicionera, consiguió matar al pobre Guy de Guisborne". - Tienes que volverte y dejar que te pegue en la espalda.

No era posible discutir tales autoridades, y Joe se volvió, recibió el golpe y rodó por tierra.

-Ahora -dijo, levantándose- tienes que dejarme que te mate a ti. Si no, no vale.

-Pues no puede ser; no está en el libro.

-Bueno, pues es una cochina trampa, eso es lo que es.

-Pues mira -dijo Tom-, tú puedes ser el padre Tuck, o Much, el hijo del molinero, y romperme una pata con una estaca, o yo seré el "sheriff" de Nottingham y tú serás un rato Robin Hood, y me matas.

La propuesta era aceptable, y así fueron representadas esas escenas.

En seguida se vistieron, ocultaron sus útiles bélicos y se echaron a andar, lamentándose de que ya no hubiera bandoleros y preguntándose qué es lo que nos había dado la moderna civilización para compensarnos. Convenían los dos en que más hubieran querido ser un año bandidos en la selva de Sherwood que presidente de los Estados Unidos por toda la vida.

Capítulo 11

Esa misma noche, a las nueve y media, Tom y Sid fueron enviados, como en otras oportunidades, a la cama. Dijeron sus oraciones, y Sid se durmió inmediatamente. Tom se quedó despierto, esperando nerviosamente. Le pareció que amanecía, cuando oyó dar las diez en el reloj. Era para desesperarse. Los nervios le hacían dar vueltas y removerse, pero temía despertar a Sid. Por eso permanecía inmóvil, mirando a la oscuridad. Y entonces, vagamente, llegó hasta él, mezclado con sus ensueños, aún informes, un tristísimo maullido. Una ventana que se abrió en la vecindad le turbó. Un grito de "¡Maldito gato! ¡Vete!", y el estallido de una botella vacía contra la pared trasera del cobertizo de la leña acabó de despabilarlo, y en un solo minuto

Estaba vestido, salía por la ventana y gateaba en cuatro pies por el tejado, que estaba al mismo nivel. Maulló dos o tres veces, con gran esmero; después saltó al tejado de la leñera, y desde allí al suelo. Se pusieron en marcha y se perdieron en la oscuridad. Al cabo de media hora estaban caminando por entre la alta hierba del cementerio.

Era un cementerio igual a todos los viejos cementerios del Oeste. Estaba situado en una colina a milla y media del pueblo. Tenía como cerco una claudicante valla de tablas, que en unos sitios estaba derrumbada hacia dentro y en otros hacia afuera, y en ninguno derecha. Hierbas silvestres crecían por todo el recinto. Todas las sepulturas antiguas estaban hundidas en tierra; tablones redondeados por un extremo y roídos por la intemperie se alzaban hincados sobre las tumbas, torcidos y como buscando inútilmente un apoyo. "A la memoria de Fulano de Tal", había sido pintado en cada uno de ellos mucho tiempo atrás; pero ya no se podía leer aunque hubiera habido luz suficiente.

Una brisa tenue susurraba entre los árboles, y Tom temía que pudieran ser las ánimas de los muertos que se quejaban al ser molestadas. Los dos hablaban poco, y eso entre dientes, porque la hora y

el lugar y el solemne silencio en que todo estaba envuelto oprimían sus espíritus. Encontraron al montoncillo recién hecho que buscaban, y se escondieron bajo el abrigo de tres grandes olmos que crecían, casi juntos, a poco trecho de la sepultura.

Después esperaron callados un tiempo que les pareció interminable. El graznido lejano de una lechuza era el único ruido que rompía aquel silencio de muerte. Las reflexiones de Tom iban haciéndose fúnebres y angustiosas. Había que hablar de algo. Por eso dijo, en voz baja:

-Huck, ¿crees que a los muertos les disgustará que estemos aquí?

-¡Quién sabe! Está esto que impone, ¿verdad?

-Ya lo creo que sí.

Hubo una larga pausa, mientras los muchachos discutían el tema interiormente. Después, en voz baja, prosiguió Tom:

-Dime, Huck, ¿crees que Hoss Williams nos oye hablar?

-Claro que sí. Al menos, nos oye su espíritu.

Tom, al poco rato:

-Ojalá hubiera dicho el "señor" Williams. Pero no fue con mala intención. Todo el mundo le llamaba Hoss.

-Hay que tener mucho ojo en cómo se habla de esta gente difunta, Tom.

Esto era un jarro de agua fría y la conversación se extinguió otra vez. De pronto Tom tomó del brazo a su compañero:

-¡Chist!...

-¿Qué pasa, Tom? -Y los dos se agarraron el uno al otro, con los corazones sobresaltados.

-¡Allí! ¿Los oyes ahora?

-¡Dios mío, Tom, que vienen?... Vienen, vienen, seguro. ¿Qué hacemos?

-No sé. ¿Crees que nos verán?

-Tom, ellos ven a oscuras, lo mismo que los gatos. ¡Ojalá no hubiera venido!

-No tengas miedo. No creo que se metan con nosotros. Ningún mal estamos haciendo. Si nos quedamos quietos, puede ser que no se fijen.

-Ya lo haré, Tom; pero, ¡tengo miedo!

-¡Escucha!

Estiraron los cuellos, con las cabezas juntas, casi sin respirar. Un apagado rumor de voces llegaba desde el otro extremo del cementerio.

-¡Mira! ¡Mira allí! -murmuró Tom-. ¿Qué es eso?

-Es un fuego fatuo. ¡Ay, Tom, qué miedo tengo!

las figuras indecisas se acercaban entre las sombras, balanceando una antigua linterna de hojalata, que tachonaba el suelo con fugitivas manchas de luz. Huck murmuró, con estremecimiento:

-Son los diablos, son ellos. ¡Tom, es nuestro fin! ¿Sabes rezar?

-Lo intentaré, pero no tengas miedo. No van a hacernos daño: "Acógeme, Señor, en tu seno"...

-¡Chist! -interrumpió Huck.

-¿Qué pasa, Huck?

- ¡Son humanos! , por lo menos uno. Tiene la voz de Muff Potter.

-¡No!... ¿De veras?

-Lo conozco muy bien. No te muevas ni hagas nada. Es tan bruto que no nos ha de ver. Estará bebido, como siempre, el condenado.

-Bueno, me quedaré quieto. Ahora no sabe dónde ir. Ya vuelven hacia acá. Esta vez van derecho... Oye, Huck, yo conozco otra de las voces... Es la de Joe el Indio.

Los cuchicheos cesaron de pronto, porque los tres hombres habían llegado a la sepultura y se pararon a pocos pasos del escondite de los muchachos.

-Aquí es -dijo la tercera voz; y su dueño levantó la linterna, cuya luz dejó ver la faz del doctor Robinson.

Potter y Joe el Indio llevaban unas parihuelas, y en ellas una cuerda y un par de palas. Echaron la carga a tierra y empezaron a abrir la sepultura. El doctor puso la linterna a la cabecera y fue a recostarse sobre uno de los olmos. Estaba tan cerca, que los muchachos hubieran podido tocarlo.

-¡De prisa, de prisa! -dijo en voz baja-. La luna va a salir de un momento a otro.

Los otros dos respondieron con un gruñido, sin dejar de cavar. Durante un rato no hubo otro ruido que el de las palas al arrojar a un lado montones de barro y pedruscos. Era una tarea pesada. Al poco tiempo, una pala tropezó en el féretro, produciendo un ruido sordo, y dos minutos después los dos hombres lo extrajeron de la tierra. Forzaron la tapa con las palas, sacaron el cuerpo y lo echaron de golpe en el suelo. La luna apareció saliendo de entre unas nubes e iluminó la faz lívida del cadáver. Prepararon las parihuelas y pusieron el cuerpo encima, cubierto con una manta, asegurándolo con la cuerda. Potter sacó una larga navaja de muelles, cortó un

pedazo de cuerda que quedaba colgando, y después dijo:

-Ya está hecha esta condenada tarea, galeno; y ahora mismo alarga usted otros cinco dólares, o ahí se queda eso.

-Así se habla -dijo Joe el Indio.

-¡Cómo!... ¿Qué quiere decir esto? -exclamó el doctor-. Me habéis exigido la paga adelantada, y ya os he pagado.

-Sí, y más que eso aún -dijo Joe, acercándose al doctor, que ya se había incorporado-. Hace cinco años, me echó usted de la cocina de su padre una noche que fui a pedir algo de comer, y dijo que no iba yo allí para nada bueno; y cuando yo juré que me lo había de pagar aunque me costase cien años, su padre me hizo meter en la cárcel por vagabundo.. ¿Se figura que se me ha olvidado? Para algo tengo sangre india. ¡Y ahora le tengo a usted en mi poder y tiene que pagar la cuenta!

Al terminar estaba ya amenazando al doctor metiéndole el puño en la cara. El doctor le dio de repente tal puñetazo que dejó al rufián tendido en el suelo. Potter dejó caer la navaja y exclamó:

-¡Vamos a ver! ¿Por qué pega usted a mi socio? -Y un instante después se había lanzado sobre el

doctor y los dos luchaban fieramente, pisoteando la hierba y hundiendo los talones en el suelo fangoso. Joe, el indio se irguió de un salto, con los ojos relampagueantes de ira, recogió la navaja de Potter, y deslizándose como un tigre, fue dando vueltas en torno a los combatientes, buscando una oportunidad. De pronto, el doctor se desembarazó de su adversario, agarró el pesado tablón clavado a la cabecera de la tumba Williams, y de un golpe dejó a Potter tendido en tierra; pero en, ese mismo instante el mestizo aprovechó la ocasión y hundió la navaja hasta el mango en el pecho del joven. Dio éste un traspies y se desplomó sobre Potter, cubriéndolo de sangre. En ese preciso momento las nubes dejaron en sombra el horrendo espectáculo y los dos muchachos, aterrados, huyeron veloces en la oscuridad.

Poco después, cuando la luna volvió a brillar, Joe el Indio estaba en pie junto a los dos hombres caldos, contemplándolos. El doctor balbuceó unas palabras inarticuladas, dio una larga boqueada y se quedó inmóvil. El mestizo murmuró:

-Aquella cuenta ya está ajustada.

Después registró al muerto y le robó cuanto llevaba en los bolsillos, y enseguida colocó la navaja homicida en la mano derecha de Potter, que la tenía

abierta, y se sentó sobre el féretro destrozado. Pasaron dos, tres, cuatro minutos, y entonces Potter comenzó a removerse, gruñendo. Cerró la mano sobre la navaja, la levantó, la miró un instante y la dejó caer estremeciéndose. Después se sentó, empujando el cadáver lejos de sí y fijó en él los ojos, y luego miró alrededor, aturdido. Sus ojos se encontraron con los de Joe.

-¡Por Dios!... ¿Cómo ha sido esto, Joe? -dijo.

-Es un mal negocio -contestó Joe, sin inmutarse-. ¿Por qué lo has hecho?

¿Cómo?... ¿Ahora sales con ésas?

Potter tembló y se puso pálido.

-Yo creía que se me había pasado la borrachera. No debía haber bebido esta noche. Pero la tengo todavía en la cabeza..., peor que antes de venir aquí. No sé por dónde ando; no me acuerdo casi de nada... Dime, Joe... palabra honrada, lo he hecho yo?... Nunca tuve tal intención, te lo juro por la salvación de mi alma, Joe... No fue tal mi intención... Dime cómo ha sido. ¡Da espanto!... ¡Y él, tan, joven y que prometía tanto!...

-Pues es muy sencillo: os agarrasteis a puñetazos, y en un momento dado, él se desprendió y tomando el tablón te golpeó con él en la cabeza y

caíste. Al levantarte, dando tumbos y traspiés, recoges el cuchillo y se lo clavas, en el momento justo en que él te daba otro tablonazo más fuerte; y ahí te quedaste como muerto.

¡Ay!... ¡No sabía lo que hacía!... ¡Que me muera aquí mismo si me di cuenta!... Fue todo cosa del whisky y del ofuscamiento... Nunca usé un arma en mi vida. He reñido, pero siempre sin armas... Todos pueden decirlo, Joe... ¡Cállate, no digas nada! Dime que no has de decir nada... Siempre fui amigo tuyo, Joe, y estuve de tu parte, ¿no te acuerdas?... ¿No dirás nada?

Y el infeliz cayó de rodillas ante el desalmado mestizo, suplicante, con las manos cruzadas.

-No siempre te has portado derechamente conmigo, y no he de hacer nada contra ti. Ya está dicho; no se me puede pedir más.

-Joe, eres un ángel... Te he de bendecir por esto mientras viva -dijo Potter, rompiendo a llorar.

Vamos, basta de gimoteos. No hay tiempo para andar en lloros. Tú te escapas por este camino y yo me voy por este otro. Andando, pues, y no dejes huellas de tus pasos.

Potter arrancó en un trote, que pronto se convirtió en carrera. El mestizo lo siguió con la vista, y -murmuró entre dientes:

-Si está tan atolondrado con el golpe, y tan atiborrado por el alcohol, como parece, no ha de acordarse de la navaja hasta que esté ya tan lejos de aquí que tenga miedo de volver a buscarla solo y en un sitio como éste... ¡gallina!

Unos minutos después, el cuerpo del hombre asesinado, el cadáver envuelto en la manta, el féretro sin tapa y la sepultura abierta sólo tenían por testigos la luna. La quietud y el silencio reinaban de nuevo.

Capítulo 12

Tom y Huckleberry corrían como locos en dirección del pueblo, mudos de espanto. De cuando en cuando miraban hacia atrás, como temiendo que los persiguieran. Cada tronco que aparecía en el camino se les figuraba un hombre y un enemigo, y los dejaba sin aliento; y al pasar, veloces, junto a algunas casitas aisladas cercanas al pueblo, el ladrar de los perros alarmados les ponía alas en los pies.

-¡Si pudiéramos llegar a la tenerla antes de sentirnos agotados! -murmuró Tom, con la palabra entrecortada, faltar de aliento-. Ya no podré aguantar mucho.

El fatigoso jadear de Huck fue la única respuesta, y ambos fijaron los ojos en la meta de sus esperanzas, renovando sus esfuerzos para alcanzar-

la. Ya se iban acercando a ella, y, al fin, los dos a un tiempo se precipitaron por la puerta y cayeron al suelo, gozosos y extenuados, entre las sombras protectoras del interior. Poco a poco se fue calmando su agitación, y Tom pudo decir, muy bajo:

-Huckleberry, ¿en qué crees tú que parará esto?

-Si el doctor Robinson muere, me figuro que esto acabará en la horca.

-¿De veras?

-Seguro, Tom.

Tom meditó un rato, y preguntó:

-¿Y quién va a decirlo?... ¿Nosotros?

-¿Qué estás diciendo, Tom? Suponte que algo ocurre y que no ahorcasen a Joe el Indio..., pues nos mataría, tarde o temprano; tan seguro como que estamos aquí.

-Si alguien ha de contarlo, deja que sea Muff Potter, porque es lo bastante tonto para ello. Y, además, siempre está borracho.

Tom no contestó. Siguió meditando. Al cabo, murmuró:

-Huck, Muff Potter no lo sabe. ¿Cómo va a decirlo?

-¿Por qué no ha de saberlo?

-Porque recibió el golpe antes de que Joe el Indio matase al doctor. ¿Crees tú que podía ver algo?... ¿Se te figura que tiene idea de nada?

-Tienes razón. No había caído.

-Y, además, piensa que puede ser que el golpe haya acabado con él.

-No; eso no, Tom. estaba lleno de bebida; bien lo vi yo, y, además, lo está siempre. Pues, mira: cuando papá está lleno, puede ir uno y sacudirle en la cabeza con la torre de la iglesia, y se queda tan fresco. El mismo lo dice. Pues lo mismo le pasa a Muff Potter, por supuesto. Pero si se tratase de uno que no estuviera bebido, puede ser que aquel estacazo lo hubiera dejado en. el sitio. ¡Quién sabe!

Después de otro reflexivo silencio, dijo Tom:

¿estás seguro de que no has de hablar?

-No tenemos más remedio. Bien lo sabes. A ese maldito indio le importaría lo mismo ahogarnos como a un par de gatos si llegáramos a soltar la lengua y a él no lo ahorcasen. Mira, Tom, tenemos que jurarlo. Eso es lo que hay que hacer: jurar que no hemos de decir palabra.

-Lo mismo digo, Huck. Eso es lo mejor. Dame la mano y jura que...

-¡No, hombre no! Eso no vale para una cosa como ésta. Eso está bien para cosas de poco más o menos, sobre todo para con chicas, porque de todos modos, se vuelven contra uno y charlan en cuanto se ven en apuros; pero esto tiene que ser por escrito. Y con sangre...

Nada podía ser más del agrado de Tom. Era misterioso, sombrío y trágico; la hora, las circunstancias y el lugar donde se hallaban eran los más apropiados. Alzó una tablita de pino que estaba en el suelo, en un sitio donde alumbraba la luna, sacó un tejo del bolsillo y garabateó con gran trabajo las siguientes líneas, apretando la lengua entre los dientes e inflando los carrillos en cada lento trazo hacia abajo y dejando escapar presión en los ascendentes:

"Huck Finn y Tom Sawyer Juran que no han de decir nada de esto y que si dicen algo, caigan allí mismo muertos y fenezcan".

Tan pasmado quedó Huckleberry de la facilidad con que Tom escribía como de la fluidez y grandiosidad de su estilo. Sacó en seguida un alfiler de la solapa y se disponía a pincharse un dedo, pero Tom le detuvo.

-¡Quieto! -le dijo-. No hagas eso. Los alfileres son de cobre y pueden tener verdín.

-¿Qué es eso?

-Veneno. Eso es lo que es. No tienes más que tragar un poco... y ya veras.

Tom quitó el hilo de una de sus agujas, y cada uno de ellos se picó la yema del pulgar y se la estrujó hasta sacar unas gotas de sangre.

Con el tiempo, y después de muchos estrujamientos, Tom consiguió firmar con sus iniciales, usando la propia yema del dedo como pluma. Después enseñó a Huck la manera de hacer una H y una F, y el juramento quedó completo. Enterraron la tablilla junto al muro, con ciertas lúgubres ceremonias y conjuros, y el candado que se habían echado en sus bocas se consideró bien cerrado y la llave tirada a lo lejos.

Una sombra se escurrió furtiva a través de una brecha en el otro extremo del ruinoso edificio, pero los muchachos no se percataron de ello.

-Tom -cuchicheó Huck-, ¿con esto ya no hay peligro de que no hablemos nunca?

-Por supuesto que no. Ocurra lo que ocurra, tenemos que callar. Caeríamos muertos... ¿sabes?

-Creo que es así.

Continuaron hablando un rato, siempre en voz baja. De un perro lanzó un largo y lúgubre aullido al lado mismo de la casa a dos varas de ellos. Los muchachos se abrazaron impetuosamente, muertos de espanto.

-¿Por cuál de nosotros será? -balbuceó Huck.

-No lo sé... Mira por la hendidura. ¡Rápido!

-No, mira tú, Tom.

-No puedo... no puedo, Huck.

-Anda, Tom... ¡Ya vuelve otra vez!

-¡Ah! ¡Gracias a Dios!... Conozco el ladrido; ése es Bull Harbison*

-¡Cuánto me alegro! Te digo que estaba medio muerto de susto. Hubiera apostado a que era un perro sin amo.

El animal repitió el aullido. A los chicos se les encogió de nuevo el corazón.

-¡Dios nos asista! Ese no es Bull Harbison -murmuró Huckleberry-. ¡Mira, Tom, mira!...

Tom, tiritando de miedo, cedió y asomó el ojo a la rendija. Apenas se percibía su voz cuando dijo:

* Si mister Harbison hubiera tenido un esclavo que se llamase "Bull", Tom se hubiera referido a él como "el Bull de Harbison"; pero un perro, lo mismo que un hijo, tenía derecho al apellido, por eso lo llamó Bull Harbison.

-¡Ay, Huck! Es un "perro sin amo".

-Dime, Tom, ¿por cuál de los dos será?

-Debe ser por los dos, puesto que estamos juntos.

-¡Ay, Tom...! Me parece que podemos darnos por muertos. Y bien, sé a dónde ir cuando muera. ¡He sido tan malo!...

-¡Yo me lo he buscado!... Esto viene por hacerse la rabona, Huck, y de hacer todo lo que le dicen a uno que no haga. Yo podía haber sido bueno, como Sid, si hubiera querido...; pero no quise; no, señor... Pero si salgo de ésta, aseguro que me voy a indigestar de escuelas dominicales.

Y Tom empezó a sorber un poco por la nariz.

-¡Tú, malo!... a -Y Huckleberry comenzó también a hablar gangoso-. ¡Vamos, Tom, que tú eres una alhaja al lado de lo que soy yo!... ¡Dios, Dios, Dios, si yo tuviese la mitad de tu suerte!

Tom recobró el habla y dijo:

-¡Mira, Huck, mira!... ¡Está de espaldas a nosotros!

Huck miró, con el corazón saltándole de gozo.

-¡Verdad es!... ¿Estaba así antes?

-Sí, así estaba. Pero yo, ¡tonto de mí!, no pensé en ello. ¡Qué alegría, Huck!... Y ahora, ¿por quién será?

El aullido cesó. Tom aguzó el oído.

-¡Chist!... ¿Qué es eso? -murmuró.

-Parece..., parece gruñir de cerdos. No, es alguien que ronca, Tom.

-¿Será eso?... ¿Hacia dónde, Huck?

-Yo creo que es allí en la otra punta. Parece un ronquido. Mi padre solía dormir allí algunas veces con los cerdos; pero él ronca, ¡madre mía!, que levanta las cosas del suelo. Además, me parece que no ha de volver ya nunca por este pueblo.

El afán de aventuras se despertó en ellos nuevamente.

-Huck, ¿te atreves a ir si yo voy adelante?

-No me gusta mucho. Suponte que fuera Joe el Indio.

Tom se desanimó, pero la tentación volvió a ellos con más fuerza, y decidieron hacer la prueba; pero en la inteligencia de que saldrían disparando si el ronquido cesaba. Fueron, pues, allá, cautelosamente, uno tras otro. Cuando estaban ya a cinco pasos del roncador, Tom pisó una astilla, que se rompió con un fuerte chasquido. El hombre lanzo

un gruñido, se removió un poco, y su cara quedó iluminada por la luna. Era Muff Potter. A los chicos se les había paralizado el corazón, y los cuerpos también, cuando el hombre se movió; pero se disipó ahora su temor. Salieron, otra vez procurando no hacer ruido, por entre los rotos tablones que formaban el muro, y se pararon a poca distancia para cambiar unas palabras de despedida. El prolongado y lúgubre aullido se alzó otra vez en la quietud de la noche. Volvieron los ojos y vieron al perro vagabundo parado a pocos metros de donde yacía Potter y vuelto hacia él, con el hocico apuntando al cielo.

-¡Es por él! -dijeron a un tiempo los dos muchachos.

Oye, Tom: dicen que un perro sin amo estuvo aullando alrededor de la casa de Johnny Miller, a medianoche, hace ya dos semanas, y un chotacabras se posó en la barandilla y cantó la misma noche, y nadie se ha muerto allí todavía.

-Bien, ya lo sé. Y aunque no se hayan muerto, ¿no se cayó Gracia Miller en el fogón de la cocina y se quemó toda el sábado siguiente?

-Sí, pero no ha muerto. Y, además, dicen que está mejor.

-Bueno; pues espera y verás. Esa se muere; tan seguro como que ha de morir Muff Potter. Eso es lo que dicen los negros, y ellos saben todo lo de esa clase de cosas Huck.

Después se separaron, pensativos.

Cuando Tom trepó a la ventana de su alcoba, la noche tocaba a su término. Se desnudó con extrema precaución y se quedó dormido, congratulándose de que nadie se hubiera percatado de su aventura. No sabía que Sid, que roncaba tranquilamente, estaba despierto y lo había estado desde hacía más de una hora.

Cuando Tom despertó, Sid se había vestido y ya no estaba allí. En la luz, en la atmósfera misma, notó Tom vagas indicaciones de que era tarde. Se quedó sorprendido. ¿Por qué no le habían llamado, martirizándole hasta que le hacían levantarse, como de costumbre? Esta idea le llenó de fatídicos presentimientos. En cinco minutos se vistió y bajó las escaleras, sintiéndose dolorido y mareado. La familia estaba todavía a la mesa, pero ya había terminado el desayuno. No hubo ni una palabra de reproche; pero sí miradas que se esquivaban, un silencio y un aire tan solemne que el culpable sintió helársele la sangre. Se sentó y trató de aparecer alegre, pero era

machacar en hierro frío: no despertó una sonrisa, no halló en nadie respuesta, y se sumergió en el silencio, dejando que el corazón se le bajase a los talones.

Después del desayuno su tía lo llevó aparte, y Tom casi se alegró, con la esperanza de que le aguardaba una azotaina; pero se equivocó. Su tía se echó a llorar, preguntándole cómo podía ser así y cómo no le daba lástima atormentarla de aquella manera; y, por fin, le dijo que siguiera adelante por la senda de la perdición y acabase matando a disgustos a una pobre vieja, porque ella no había de intentar corregirle. Esto era peor que mil palizas, y Tom tenía el corazón aún más dolorido que el cuerpo. Lloró, pidió que lo perdonase, hizo promesas de enmienda y se terminó la escena sintiendo que no había recibido más que un perdón a medias y que no había logrado inspirar más que una mediocre confianza.

Se apartó de su tía demasiado afligido para sentir ni siquiera deseos de venganza contra Sid, y por tanto la rápida retirada de éste por la puerta trasera fue innecesaria. Con abatido paso se dirigió a la escuela, meditabundo y triste y soportó la acostumbrada paliza, juntamente con Joe Harper, por haber

faltado el día anterior, con el aire del que tiene el ánimo ocupado con grandes pesadumbres y no está para hacer caso de niñerías. Después ocupó su asiento, apoyó los codos en el pupitre y la barbilla en las manos, y se quedó mirando la pared de enfrente con la mirada petrificada propia de un sufrimiento que ha llegado al límite y ya no puede ir más lejos. Bajo el codo sentía una cosa dura. Después de un gran rato cambié de postura, lenta y tristemente, y tomó el objeto, dando un suspiro. Estaba envuelto en un papel. Lo desenvolvió. Siguió otro largo, trémulo, descomunal suspiro, y se sintió aniquilado: ¡era la pelotita de latón!

Esta última pluma acabó de romper el espinazo del dromedario.

Capítulo 13

A eso de mediodía todo el pueblo fue sorprendido por la horrenda noticia. Sin necesidad del telégrafo -aun no soñado en aquel tiempo, la noticia voló con poco menos que telegráfica velocidad. Por supuesto, el maestro de escuela dio asueto para la tarde. A todo el pueblo le habría parecido muy extraño si hubiera obrado de otro modo. Una navaja ensangrentada había sido hallada junto a la víctima, y alguien, según se decía, la había reconocido como de propiedad de Muff Potter. Se decía también que un vecino había sorprendido a Potter lavándose en un arroyo a eso de la una o dos de la madrugada, y que Potter se habla ocultado cuando se vio descubierto; detalles sospechosos, especialmente el del lavado, por no ser costumbre de Muff Potter.

El pueblo entero concurrió al cementerio. Las angustias de Tom se disiparon, y se unió a la procesión, no porque no hubiera preferido mil veces ir a cualquier otro sitio, sino porque temerosa, inexplicable fascinación le arrastraba hacia allí. Llegado al siniestro lugar, fue introduciendo el cuerpecillo por entre la compacta multitud, y vio el macabro espectáculo. Le parecía que había pasado una eternidad desde que abandonara aquel lugar. Sintió un pellizco en el brazo. Al volverse se encontraron sus ojos con los de Huckleberry. En seguida miraron los dos a otra parte, temiendo que alguien hubiera notado algo extraño en aquel cruce de miradas. Pero todo el mundo estaba muy atareado en el comentario y no tenía ojos más que para el cuadro trágico que tenían delante.

-¡Pobrecillo! ¡Pobre muchacho! Esto ha de servir de lección para los violadores de sepulturas. Muff Potter irá a la horca por esto si lo atrapan".

Tales eran los comentarios. Y el pastor dijo: "Ha sido un castigo; aquí se ve la mano de Dios".

Tom se estremeció de la cabeza: a los pies, pues acababa de posar su mirada en la impenetrable faz de Joe el Indio. En aquel momento, la muchedum-

bre empezó a agitarse y a forcejear, y se oyeron gritos de "¡Es él!, ¡es él!... ¡Viene, él solo!

-¿Quién? ¿Quién? -preguntaron veinte voces.

-¡Muff Potter!

-¡Eh, que se ha parado! ¡Cuidado, que da la vuelta!...

Algunos, que habían tomado posiciones en las ramas de los árboles, sobre la cabeza de Tom, dijeron que no trataba de escapar, sino que parecía perplejo y vacilante

La muchedumbre abrió paso, y el "sheriff", ostentosamente, llegó conduciendo a Potter, tomado del brazo. Tenía el pobre la cara descompuesta y mostraba en los ojos el miedo que le embargaba. Cuando le pusieron ante el cuerpo del asesinado, tembló como afiebrado, y, cubriéndose la cara con las manos, rompió a llorar.

-No he sido yo, vecinos -dijo sollozando-; mi palabra de honor que no he hecho tal cosa.

-¿Quién te ha acusado a ti? -gritó una voz.

El tiro dio en el blanco. Potter levanto la cara y miró en torno con una patética desesperanza en su mirada. Vio a Joe el Indio, y exclamó:

-Joe, Joel!... ¡Tú me prometiste que nunca!...

-¿Es suya esta navaja? -dijo el "sheriff", poniéndosela de pronto delante de los ojos.

Potter se hubiera caído a no sostenerle los demás, ayudándole a sentarse en el suelo. Entonces dijo:

-Ya me decía yo que si no volvía aquí y recogía la... -Se estremeció, agitó las manos inertes, con un ademán de vencimiento, y dijo:- Díselo, Joe, díselo todo.

Huckleberry y Tom se quedaron mudos y boquiabiertos, mientras el desalmado mentiroso iba soltando serenamente su declaración, y esperaban a cada momento que se abriría el cielo y Dios dejaría caer un rayo sobre aquella cabeza, admirándose de ver cómo se retrasaba ese momento. Y cuando hubo terminado y, sin embargo, continuó vivo y entero, su vacilante impulso de romper el juramento y salvar la mísera vida del prisionero se disipó por completo, porque claramente se veía que el infame se había vendido a Satán, y sería fatal entrometerse en cosas pertenecientes a un ser tan poderoso y formidable.

-¿Por qué no te has ido? ¿Para qué necesitabas volver aquí? -preguntó alguien.

-No lo pude remediar...- no lo pude remediar -gimoteó Potter- Quería escapar, pero parecía que no podía ir a ninguna parte más que aquí.

Joe el Indio repitió su declaración con la misma impasibilidad, pocos minutos después, al verificarse la encuesta, bajo juramento; y los dos chicos, viendo que los rayos seguían sin aparecer, se afirmaron en la creencia de que Joe se había vendido al demonio. Habíase convertido para ellos en el objeto más horrendo e interesante que habían visto jamás, y no podían apartar de su cara los fascinados ojos.

Joe ayudó a levantar el cuerpo de la víctima y a cargarlo en un carro: v se cuchiheó entre la estremechida multitud... ¡qué la herida había sangrado un poco! Los dos muchachos pensaron que aquella feliz circunstancia encaminaría las sospechas hacia donde debían ir; pero sufrieron un desengaño, pues varios de los presentes hicieron notar "que ése Joe estaba a menos de una vara cuando Muff Potter cometió el crimen".

El terrible secreto y el torcedor de la conciencia perturbaron el sueño de Tom por más de una semana; y una mañana, durante el desayuno, dijo Sid:

-Das tantas vueltas en la cama y hablas tanto mientras duermes, que me tienes despierto la mitad de la noche.

Tom palideció y, bajó los ojos.

-Mala señal es ésa -dijo, gravemente, tía Polly-. ¿que te tiene preocupado, Tom?

-Nada... nada, que yo sepa... -pero la mano le temblaba de tal manera que vertió el café.

¡Y hablas unas cosas! -continuó Sid-. Anoche decías: "¡Es sangre, es sangre! ¡eso es!. Y lo dijiste la mar de veces. Y también decías: "No me atormentéis así, ya lo diré!" ¿Dirás qué? ¿Qué es lo que ibas a decir?

El mundo daba vueltas ante Tom. No es posible saber lo que hubiera pasado; pero felizmente, en la cara de tía Polly se disipó la preocupación, y, sin saberlo, vino en ayuda de su sobrino.

-¡Basta! -dijo-. Es ese crimen tan atroz. También yo sueño con él casi todas las noches. A veces sueño que soy yo quien lo cometió.

Mary dijo que a ella le pasaba lo mismo. Sid parecía satisfecho. Entonces Tom desapareció de la presencia de su tía con toda la rapidez que le fue posible, sin hacerla sospechosa, y, desde entonces, y durante una semana, estuvo quejándose de dolor de

muelas, y por las noches se ataba las mandíbulas con un pañuelo. Nunca llegó a saber que Sid permanecía de noche en acecho, que solía soltarle el vendaje y que, apoyado en un codo, escuchaba largo rato, y después volvía a colocarle el pañuelo en su sitio. Las angustias mentales de Tom se fueron desvaneciendo poco a poco, y el dolor de muelas se le hizo molesto y lo dejó de lado. Si llegó Sid, en efecto, a deducir algo de los murmullos incoherentes de Tom, se lo guardaba para él. Le parecía a Tom que sus compañeros de escuela no iban a acabar nunca de celebrar "encuestas" con gatos muertos, manteniendo así vivas sus cuitas y preocupaciones. Sid observó que Tom no hacía nunca de "coroner" en ninguna de esas investigaciones, aunque tenía la costumbre de ponerse al frente de toda nueva empresa; también notó que nunca actuaba como testigo...; y eso era sospechoso, y tampoco echó en saco roto la circunstancia de que Tom mostraba una decidida aversión a esas encuestas y huía de ellas siempre que le era posible. Sid se maravillaba de todas estas cosas tan raras, pero nada dijo. Sin embargo, hasta las encuestas pasaron de moda al fin, y cesaron de atormentar la cargada conciencia de Tom.

Todos los días, o al menos un día sí y otro no, durante aquella temporada de angustias, Tom, siempre alerta para aprovechar las ocasiones, iba hasta la ventanita enrejada de la cárcel y daba a hurtadillas al asesino cuantos regalos podía proporcionarse. La cárcel era una mísera covacha de ladrillos, que estaba en un fangal, al extremo del pueblo, y no tenía nadie que la guardase verdad es que casi siempre estaba vacía. Aquellos regalos contribuían grandemente a aligerar la conciencia de Tom. La gente del pueblo tenía muchas ganas de emplumar a Joe el Indio y sacarlo a la vergüenza, por violador de sepulturas, pero tan temible era su fama, que nadie quería tomar la iniciativa y se desistió de ello. Había él tenido muy buen cuidado de empezar sus dos declaraciones con el relato de la pelea, sin confesar el robo del cadáver que la precedió, y por eso se consideró lo más prudente no llevar el caso al tribunal por el momento.

Capítulo 14

Una cuestión de gran interés para él. Hizo que Tom se olvidara un poco de su horrible preocupación. Y era que Becky Thatcher había dejado de asistir a la escuela. Tom había batallado con su amor propio durante unos días, y trató de darle el esquinazo mentalmente; pero fue en vano. Sin darse cuenta de ello, se encontró rondando su casa por las noches y presa de honda tristeza. Estaba enferma. ¡Y si se muriese!... La idea era para enloquecer. No sentía ya interés alguno por la guerra, y ni siquiera por la piratería. La vida había perdido su encanto Y no quedaba en ella más que aridez. Guardó en un rincón el aro y la raqueta: ya no lo divertían. La tía estaba preocupada. Empezó a probar toda clase de medicinas en el muchacho. Era una de esas perso-

nas que tienen la manía de los específicos y de todos los métodos flamantes para fomentar la salud o componerla. Era una inveterada experimentadora en ese ramo. En cuanto aparecía alguna cosa nueva, ardía en deseos de probarla, no en sí misma, porque ella nunca estaba enferma, sino en la primera persona que tuviera a mano. Estaba suscrita a la revista "Salud", y a otras de la misma índole, y la solemne ignorancia de que estaban henchidas era como oxígeno para sus pulmones. Todas las monsergas que en ellas leía acerca de la ventilación y el modo de acostarse y el de levantarse, y qué se debe comer, en qué estado de ánimo hay que vivir, y qué ropas debe uno ponerse, eran para ella el evangelio; y no notaba nunca que sus revistas salutíferas del mes corriente habitualmente echaban por tierra todo lo que habían recomendado el mes anterior. Su sencillez y su buena fe la hacían una víctima segura, Reunía todos sus periódicos y sus medicamentos charlatanescos, y así armada contra la muerte, iba de un lado para otro en su cabalgadura espectral, metafóricamente hablando, -y llevaba "el infierno tras ella". Pero jamás pensé de que no era un ángel consolador y un bálsamo de Gilead disfrazado, para sus vecinos dolientes.

El tratamiento de agua era, a la sazón, cosa nueva, y el estado de debilidad de Tom fue para la tía un don de la Providencia. Sacaba al muchacho al rayar el día, le ponía de pie bajo el cobertizo de la leña y lo ahogaba con un diluvio de agua fría; Joe restregaba con una toalla áspera como una lima, y como una lima lo dejaba; lo arrollaba después en una sábana mojada y lo metía bajo las frazadas, haciéndole transpirar hasta dejarle el alma limpia, y "las manchas que tenía en ella le salían por los poros", como decía Tom.

Y, sin embargo, y a pesar de todo, estaba el muchacho cada vez más taciturno, pálido y decaído. La tía añadió baños calientes, baños de asiento, duchas y zambullidas. El muchacho siguió tan triste como un féretro. Comenzó entonces a ayudar al agua con ligeras sopas de harina como alimento, y sinapis-mos. Calculó la cabida del muchacho como la de un barril, y todos los días lo llenaba hasta el borde con panaceas de curandero.

Tom se había hecho ya para entonces insensible a las persecuciones. Esta fase llenó a anciana de consternación. Había que acabar con aquella "indiferencia" a toda costa. Oyó hablar entonces por primera vez del "matadolores". Encargó en el acto

una buena cantidad. Lo probó y se quedó extasiada. Era simplemente fuego en líquida forma. Abandonó el tratamiento de agua y todo lo demás y puso su fe en el "matadolores". Administró a Tom una cucharadita llena y le observó con profunda ansiedad para ver el resultado. Al instante se calmaron todas sus aprensiones y recobró la paz del alma: la "indiferencia" se hizo añicos y desapareció al punto. El chico no podía haber mostrado más intenso y desaforado interés si le hubiera sentado sobre una hoguera.

Tom sintió que era la hora de despertar: la vida podía ser todo lo romántica que convenía a su estado de ánimo, pero iba teniendo muy poco sentimentalismo y era excesiva y perturbadoramente variada. Meditó, pues, diversos planes para buscar alivio, y finalmente se dio en fingir que le gustaba el "matadolores". Lo pedía tan a menudo que llegó a ponerse pesado y la tía acabó por decirle que tomase él mismo lo que le diera la gana y no la fastidiase más. Si hubiese sido Sid, no hubiera ella tenido ninguna suspicacia que alterase su gozo; pero como se trataba de Tom, vigiló la botella clandestinamente. Se convenció así de que, en efecto, el medicamento disminuía, pero no se le ocurrió pensar

que el chico estaba devolviendo la salud, con él, a una hendidura que había en el piso de la sala.

Un día estaba Tom en la tarea de administrar la dosis a la grieta, cuando el gato amarillo de su tía llegó ronroneando, con los ojos ávidos fijos en la cucharilla y mendigando para que le diesen un poco. Tom dijo:

-No lo pidas, a menos que lo necesites, Perico.

Pero Perico dio señales de que lo necesitaba.

-Más te vale estar bien seguro.

Perico estaba seguro.

-Pues tú lo has pedido, voy a dártelo, para que no creas que es tacañería; pero si luego ves que no te gusta, no debes echar la culpa a nadie más que a ti.

Perico asintió; así es que Tom le hizo abrir la boca y le vertió dentro el "matadolores". Perico saltó un par de varas en el aire, exhaló enseguida un salvaje grito de guerra y se lanzó a dar vueltas y vueltas por el cuarto, chocando contra los muebles, volcando tuestos y causando general estrago. Después se irguió sobre las patas traseras y danzó alrededor, en un frenesí de deleite, con la cabeza caída sobre el hombro, y proclamando a voces su desaforada dicha. Salió enseguida disparando por toda la casa, esparciendo el caos y la desolación en su ca-

mino. La tía Polly entró a tiempo de verle ejecutar unos dobles saltos mortales, lanzar un formidable ¡hurra! final y salir volando por la ventana, llevándose con él lo que quedaba de los tuestos de flores. La anciana se quedó petrificada por el asombro, mirando por encima de las gafas; Tom, tendido en el suelo, se descoyuntaba de la risa.

-Tom, ¿qué le pasa a ese gato?

-No lo sé, tía -balbuceó el muchacho.

-Nunca he visto cosa igual. ¿Qué le habrá hecho ponerse de ese modo?

-De veras que no lo sé, tía; los gatos siempre se ponen de esa manera cuando están contentos.

-¿Se ponen así? ¿No es cierto?

Había algo en su tono que escamó a Tom.

-SI, tía... Es decir, a mí me parece.

-¿Te parece?

-Sí, señora.

La anciana estaba agachada, y Tom la observaba con interés, avivado por cierta ansiedad. Cuando adivinó por "dónde iba", ya era demasiado tarde. El mango de la cucharilla delatora asomaba debajo de la cama. Tom parpadeó y bajó los ojos. La tía Polly lo levantó del suelo por su acostumbrado asidero, la

oreja, y le dio un fuerte capirotazo en la cabeza con el dedal.

-Y ahora, dígame usted: ¿por qué ha tratado a ese pobre animal de esa manera?

-Lo hice de pura lástima... porque no tiene tías.

-¡Porque no tienes tías?... ¿Y eso que tiene que ver?

-Mucho... ¡Porque si hubiera tenido una tía, le habría quemado vivo ella misma!... Le hubiera asado las entrañas hasta que las echase afuera, sin darle más lástima que si fuera un ser humano.

La tía Polly sintió de pronto la angustia del remordimiento. Eso era poner la cosa bajo una nueva luz: lo que era crueldad para un gato, "podía" también ser crueldad para un chico. Comenzó a enternecerse; sentía pena. Se le humedecieron los ojos y dijo dulcemente:

-Ha sido con la mejor intención, Tom... Y, además, hijo, te ha hecho bien.

Tom levantó los ojos y la miró con un imperceptible guiño de malicia asomando a través de su gravedad.

-Ya sé que lo hiciste con la mejor intención, tía, y lo mismo me ha pasado a mi con Perico... Tam-

bién a él le ha hecho bien... No le he visto nunca dar vueltas con tanta soltura.

-¡Anda, vete de aquí antes de que me hagas enojar de nuevo! .. Y trata de ver si puedes ser bueno por una vez, y no necesitas tomar ya más remedios.

Tom llegó a la escuela antes de la hora. Se había notado que ese hecho, tan desusado, sé venía repitiendo de algún tiempo atrás. Y aquel día, como también los anteriores, se quedó por los alrededores de la puerta del patio, en vez de jugar con sus compañeros. Estaba enfermo según decía, y su aspecto lo confirmaba. Aparentó que estaba mirando en todas direcciones menos en la que realmente miraba: carretera abajo. A poco apareció a la vista Jeff Thatcher, y a Tom se le iluminó el semblante; miró un momento y apartó la vista compungido. Cuando Jeff Thatcher llegó, Tom se le acercó y fue llevando hábilmente la conversación para darle motivo de decir algo de Becky; pero el atolondrado muchacho no vio el cebo. Tom siguió en acecho, lleno de esperanza cada vez que una pollera revoloteaba a lo lejos, y odiando a su propietaria cuando veía que no era la que esperaba. Al fin cesaron de aparecer polleras y cayó en desconsolada tristeza. Entró en la

escuela vacía y se sentó a sufrir. Una pollera más penetró por la puerta del patio y el corazón le pegó un salto. Un instante después estaba Tom fuera y lanzado a la palestra como un indio bravo; rugiendo, riéndose, persiguiendo a los chicos, saltando la Valla a riesgo de romperse una pierna, dando volteretas, quedándose en equilibrio con la cabeza en el suelo, y en suma, haciendo todas las heroicidades que podía concebir, y sin dejar ni un momento, disimuladamente, de observar si Becky lo veía. Pero no parecía que ella se diese cuenta; no miró ni una sola vez. ¿Era posible que no hubiera notado que él estaba allí? Trasladó el campo de sus hazañas a la inmediata vecindad de la niña; llegó lanzando el grito de guerra de los indios, arrebató a un chico la gorra y la tiró al tejado de la escuela, atropelló por entre un grupo de muchachos, tumbándolos cada uno por su lado, y se dejó caer de bruces delante de Becky, haciéndola vacilar. Y ella volvió la espalda, y Tom le oyó decir: "¡Algunos se creen muy graciosos...; siempre presumiendo!

Sintió Tom que le ardían las mejillas. Se puso de pie y se fue abochornado y abatido.

Capítulo 15

Entonces Tom se decidió, al sentirse en el colmo de la desesperación y la tristeza. Se sentía abandonado por todos y sin el cariño de nadie. Cuando supieran al extremo a que le habían llevado, lo deplorarían seguramente. Había tratado de ser bueno y recto, pero no lo dejaban. Puesto que lo único que querían era deshacerse de él, que fuera así. Sí, lo habían forzado al fin; llevaría una vida de crímenes. No tenía otro camino.

Precisamente en aquel instante se encontró con su amigo del alma, Joe Harper, torva la mirada, y, sin duda alguna, alimentando en su pecho alguna grande y terrible resolución. Era evidente que se juntaban allí dos almas, pero un solo pensamiento . Tom, secándose las lágrimas con la manga del

saco, empezó a balbucear algo acerca de una resolución de escapar a los malos tratos y falta de cariño de su casa, lanzándose a errar por el mundo, para no volver nunca más, y acabó expresando la esperanza de que Joe no lo olvidaría.

Pero pronto se vio que ésta era la misma súplica que Joe iba a hacer en aquel momento a Tom. Lo había azotado su madre por haber probado una cierta crema que jamás había entrado en su boca, y cuya existencia ignoraba. Claramente se veía su madre estaba cansada de él y que quería que se fuera; y si ella lo quería así, no le, quedaba otro remedio que irse.

Mientras seguían caminando, condoliéndose, hicieron un nuevo pacto de ayuda mutua y de fraternidad y de no separarse hasta que la muerte los librase de sus cuitas. Después empezaron a trazar planes. Joe se inclinaba a ser anacoreta y vivir de mendrugos, en una remota cueva, morir, con el tiempo, de frío, privaciones y penas; pero después de oír a Tom, reconoció que había ventajas notorias en una vida consagrada al crimen y se avino a ser pirata.

Tres millas aguas abajo de San Petersburgo, en un sitio donde el Mississippi tenía más de una milla

de ancho, había una isla larga, angosta y cubierta de bosques, con una barra muy somera en la punta más cercana, y que parecía excelente para base de operaciones. Estaba deshabitada; se hallaba del otro lado del río, frente a una densa selva casi desierta. Eligieron, pues, aquel lugar, que se llamaba la Isla de Jackson. Quienes iban a ser las víctimas de sus piraterías era un punto en el que no se detuvieron a pensar. Después se dedicaron a la caza de Huckleberry Finn, que se les unió, pues todas las profesiones eran iguales para él: le era indiferente. Luego se separaron, conviniendo en volver a reunirse en un paraje solitario, en la orilla del río, dos millas más arriba del pueblo, a la hora favorita, esto es, a medianoche. Había allí una pequeña balsa que se proponían apresar. Todos ellos traerían anzuelos y todos los útiles y herramientas que pudieran hurtar, de un modo tenebroso y secreto, como convenía a gentes fuera de la ley; y aquella misma tarde se proporcionaron el delicioso placer de esparcir la noticia de que muy pronto todo el pueblo iba a oír "algo gordo". Y a todos los que recibieron esa vaga confianza se les previno que debían "callarse la boca y esperar".

A eso de medianoche llegó Tom con un jamón cocido y otros pocos víveres, y se detuvo en un pequeño acantilado cubierto de espesa vegetación, que dominaba el lugar. El grandioso río susurraba como un océano en calma. Tom escuchó un momento, pero ningún ruido turbaba la quietud. Dio un largo y agudo silbido. Otro silbido se oyó debajo del acantilado. Tom silbó dos veces más, y la señal fue contestada del mismo modo. Después se oyó una VOZ:

-¡Quién vive!

-Tom Sawyer, el Temible Vengador de la América Española. ¿Quiénes sois vosotros?

-Huck Finn, el Manos Rojas, y Joe Harper, el Terror de los Mares. (Había sido Tom. Sawyer quien los había provisto de esos títulos, sacados de su literatura favorita).

-Bien está: ¿cuál es la contraseña?

Dos voces fieras y apagadas murmuraron, en el misterio de la noche, la misma escalofriante palabra: "¡Sangre!".

Entonces, Tom hizo deslizarse el jamón por el acantilado abajo, y siguió él detrás, dejando en la aspereza del camino algo de ropa y otro tanto de su propia piel. Habla una cómoda senda a lo largo de

la orilla y bajo el acantilado, pero no tenía la condición requerida en la vida de un pirata, de la dificultad y el peligro.

El Terror de los Mares había traído una lonja de tocino y llegó exhausto bajo su peso. Finn, Manos Rojas, habla hurtado una cazuela y buena cantidad de hoja de tabaco a medio curar y habla aportado, además, algunas mazorcas para hacer con ellas las correspondientes pipas de piratas. Pero ninguno de los piratas fumaba o masticaba tabaco más que él. El Tenebroso Vengador dijo que no era posible lanzarse a las aventuras sin llevar fuego. Era una idea previsoras. Vieron un rescoldo en una gran almadía cien varas río arriba, y fueron sigilosamente allí y se apoderaron de unos tizones. Hicieron de ello una imponente aventura, murmurando "¡Chist!" a cada paso, y parándose de repente con un dedo en los labios, llevando las manos en imaginarias empuñaduras de dagas y dando órdenes, en voz temerosa y baja, de "si el enemigo" se movía, hundírselas "hasta los mangos", porque "los muertos no hablan". Sabían de sobra que los tripulantes de la almadía estaban en el pueblo abasteciéndose, o de fiesta; pero eso no era bastante motivo para que no hicieran la cosa en estilo picaresco.

Poco después desatraron la balsa, bajo el mando de Tom, con Huck en el remo de popa, y Joe en el de proa. Tom iba erguido en mitad de la embarcación, con los brazos cruzados y la frente sombría, y daba las órdenes con bronca e imperiosa voz.

-¡Cíñete al viento!... ¡No guiñar, no guiñar! ..
¡Una cuarta a barlovento!...

Como los chicos no cesaban de empujar la balsa hacia el centro de la corriente, era cosa entendida que esas órdenes se daban porque así lo harían los piratas y sin que significasen absolutamente nada.

La balsa traspasó la fuerza de la corriente, y los muchachos enfilaron hacia la isla, manteniendo la dirección con los remos. En los tres cuartos de hora siguientes apenas hablaron una palabra. La balsa estaba pasando por delante del lejano pueblo. Dos o tres lucecillas parpadeantes señalaban el sitio donde yacía, durmiendo plácidamente, más allá de la vasta extensión de agua tachonada de reflejos de estrellas, sin sospechar el tremendo acontecimiento que se preparaba. El Terrible Vengador permanecía aún con los brazos cruzados, dirigiendo una "última mirada" a la escena de sus pasados gozos y de sus recientes desdichas, y sintiendo que "ella" no pudie-

ra verlo en aquel momento, perdido en el proceloso mar, afrontando el peligro y la muerte con impávido corazón y caminando hacia su perdición con una amarga sonrisa en los labios. Poco le costaba a su imaginación trasladar la Isla de Jackson más allá de la vista del pueblo; así es que lanzó su "última mirada" con ánimo a la vez desesperado y satisfecho. Los otros piratas también estaban dirigiendo "últimas miradas" y tan largas fueron que estuvieron a punto de dejar que la corriente arrastrase la balsa fuera del rumbo de la isla. Pero notaron el peligro a tiempo y pudieron evitarlo. Hacia las dos de la mañana, la embarcación varó en la barra, a doscientas varas de la punta de la isla, y sus tripulantes estuvieron vadeando entre la balsa y la isla hasta que desembarcaron su cargamento. Entre los pertrechos había una vela decrepita, y la tendieron sobre un cobijo, entre los matorrales, para resguardar las provisiones. Ellos pensaban dormir al aire libre cuando hiciera buen tiempo, como correspondía a los aventureros.

Hicieron una hoguera al lado de un tronco caído a poca distancia de donde comenzaban las densas sombras del bosque, saltaron tocino en la sartén y gastaron la mitad de la harina de maíz que habían

llevado. Parecíales cosa grande estar allí de orgía, sin trabas, en la selva virgen de una isla desierta e inexplorada, lejos de toda humana morada, y se prometían de no volver nunca a la civilización. Las llamas se alzaban iluminando sus caras y arrojaban su fulgor rojizo sobre las columnas del templo de los árboles del bosque y sobre el coruscante follaje y los festones de las plantas trepadoras. Cuando desapareció la última sabrosa lonja de tocino y devoraron la ración de harina de maíz, se tendieron sobre la hierba, rebosantes de felicidad. Fácil hubiera sido buscar sitio más fresco, pero no querían privarse de un detalle tan romántico como la abrasadora fogata del campamento.

-¿No es esto cosa rica? -dijo Joe.

-De primera -contestó Tom.

.-¿Qué dirían los muchachos si nos viesen?

-¿Decir? Se morirían de ganas de venir aquí.

¿Eh, Huck?

-Puede que sí -dijo Huckleberry-; a mí, al menos, me va bien, no necesito cosa mejor. Casi nunca tengo lo que necesito para comer..., y además, aquí no pueden venir y darle a uno de patadas y mala vida.

-Es la vida que a mí me gusta -prosiguió Tom-. No hay que levantarse temprano, no hay que ir a la es-

cuela, ni que lavarse, ni todas esas pavadas.. Ya ves, Joe, un pirata no tiene nada que hacer cuando está en tierra; pero un anacoreta tiene que rezar una atrocidad y no tiene ni una diversión, porque siempre está solo.

-Es verdad -dijo Joe-, pero no había pensado bastante en ello, ¿sabes? Prefiero mucho más ser un pirata, ahora que ya lo he probado. . no le da mucho por las anacoretas en estos tiempos, como pasaba en los antiguos; pero un pirata es siempre muy bien mirado. Y los anacoretas tienen que dormir siempre en los sitios más duros que pueden encontrar, y se ponen arpilleras y ceniza en la cabeza, y se mojan si llueve y...

-¿Para qué se ponen arpilleras y cenizas en la cabeza? -preguntó Huck.

-No sé. Pero tienen que hacerlo. Los anacoretas siempre hacen eso. Tú tendrías que hacerlo si lo fueras.

-Un cuerno haría yo! -dijo Huck.

-Pues, ¿qué ibas a hacer?

-No sé; pero eso no.

-Pues tendrías que hacerlo, Huck. ¿Cómo te ibas a arreglar sino?

Manos Rojas no contestó por estar en más gustosa ocupación. Había acabado de agujerear una mazorca y, clavando en ella un tallo hueco para servir de boquilla, la llenó de tabaco y apretó una brasa contra la carga, lanzando al aire una nube de aromático humo. Estaba en el colmo de la voluptuosidad. Los otros dos piratas envidiaban aquel vicio majestuoso y resolvieron en su interior adquirirlo inmediatamente. Huck preguntó:

-¿Qué es lo que tienen que hacer los piratas?

-Pues, pasarlo bien..., apresar barcos, quemarlos y apoderarse del dinero y enterrarlo en unos sitios espantosos, en su isla; y matar a todos los que van en los barcos...los hacen "pasear la tabla".

-Y se llevan las mujeres a la isla ---dijo Joe-; no matan a las mujeres.

-No -asintió Tom-; no las matan, son demasiado caballerescos. Y las mujeres son siempre preciosísimas además.

-¡Y que no llevan trajes de lujo!...- Todos de plata y oro y diamantes -añadió Joe con entusiasmo.

-¿Quién? -dijo Huck.

-Pues los piratas.

Huck echó un vistazo lastimero a su indumentaria.

-Me parece que yo no estoy vestido propiamente para un pirata --dijo con un patético desconsuelo en la voz-; pero no tengo más que esto.

Pero los otros le dijeron que los trajes lujosos lloverían a montones en cuanto empezasen sus aventuras. Le dieron a entender que, sus míseros harapos bastarían para el comienzo, aunque era costumbre que los piratas opulentos se estrenasen con un guardarropa adecuado.

Poco a poco fue cesando la conversación y se iban cerrando los ojos de los bucaneros. La pipa se escurrió de entre los dedos de Manos Rojas y se quedó dormido con el sueño del que tiene la conciencia ligera y el cuerpo cansado. El Terror de los Mares y el Terrible Vengador de América Española no se durmieron tan fácilmente. Recitaron sus oraciones mentalmente y echados, puesto que no había allí nadie que los obligase a decirlas en alta voz y de rodillas. Verdad es que estuvieron tentados a no rezar, pero tuvieron miedo de ir tan lejos como todo eso, por si llamaban sobre ellos un especial y repentino rayo del cielo Poco después se cernían sobre el borde mismo del sueño, pero sobrevino un intruso que no les dejó caer en él: era la conciencia. Empezaron a sentir un vago temor de que se habían

portado muy mal escapando de sus casas; y después se acordaron de los comestibles robados, y entonces comenzaron verdaderas torturas. Trataron de acallarlas recordando a sus conciencias que antes habían hurtado golosinas y manzanas docenas de veces; pero la conciencia no se aplacaba con tales sutilezas. Les parecía que no había medio de ocultar el hecho incommovible de que apoderarse de golosinas no era más que "tomarlas", mientras que llevarse jamón, tocino y cosas por el estilo era simple y sencillamente "hurtar", había contra eso una sanción en la Biblia. Por eso resolvieron en su fuero interno que, mientras permaneciesen en el oficio sus piraterías no volverían a envilecerse con el crimen del robo. Con esto la conciencia les concedió una tregua, y aquellos raros e inconscientes piratas se quedaron pacíficamente dormidos.

Capítulo 16

Al despertar, a la mañana siguiente, Tom se preguntó dónde estaba. Se incorporó, restregándose los ojos, y se dio cuenta al fin. Gotas de rocío temblaban en el follaje y en la hierba. Una capa de ceniza cubría el fuego y una tenue espiral de humo azulado se alzaba, recta, en el aire. Joe y Huck continuaban durmiendo. Se oyó muy lejos el canto de un ave; otro le contestó. Después se percibió el martilleo de un carpintero. Poco a poco el gris del amanecer fue blanqueando y, al propio tiempo, los sonidos se multiplicaban y la vida surgía. La maravilla de la naturaleza, sacudiendo el sueño y poniéndose al trabajo, se mostró ante los ojos del muchacho meditabundo. Una diminuta oruga verde llegó arrastrándose sobre una hoja llena de rocío, levantando

dos tercios de su cuerpo en el aire, de tiempo en tiempo, como oteando en derredor, para luego proseguir su camino, porque estaba "midiendo", según dijo Tom. Después apareció una procesión de hormigas procedentes de ningún sitio en particular, y se afanaron en sus varios trabajos; una de ellas pasó forcejeando virilmente con una araña muerta, cinco veces mayor que ella, en las pinzas, y la arrastró verticalmente hacia arriba a lo largo de un tronco. Una monjita, con lindas motas oscuras, trepó la vertiginosa altura de una hierba, y Tom se inclinó sobre ella y le dijo:

"Monjita, monjita, a tu casa vuela...

En tu casa hay fuego, tus hijos se queman

y la monjita levantó el vuelo y marchó a enterarse; lo cual no sorprendió al muchacho, porque sabía ya cuán crédulo era aquel insecto en materia de incendios, y se había divertido más de una vez a costa de su simplicidad. Un escarabajo llegó después, empujando una pelletilla con enérgica tozudez, y Tom lo tocó con el dedo para verle encoger las patas y hacerse el muerto. Los pájaros armaban ya una bulliciosa algarabía. Un pájaro-gato, el mismo de los bosques del norte, se paró en un árbol, sobre la cabeza de Tom, y empezó a imitar el canto de todos

sus vecinos con un loco entusiasmo; un "gayo" chillón se abatió como una llamarada azul y relampagueante y se detuvo sobre una rama, casi al alcance de Tom; torció la cabeza a uno y otro lado, y miró a los intrusos con ansiosa curiosidad. Una ardilla gris y un zorro-ardilla pasaron inquietos y veloces, sentándose de cuando en cuando a charlar y examinar a los muchachos, porque no habían visto nunca, probablemente, un ser humano y apenas sabían si temerle o no. Toda la naturaleza estaba para entonces despierta y activa; los rayos del sol se introducían como rectas lanzas por entre el tupido follaje, y algunas mariposas llegaron revoloteando.

Tom despertó a los otros dos piratas, y los tres echaron a correr, dando gritos, y en un instante estaban desnudos, persiguiéndose y saltando unos sobre otros en el agua límpida y poco profunda del banco de blanquísima arena. No sintieron nostalgia alguna por el pueblo, que dormitaba a lo lejos, más allá de la majestuosa planicie líquida. Una corriente, errabunda o una ligera crecida del río se había llevado la balsa; pero se congratulaban de ello, puesto que su pérdida era algo así como, quemar el puente entre ellos y la civilización.

Volvieron al campamento, frescos y vigorizados, locos de contento con un, hambre rabiosa, y enseguida reanimaron el fuego y se levantaron las llamas de la hoguera. Huck descubrió un manantial de agua clara y fresca muy cerca de allí hicieron vasos de "hickory"* y vieron que el agua con tal silvestre procedimiento, podía reemplazar. muy bien el café. Mientras, Joe cortaba rebanadas de tocino para el desayuno, Tom y Huck le dijeron que esperase un momento. Se fueron a un recodo prometedor del río y echaron los aparejos de pesca. Pronto se colmaron sus esperanzas. Joe no había tenido tiempo de impacientarse cuando ya estaban los otros de vuelta con un par de hermosas percas, un pez-gato y otros pescados peculiares del Mississippi, provisión de boca más que suficiente para toda una familia. Frieron los peces con el tocino, y les pareció que nunca habían comido pescados tan exquisitos. No sabían que el pescado de agua dulce es mejor cuanto antes pase del agua a la sartén; y tampoco reflexionaron sobre el apetito que estimula el dormir al aire libre, el ejercicio, el baño y una buena proporción de novelería.

* Una variedad de roble americano

Después del desayuno se tendieron a la sombra, mientras Huck se regodeaba con una pipa, y echaron en seguida a caminar a través del bosque. En viaje de exploración. Vieron que la isla tenía tres millas de largo por un cuarto de ancho y que la orilla del río más cercana sólo estaba separada por un estrecho canal que apenas tenía doscientas varas de ancho.

Tomaron un baño por hora, así es que era ya cerca de media tarde cuando regresaron al campamento. Tenían demasiado apetito para entretenerse con los peces, pero almorzaron espléndidamente con jamón, y después se volvieron a echar a la sombra para charlar. Pero no tardó la conversación en desanimarse hasta que cesó por completo. La quietud, la solemnidad que transpiraban los bosques, la sensación de soledad, empezaron a gravitar sobre sus espíritus. Se quedaron pensativos. Una especie de vago e indefinido anhelo se apoderaba de ellos. A poco tomaba forma más precisa: era nostalgia de sus casas, en embrión. Hasta Huck, manos Rojas, se acordaba de sus quicios de puertas y de sus, barricas vacías. Pero todos se avergonzaban de su debilidad y ninguno tenía la franqueza para confesar lo que pensaba.

Unos momentos antes habían notado, vagamente y a la distancia, un ruido extraño, como se percibe a veces el tic-tac de un reloj tan débil que no llegamos a darnos cuenta precisa de ello. Pero al rato, el ruido misterioso se hizo más pronunciado y se impuso a la atención. Los muchachos se incorporaron, mirándose unos a otros y se pusieron a escuchar. Hubo un prolongado silencio, profundo, no interrumpido; después algo como un sordo y medroso trueno llegó al ras del agua, desde la lejanía.

-¿Qué será eso?... -dijo Joe, sin aliento.

-¿Qué será? -repitió Tom en voz baja.

-Eso no es trueno -dijo Huck, alarmado-, porque el trueno...

-¡Chist! -dijo Tom-. Escucha. No hables.

Escucharon un rato, que les pareció interminable, y después el mismo sordo fragor turbó el solemne silencio..

-¡Vamos a ver qué es!

Se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia la orilla en dirección al pueblo. Apartaron las matas y arbustos y miraron a lo lejos, sobre el río. La barca de vapor estaba a una milla más abajo del pueblo, dejándose arrastrar por la corriente. Su ancha cubierta parecía llena de gente. Había muchos botes

bogando de aquí para allá o dejándose llevar por el río, próximos a la barca; pero los muchachos no podían discernir qué hacían sus tripulantes. En momento una gran cantidad de humo blanco salió del costado de la barca, y según se iba esparciendo y elevándose como una perezosa nube, el mismo sordo y retumbante ruido llegó a sus oídos..

-¡Ya sé qué es! -exclamó Tom-. Alguien que se ha caído al agua y se ha ahogado.

-Eso, es -dijo Huck-; eso mismo hicieron el verano pasado cuando se ahogó Bill Turner; tiran un canonazo por encima del río y eso hace al cuerpo subir a la superficie. Sí, y también echan hogazas de pan con azogue dentro, y las ponen sobre el agua, y donde hay alguno ahogado se quedan detenidas, flotando encima.

-si, ya he oído eso -dijo Joe-. ¿Qué será lo que hace

al pan detenerse?

-A mí se me figura -dijo Tom- que no es tanto cosa del pan mismo, como de lo que le dicen al tirararlo al agua.

-Pero si no le dicen nada! -replicó Huck-. Les he visto hacerlo, y no dicen ni una palabra.

-Es raro -dijo Tom-. Puede ser que lo digan para

sus adentros. Por supuesto que sí, a cualquiera se le ocurre. Los otros dos convinieron en que no faltaba razón en lo que Tom decía, pues no se puede esperar que un pedazo de pan ignorante, no instruido ni aleccionado por un conjuro, se conduzca de una manera muy inteligente cuando se le envía en misión de tanta importancia.

-¡Lo que yo daría por estar ahora allí! -exclamó Joe.

-Y yo también -dijo Huck-. Daría una mano por saber quién es el ahogado.

Continuaron escuchando, sin apartar los ojos del espectáculo. Una idea reveladora fulguró en la mente de Tom, que exclamó:

-¡Demonios, muchachos!... ¡Ya sé quién se ha ahogado! ¡Somos nosotros!

De golpe se sintieron héroes. Era una gloriosa apoteosis. Los echaban de menos, vestían luto por ellos; se acongojaban todos y se vertían lágrimas por su causa; había remordimientos de conciencia por malos tratos infligidos a los pobres chicos e inútiles y tardíos arrepentimientos; y lo que valía más aún: la conversación de todo el pueblo y la envidia de todos los muchachos, al menos por aquella deslum-

bradora notoriedad. ¡Cosa maravillosa!. Valía la pena ser pírata, después de todo.

Al oscurecer, volvió el vapor a su ordinaria ocupación y los botes desaparecieron. Los piratas regresaron al campamento. Estaban locos de vanidad por su nueva grandeza y por la gloriosa conmoción que habían causado. Pescaron, se hicieron la comida, y dieron cuenta de ella, y después se pusieron a adivinar lo que en el pueblo se estaría pensando de ellos y las cosas que se dirían; y las visiones que se forjaban de la angustia pública eran gratas y halagadoras para contemplarlas desde su punto de vista. Pero cuando quedaron envueltos en las tinieblas de la noche cesó poco a poco la charla, y permanecieron mirando al fuego, con el pensamiento vagando lejos de allí. El entusiasmo había desaparecido, y Tom y Joe no podían apartar de su mente la idea de ciertas personas que allá en sus casas no se estaban solazando con aquel juego tanto como ellos. Surgían recelos y aprensiones; se sentían intranquilos y descontentos; sin darse cuenta, dejaron escapar algún suspiro. Al fin, Joe, tímidamente, les tendió un disimulado anzuelo para ver cómo tomarían los otros la idea de volver a la civilización... "no ahora precisamente, pero..."

Tom lo abrumó con sarcasmos. Huck, como aún no había soltado prenda, se puso del lado de Tom, y el vacilante se apresuró a dar explicaciones y se dio por satisfecho con salir del mal paso con las menos manchas posibles, de casero y apocado, en su fama. La rebelión quedaba apaciguada por el momento.

Al cerrar la noche, Huck empezó a dar cabezadas y a roncar después; Joe le siguió. Tom permaneció echado de codos por algún tiempo, mirando fijamente a los otros dos. Al fin, se puso de rodillas con gran precaución, y empezó a rebuscar por la hierba a la oscilante claridad que despedía la hoguera. Asíó y examinó varios trozos de la corteza enrollada blanca y delgada del sicomoro, escogió dos que, al parecer, le servían para los fines propuestos. Después se agachó junto al fuego, y con su inseparable tejo. Uno lo enrolló y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta; el otro lo puso en la gorra de Joe, apartándola un poco de su dueño. Y también puso en la gorra ciertos tesoros de inestimable valor, entre ellos un trozo de tiza, una pelota de goma, tres anzuelos y una bolita de la especie conocida como "de cristal de verdad. Después siguió caminando en puntas de pie, con gran sigilo, por entre los árboles,

hasta que juzgó que no podría ser oído, y entonces echó a correr en dirección al banco de arena.

Capítulo 17

Llegado a la arenosa barra de la isla pocos minutos después, Tom se metía hasta las rodillas en el agua y vadeaba hacia la ribera el Illinois.

Nadaba sesgando la corriente, pero ésta le arrastraba más abajo de lo que él esperaba. Sin embargo, al fin alcanzó la costa y se dejó llevar del agua por la orilla hasta que encontró un sitio bajo y salió a tierra. Se metió la mano en el bolsillo: allí seguía el trozo de corteza y tranquilo sobre este punto, se puso en marcha, a través de los bosques, con la ropa chorreando. Poco antes de las diez llegó a un lugar despejado frente al pueblo, y vio la barca fondeada al abrigo de los árboles y del terraplén que formaba la orilla. Todo estaba tranquilo bajo las estrellas parpadeantes. Bajó gateando por la cuesta;

se deslizó al bote que hacía oficio de chinchorro a popa de la barca. Se agazapó bajo las bancadas, y allí esperó, recobrando aliento. Poco después sonó la campana cascada y una voz dio la orden de desatracar. Transcurrieron unos momentos, y el bote se puso en marcha remolcado, con la proa alzándose sobre los remolinos de la estela que dejaba la barca; el viaje había empezado, y Tom pensaba satisfecho qué era la última travesía de aquella noche. Al cabo de un cuarto de hora, que parecía eterno, las ruedas se detuvieron, y Tom se echó por la borda del bote al agua y nadó en la oscuridad hacia la orilla, tocando tierra unas cincuenta varas más abajo, fuera de peligro de posibles encuentros. Fue corriendo por callejas poco frecuentadas, e instantes después llegó a la valla, trasera de su casa. Salvó el obstáculo y trepó hasta la ventana de la salita, donde se veía luz. Allí estaba la tía Polly, Sid, Mary y la madre de Joe Harper reunidos en conciliábulo. Estaban sentados junto a la cama que se interponía entre el grupo y la puerta. Tom fue a la puerta y empezó a levantar suavemente la falleba; enseguida empujó un poquito, y se produjo un chirrido; siguió empujando, con gran cuidado y temblando cada vez que los goznes chirriaban, hasta que vio que podría entrar

de rodillas; e introduciendo primero la cabeza, siguió poco a

poco, con el resto de su persona.

-¿Por qué oscila tanto la vela? -dijo tía Polly-.
Creo que está abierta esa puerta. Por cierto que sí.
No acaban de pasar cosas raras. Anda y ciérrala, Sid.

Tom desapareció bajo la cama en el momento preciso.

Descansó un instante, respirando a sus anchas, y después se arrastró hasta casi tocar los pies de su tía.

-Pero, como iba diciendo -Prosiguió ésta-, no era lo que se llama "malo", sino enredador y travieso. Nada más que tarambana y atolondrado, si señor. No tenía más reflexión que la que pudiera tener un potrillo. Nunca lo hacía con mala idea, y no había otro de mejor corazón

-Y empezó a llorar ruidosamente.

-Pues lo mismo le pasaba a mi Joe... siempre dando trabajo y dispuesto para una trastada; pero era lo menos egoísta y todo lo bondadoso que podía pedirse... ¡Y pensar. Dios mío, que lo castigué por comerse la crema, sin acordarme de que yo misma la había tirado porque se había puesto agria!

Y también ella se echó a llorar sin consuelo.

-Yo espero que Tom lo pasará bien donde está -dijo Sid-; pero si hubiera sido algo mejor en algunas cosas...

-¡Sid! -Tom sintió, aun sin verla, la relampaguean te mirada de su tía-. ¡Ni una palabra contra Tom, ahora que ya lo hemos perdido!... Dios lo protegerá...; no tiene usted que preocuparse. ¡Ay, señora Harper!... ¡No puedo olvidarlo! ¡No puedo resignarme!...

-El Señor da y el Señor quita. ¡Alabado sea el nombre del Señor! ¡Pero es tan atroz... tan atroz! No hace ni una semana que hizo estallar un petardo ante mi propia nariz y le di un bofatón que le tiré al suelo. ¡Cómo iba a figurarme entonces que pronto...! ¡Ay, si lo volviera a hacer otra vez me lo comería a besos y le daría las gracias!

-Sí, sí... Ya me hago cargo de su pena; ya sé lo que está usted pasando. Sin ir más lejos, ayer al mediodía fue mi Tom y atiborró al gato de "matadolores", y creí que el animalito iba a echar la casa al suelo... Y... ¡Dios me perdone!, le di un dedalazo al pobrecito que ya está en el otro mundo. Pero ya está descansando ahora de sus sufrimientos. Y sus últimas palabras fueron de reproche.

Pero aquel recuerdo era superior a sus fuerzas, y la anciana ya no pudo contenerse. El propio Tom estaba ya haciendo pucheros, más compadecido de sí mismo que de ningún otro. Oía llorar a Mary y balbucear de cuando en cuando una palabra bondadosa en su defensa. Empezó a tener una más alta idea de sí mismo de la que había tenido hasta entonces. Pero, con todo, estaba tan enternecido por el dolor de su tía, que ansiaba salir de su escondrijo y colmarla de alegría... y lo fantástico y teatral de la escena tenía, además, para él, irresistible atracción; pero se contuvo y no se movió. Siguió escuchando, y dedujo de unas cosas y otras que al principio se creyó que los muchachos se habían ahogado bañándose; después se había echado de menos la balsa: más tarde, unos chicos dijeron que los desaparecidos habían prometido que en el pueblo se iba "a oír algo gordo" muy pronto; los conversadores del pueblo ataron cabos y decidieron que los chicos se habían ido en la balsa y aparecería enseguida en el pueblo inmediato, río abajo; pero a eso de mediodía hallaron la balsa varada en la orilla, del lado del Missouri, y entonces se perdió toda esperanza: tenían que haberse ahogado, pues de no ser así el hambre los hubiera obligado a regresar a sus casas

al oscurecer. Se creía que la busca de los cadáveres no había dado fruto porque los chicos debieron de ahogarse en medio de la corriente, puesto que de otra suerte, y siendo los muchachos buenos nadadores, hubieran ganado la orilla. Era la noche del miércoles; si los cadáveres no aparecían para el domingo, no quedaba esperanza alguna, y los funerales se celebrarían aquella mañana. Tom sintió un escalofrío.

La señora Harper dio, sollozando, las buenas noches e hizo ademán de irse. Por un mutuo impulso, las dos afligidas mujeres se echaron una en brazos de la otra, hicieron un largo llanto consolador, y al fin se separaron. Tía Polly se enterneció más de lo que hubiera querido al dar las buenas noches a Sid y a Mary. Sid gimoteó un poco, y Mary se marchó llorando a gritos.

La anciana se arrodilló y rezó por Tom con tal emoción y fervor y tan intenso amor en sus palabras y en su cascada y temblorosa voz, que ya estaba él bañado en lágrimas antes de que ella hubiera acabado.

Tuvo que permanecer quieto y en silencio durante largo rato después de que la tía se metió en la cama, pues continué lanzando suspiros y lastimeras

quejas de cuando en cuando, agitándose inquieta y dando vueltas. Pero al fin se quedó tranquila, aunque dejaba escapar algún sollozo entre sueños. Tom salió entonces, se incorporó lentamente al lado de la cama, cubrió con la mano la luz de la bujía y se quedó mirando a la durmiente. Sentía honda compasión por ella. Sacó el rollo de corteza y lo puso junto al candelero; pero alguna idea le asaltó y se quedó en suspenso meditando. Después se le iluminó la cara con un pensamiento feliz; volvió a guardar apresuradamente la corteza en el bolsillo; luego se inclinó y besó la marchita faz, y enseguida salió sigilosamente del cuarto, cerrando la puerta tras él.

Volvió al embarcadero. No se veía a nadie por allí y entró sin ocultarse en la barca, porque sabía que no habían de molestarlo, pues aunque quedaba en ella un sereno, éste tenía la inveterada costumbre de meterse en la cama y dormir como una piedra. Desamarró el bote, que estaba a popa, se metió en él y remó con precaución río arriba. Cuando llegó a una milla hacia el norte del pueblo, empezó a sesgar la corriente, remando con fuerza. Fue a parar exactamente al embarcadero, en la otra orilla, pues era empresa con la que estaba familiarizado. Tentado estuvo de quedarse con el bote, pues podía ser con-

siderado como un barco, y, por tanto, legítima presa para un pirata; pero sabía que se le buscaría por todas partes, y eso podía llevar a que los descubrieran. Así, pues, saltó a tierra y penetró en el bosque, donde se sentó a descansar un largo rato, luchando consigo mismo para no dormirse, y después se echó a andar, fatigado de la larga caminata, hasta la isla. La noche tocaba a su término; ya era pleno día cuando llegó frente a la barra de la isla. Se tomó otro descanso hasta que el sol estuvo ya alto y doré el gran río con su esplendor, y entonces se echó a la corriente. Un poco después se detenía, chorreando, a un paso del campamento, y oyó decir a Joe.

-No, Tom cumple su palabra y volverá, Huck. Sabe que sería un deshonor para un pirata, y Tom es demasiado orgulloso para eso. Algo trae entre manos. ¿Qué podrá ser?

-Bueno, las cosas son ya nuestras, sea como sea, ¿no?

-Casi, casi; pero todavía no. Lo que ha escrito dice que son para nosotros si no ha vuelto para el desayuno.

-¡Y aquí está! exclamó Tom, con gran efecto dramático, avanzando con aire majestuoso.

Un suculento desayuno de tocino y pescado fue preparado en un momento, y mientras lo despachaban, Tom relató con adornos sus aventuras. Cuando el cuento acabó, el terceto de héroes no cabía en sí de vanidad y orgullo. Después buscó Tom un rincón sombreado donde dormir a su sabor hasta mediodía y los otros dos piratas se aprestaron para la pesca y las exploraciones.

Nuestros piratas se dedicaron a la caza de huevos de tortuga en la barra. Iban de un lado a otro, clavando palitos en la arena, y cuando encontraban un sitio blando, se ponían de rodillas y escarbaban con las manos. A veces sacaban cincuenta o sesenta de un solo agujero. Eran redonditos y blancos, un poco más chicos que una nuez. Tuvieron aquella noche una soberbia fritada de huevos y otra al día siguiente por la mañana. Después de desayunar, corrieron a la barra, dando relinchos y cabriolas, persiguiéndose unos a otros y soltando prendas de ropa por El camino, hasta quedar desnudos; y entonces continuaron la algazara dentro del agua hasta un sitio donde la corriente impetuosa les hacía perder pie de cuando en cuando, aumentando con ello el holgorio y los gritos. Se echaban unos a otros agua a la cara, acercándose con las cabezas vueltas

para evitar la lucha, y se venían a las manos y forcejeaban hasta que el más fuerte sumergía la cabeza a su adversario, y luego los tres juntos cayeron bajo el agua en un agitado revoltijo de piernas y brazos, y volvieron a salir, resoplando jadeantes y sin aliento.

Cuando ya no podían más de puro cansancio, corrían a tenderse en la arena seca y caliente, y se cubrían con ella, y al rato volvían otra vez al agua a repetir, una vez más, todo el programa. Después se les ocurrió que su piel desnuda imitaba bastante bien unas mallas de titiritero, e inmediatamente trazaron un redondel en la arena y jugaron al circo; un circo con tres payasos, pues ninguno quiso ceder a los demás posición de tanta importancia y brillo.

Más tarde sacaron las bolitas y jugaron con ellas a todos los juegos conocidos, hasta que se hastiaron de la diversión.

Joe y Huck se fueron otra vez a nadar, pero Tom no se atrevió, porque, al echar los pantalones por el aire, había perdido la pulsera de escamas de serpiente de cascabel que llevaba en el tobillo. Cómo habría podido librarse de un calambre tanto tiempo sin la protección de aquel misterioso talismán era cosa que no comprendía. No se determinó a volver al agua hasta que lo encontró, y para enton-

ces ya estaban los otros fatigados Y con ganas de descansar. Poco desperdigaron, se pusieron melancólicos y miraban a poco anhelosos, a través del ancho río, al sitio donde el pueblo sesteaba al sol. Tom se sorprendió a sí mismo escribiendo "Secky" en la arena con el dedo gordo del pie; lo borró y se indignó contra su debilidad. Pero, sin embargo, lo volvió a escribir de nuevo; no podía remediarlo. Lo borró una vez más, y para evitar la tentación, fue a juntarse con los otros.

Capítulo 18

Pero los ánimos de Joe habían decaído hasta el punto de que ya no era posible levantarlos. Sentía la nostalgia de su casa y no podía soportar la pena de no volver a ella. Tenía las lágrimas prontas a brotar. Huck también estaba melancólico. Tom se sentía desanimado, pero luchaba para no demostrarlo. Tenía guardado un secreto que aún no estaba dispuesto a revelar; pero si aquella desmoralización de sus secuaces no desaparecía pronto, no tendría más remedio que descubrirlo. En tono animoso y jovial les dijo:

-Apostaría a que ya ha habido piratas en esta isla. Tenemos que explorarla otra vez. Habrán escondido tesoros por aquí. ¿Qué os parecería si

diésemos con un cofre carcomido lleno de oro y plata?

Pero no despertó más que un pobre entusiasmo, que se desvaneció sin respuesta. Tom probó otros medios de seducción, pero todos fallaron; era ingrata e inútil tarea. Joe estaba sentado, con fúnebre aspecto, hurgando la arena con un palo, y al fin dijo:

-Vamos, dejemos ya esto. Yo quiero irme a casa. Esto está tan solitario...

-No, Joe, no; ya te encontrarás mejor poco a poco -dijo Tom-. Piensa en lo que podemos pescar aquí. .

-No. me importa la pesca. Lo que quiero es ir a casa.

-Mira que no hay otro sitio como éste para nadar...

No me gusta nadar. Por lo menos no me gusta nadar cuando no tengo a nadie que me diga que no lo haga. Me vuelvo a mi casa.

-¡Vaya un nene! Quieres ver a tu mamá, por supuesto

-Sí, quiero ver a mi madre; y también tú querrías, si la tuvieses. ¡El nene serás tú! -Y Joe hizo un puchero.

-Bueno, bueno; que se vuelva a casa el niño llorón con su mamá, ¿no es verdad, Huck? ¡Pobrecito que quiere ver a su mamá!... Pues que la vea... A ti te gusta estar aquí, ¿verdad, Huck?... Nosotros nos quedaremos, ¿no?

Huck dijo "Sí... ", evidentemente por compromiso.

-No me vuelvo a juntar contigo mientras viva -dijo Joe, levantándose- ;Ya está! -Y se alejó, enfurruñado, y, empezó. a vestirse.

Pero Tom estaba, sin embargo, inquieto, y se alarmó al ver que Joe, ceñudo, seguía vistiéndose. También era poco tranquilizador ver a Huck, que miraba aquellos preparativos con envidia y guardando un ominoso silencio. De pronto Joe, sin decir palabra, empezó a vadear hacia la ribera del Illinois. A Tom se le encogió el corazón. Miró a Huck. Huck no pudo sostener la mirada y bajó los ojos.

-También yo quiero irme, Tom -dijo-; se iba poniendo esto muy solitario, y ahora lo estará más... Vámonos nosotros también...

-No quiero... Podéis iros todos, si os da la gana. Estoy resuelto a quedarme.

Huck empezó a recoger sus pertenencias y después dijo:

-Tom, más valiera que vinieras tú también. Piénsalo bien. Te esperamos cuando llegemos a la orilla.

-Bueno; pues vais a esperar un rato largo.

Huck echó a andar apesadumbrado y Tom lo siguió con la mirada. Sentía un fuerte deseo de echar a un lado su amor propio e irse con ellos.

-¡Esperad! ¡Esperad! ¡Tengo que deciros una cosa!

Los otros se detuvieron, esperándolo. Cuando los alcanzó comenzó a explicarles su secreto, y le escucharon de mala gana hasta que al fin, vieron "dónde iba a parar", y lanzaron gritos de entusiasmo y dijeron que era una cosa "de primera", y que si antes lo hubiera dicho, no habrían pensado en irse. Tom dio una disculpa aceptable; pero el verdadero motivo de su tardanza había sido el temor de que ni siquiera el secreto tendría fuerza bastante para retenerlos a su lado mucho tiempo, y por eso lo había guardado como el último recurso para convencerlos.

Los chicos dieron marcha atrás alegremente y volvieron a sus juegos con entusiasmo, alabando sin

cesar el estupendo plan de Tom y admirados de su genial inventiva. Después de una apetitosa comida de huevos y pescado, Tom declaró su intención de aprender a fumar allí mismo. A Joe le sedujo la idea y añadió que a él también le gustaría probar.

Tendidos y reclinándose sobre los codos, empezaron a fumar con bríos y con no mucha confianza. El humo sabía mal y carraspeaban a menudo; pero Tom dijo:

-¡Bah! ¡Es cosa fácil! Si hubiera sabido que no era más que esto, hubiera aprendido mucho antes.

-Lo mismo me pasa a mí -dijo Joe-. Esto no es nada.

-Pues mira -prosiguió Tom-. Muchas veces he visto fumar a la gente, y decía: "¡Ojalá pudiera yo fumar!", pero nunca se me ocurrió que podría. Eso es lo que me pasaba, ¿no es verdad, Huck? ¿No me lo has oído decir?

-La mar de veces -contestó Huck.

-Una vez lo dije junto al matadero, cuando estaban todos los muchachos delante. ¿Te acuerdas, Huck?

-Fue cuando perdí la bolita blanca... no, el día antes.

Podría estar fumando esta pipa todo el día -dijo Joe no me marea.

Ni a mí tampoco --dijo Tom-, pero apuesto a que Jeff Thatcher no sería capaz.

-Jeff Thatcher! Con dos chupadas estaba rodando por el suelo, Que haga la prueba. ¡Lo que yo daría porque los muchachos nos estuviesen viendo ahora!

-¡Y yo! Lo que tenéis que hacer es no decir nada, y un día, cuando estén todos juntos, me acerco y te digo:

"Joe ¿tienes tabaco? Voy a echar una pipa". Y tú dices, así como si no fuera nada: "Sí, tengo mi pipa vieja, y, además, otra; pero el tabaco vale poco". Y yo te digo: "¡Bah!, ¡con tal que sea fuerte!...". Y entonces sacas las pipas y las encendemos, tan frescos, y ¡habrá que verlos!

-¡Qué bien va a estar! ¡Qué lástima que no pueda ser ahora mismo, Tom!

--Y cuando nos oigan decir que aprendimos mientras estábamos haciendo de piratas, ¡lo que darían por haberlo hecho ellos también!

Así siguió la charla durante un rato todavía; pero de pronto empezó a flaquear y a hacerse desarticulada. Los silencios se prolongaban y aumentaban

prodigiosamente las expectativas. Cada poro, dentro de las bocas de los muchachos, se había convertido en un surtidor y apenas podían achicar bastante de prisa las lagunas que se les formaban bajo las lenguas, para impedir una inundación, frecuentes desdoblamientos les bajaban por la garganta a pesar de todos sus esfuerzos, y cada vez les asaltaban repentinas náuseas. Los dos chicos estaban muy pálidos y abatidos. A Joe se le escurrió la pipa de entre los dedos flácidos. La de Tom hizo lo mismo. Ambas fuentes fluían con ímpetu furioso, y ambas bombas achicaban a todo vapor. Joe susurró:

-Se me ha perdido la navaja. Más vale que vaya a buscarla.

Tom dijo, con temblorosos labios y tartamudeando:

-Voy a ayudarte. Tú te vas por allí y yo buscaré junto a la fuente. No, no vengas, Huck; nosotros la encontraremos.

Huck se volvió a sentar y esperó como una hora. Entonces empezó a sentirse solitario y se fue en busca de sus compañeros. Los encontró muy apartados, en el bosque, ambos palidísimos y profundamente dormidos. Pero algo le hizo comprender

que, si habían tenido alguna incomodidad, "se habían desembarazado de ella".

Tom y Joe hablaban poco aquella noche a la hora de la comida. Tenían un aire humilde, y cuando Huck preparó us pipa, después del ágape, y se disponía a preparar las de ellos, dijeron que no, que no se sentían bien...; que alguna cosa de las que habían comido a mediodía les había sentado mal...

A eso de medianoche, Joe se despertó y llamó a los otros. En el aire había una angustiosa pesadez, como el presagio amenazador de algo que se fraguaba en la oscuridad. Los chicos se reunieron buscando la amable compañía del fuego, aunque el calor bochornoso de la atmósfera era sofocante. Permanecieron sentados, sin moverse, sobrecogidos, en anhelante espera. Más allá del resplandor del fuego, todo desaparecía en una negrura absoluta. Una temblorosa claridad dejó ver confusamente el follaje por un instante y se extinguió enseguida. Poco después vino otra algo más intensa, y otra y otra las siguieron. Se oyó luego como un débil lamento que suspiraba por entre las ramas del bosque, y los muchachos sintieron un tenue soplo sobre sus rostros, y se estremecieron imaginando que el espíritu de la noche había pasado sobre ellos. Hubo una

pausa. Un resplandor espectral convirtió la noche en día y mostró nítidas y distintas las más diminutas briznas de hierba, y mostró también tres caras lívidas y asustadas. Un formidable trueno fue retumbando por los cielos y se perdió, con sordas repercusiones, en la distancia. Una bocanada de aire frío barrió el bosque, agitando el follaje, y esparció como copos de nieve las cenizas del fuego. Otro relámpago cegador iluminó la selva, y tras él siguió el estallido de un trueno que pareció desgajar las copas de los árboles sobre las cabezas de los muchachos. Los tres se abrazaron, aterrados, en la densa oscuridad en que todo volvió a sumergirse. Gruesas gotas de lluvia empezaron a golpear las hojas.

-¡Rápido!... ¡A la tienda! -ordenó Tom.

Se irguieron de un salto y echaron a correr, tropezando en las raíces y en las lianas, cada uno por su lado. Un vendaval furioso rugió por entre los árboles, sacudiendo y haciendo crujir cuanto encontraba en su camino. Deslumbrantes relámpagos y truenos ensordecedores se sucedían casi sin intermitencia. Y después cayó una lluvia torrencial, que el huracán impelía en líquidas sábanas al ras del suelo.

Los chicos se llamaban recíprocamente a gritos, pero los bramidos del viento y el retumbar de los truenos ahogaban por completo sus voces. Sin embargo, se juntaron, al fin, y buscaron abrigo bajo la tienda, ateridos, temblando de espanto, empapados de agua, pero gozosos de hallarse juntos en medio de su angustia. No podían hablar por la furia con que aleteaba la maltrecha vela, aunque otros ruidos lo hubiesen permitido. La tempestad crecía por momentos y la vela, desgarrando sus ataduras, marchó volando en la turbonada. Los chicos, asidos de la mano, huyeron, arañándose y dando tumbos, a guarecerse bajo un roble que se erguía a la orilla del río. La batalla estaba en su punto culminante. Bajo la incesante conflagración de los relámpagos, que flameaban en el cielo, todo se destacaba crudamente y sin sombras; los árboles doblegados, el río ondulante cubierto de blanca espuma, que el viento arrebatava, y las indecisas líneas de los promontorios y acantilados de la otra orilla, se vislumbraban a ratos a través del agitado velo de la oblicua lluvia. A cada momento, algún árbol gigante se rendía en la lucha y se desplomaba con estruendosos chasquidos sobre los otros más jóvenes, y el fragor incesante de los truenos culminaba ahora en estallidos repentinos y

rápidos, explosiones que desgarraban el oído y producían indecible espanto. La tempestad realizó un esfuerzo supremo, como si fuera a hacer la isla pedazos, incendiarla, sumergirla hasta las copas de los árboles, arrancarla de su sitio y aniquilar a todo ser viviente que en ella hubiese, todo de un solo golpe. Era una terrible noche para pasarla a la intemperie aquellos chicos sin hogar.

Pero al cabo la batalla llegó a su fin, y las fuerzas contendientes se retiraron, con amenazas y murmullos cada vez más débiles y lejanos, Y la paz recuperé sus fueros. Los chicos volvieron al campamento, todavía sobrecogidos de espanto; pero vieron que aún tenían algo que agradecer, porque el gran sicomoro, resguardo de sus enseres, no era ya más que montón de ruinas, hendido por los rayos, y no habían estado ellos allí, bajo su amparo, cuando ocurrió la catástrofe.

Todo el campamento estaba anegado, incluso la hoguera, pues no eran sino improvisadas criaturas, como su generación, y no habían tomado precauciones para en caso de lluvia. Gran desdicha era, porque estaban empapados y tiritando, pero pronto descubrieron que el fuego había penetrado tanto bajo el enorme tronco que servía de respaldar a la

hoguera, que un pequeño trecho había escapado a la mojadura. Así, pues, con paciente trabajo, y arrimando briznas y cortezas de otros troncos resguardados del chaparrón, consiguieron reanimarlo. Después apilaron encima gran provisión de palos secos, hasta que surgió de nuevo una chisporroteante hoguera, y otra vez se les alegró el corazón. Sacaron el jamón cocido y se dieron un festín; y sentados en torno del fuego, comentaron, exageraron y glorificaron su aventura nocturna hasta que rompió el día, pues no había un sitio seco donde dormir en aquel lugar.

Cuando el sol empezó a acariciar, los muchachos sintieron invencible somnolencia y se fueron al banco de arena para tumbarse a dormir. El sol les abrasó la piel muy a su sabor, y tristes, se pusieron a preparar el desayuno. Después se sintieron con los cuerpos duros y pesados, como sin coyunturas, y, además, un tanto nostálgicos de sus casas. Tom notó los síntomas de sus compañeros; y se puso a reanimar a sus piratas lo mejor que supo. Pero no sentían ganas de bolitas, ni de circo, ni de nadar, ni de cosa alguna. Les hizo recordar el imponente secreto, y así consiguió despertar en ellos un poco de alegría. Antes de que se desvaneciese ésta, logró in-

teresarlos en una nueva empresa. Consistía en dejar de ser piratas por un rato, y transformarse en indios, para variar un poco. La idea los atrajo; así es que se desnudaron y se embadurnaron el cuerpo con barro, pintándose franjas, como cebras. Los tres eran jefes, por supuesto, y salieron corriendo a través del bosque, a atacar un poblado de colonos ingleses.

Después se dividieron en tribus hostiles, y se dispararon flechas unos a otros desde emboscadas, con espeluznantes gritos de guerra, y se mataron y se arrancaron las cabelleras por miles. Fue una jornada sangrienta y satisfactoria.

Se reunieron en el campamento a la hora de comer, hambrientos y felices. Pero surgió una dificultad: indios, enemigos no podían comer juntos el pan de la hospitalidad sin hacer antes las paces, y esto era, simplemente, una imposibilidad sin fumar la pipa de la paz. Jamás habían oído de ningún otro procedimiento. Dos de los salvajes casi se arrepentían de haber dejado de ser piratas. Sin embargo, ya no había remedio, y con toda la jovialidad que pudieron disimular, pidieron la pipa y dieron su chupada, según iba pasando a la redonda, conforme al ritual.

Y he aquí que se dieron por contentos de haberse dedicado al salvajismo, pues algo habían ganado con ello: vieron que ya podían fumar un poco sin tener que marcharse a buscar navajas perdidas, y que no se llegaban a marear del todo. No era probable que, por falta de aplicación, desperdiciasen tontamente tan intensos goces como aquello prometía. No; después de comer, prosiguieron, con prudencia, sus ensayos, y el éxito fue lisonjero, pasando, por tanto, una jubilosa velada. Se sentían más orgullosos y satisfechos de su nueva habilidad que lo hubieran estado de pelar los cráneos de las tribus de las Seis Naciones.

Capítulo 19

Pero no se oían risas ni imperaba la alegría en el pueblo aquella tranquila tarde del sábado. Los Harper y la tía Polly estaban vistiéndose de luto, entre congojas y lágrimas. Una inusitada inquietud prevalecía en toda la población, ya de suyo quieta y tranquila hasta la exageración. Las gentes atendían a sus quehaceres con aire distraído y hablaban poco, pero suspiraban mucho. El asueto del sábado les parecía una pesadumbre a los chiquillos; no ponían entusiasmo en sus juegos y hasta desistieron de ellos.

Por la tarde, Becky, sin darse cuenta, se encontró vagando por el patio, entonces desierto, de la escuela, muy melancólica.

-¡Quién tuviera -pensaba- la pelotita de latón! ¡Pero no tengo nada, ni un solo recuerdo!", y reprimió un ligero sollozo.

Después se detuvo y continuó su soliloquio:

"Fue aquí, precisamente. Si volviera a ocurrir, no le diría aquello, no... ¡por nada del mundo!... Pero ya se ha ido, y no lo veré nunca más, nunca más".

Tal pensamiento la hizo romper en llanto, y se alejó, sin rumbo, con las lágrimas empapándole las mejillas. Después se acercó un nutrido grupo de chicos y chicas -compañeros de Tom y de Joe- y se quedaron mirando por encima de la empalizada y hablando en tonos reverentes de cómo Tom hizo esto o aquello la última vez que lo vieron, y de cómo Joe hizo tales o cuales cosas llenas de latentes y tristes profecías, como ahora se veía; y cada uno señalaba el sitio preciso donde estaban los ausentes en el momento aquel, con tales observaciones como "y yo estaba aquí, como estoy ahora, y como si tú fueras él..., y entonces va él y ríe así..., y a mí me pasó una cosa por todo el cuerpo..., y yo no sabía lo que aquello quería decir..., y ahora se ve bien claro!

Después hubo una discusión sobre quién fue el último que vio vivos a los tres muchachos, y todos se atribuían aquella fúnebre distinción y ofrecían

pruebas más o menos convincentes; y cuando al fin quedó decidido quiénes habían sido los últimos en verlos en este mundo y que cambiaron con ellos las últimas palabras, los favorecidos adoptaron un aire de sagrada solemnidad e importancia y fueron contemplados con admiración y envidia por los demás. Un pobre chico, que no tenía otra cosa de qué envanecerse, dijo, con manifiesto orgullo del recuerdo:

-Pues mira, Tom Sawyer me pegó a mí un día.

Pero tal galardón por la gloria fue un fracaso. La mayor parte de los chicos podía decir otro tanto y eso abarató demasiado la distinción.

Cuando, a la mañana siguiente, terminó la escuela dominical, la campana empezó a doblar, en vez de ser echada a vuelo, como de costumbre. Era un domingo muy tranquilo, y el fúnebre tañido parecía hermanarse con el recogimiento de la naturaleza. Empezó a reunirse la gente del pueblo, parándose un momento en el vestíbulo para cuchichear acerca del triste suceso. Pero no había murmullos dentro de la iglesia; sólo el rozar de los vestidos mientras las mujeres se acomodaban en los asientos turbaba allí el silencio. Nadie había visto jamás tanta concurrencia. Hubo,- al fin, una pausa expectante, una callada espera, y entró tía Polly se-

guida de Sid y Mary, y después la familia Harper, todos vestidos de negro; y los fieles, incluso el anciano pastor, se levantaron y permanecieron en pie hasta que los enlutados tomaron asiento en el primer banco. Hubo otro silencio emocionante, interrumpido por algún ahogado sollozo, y después el pastor extendió las manos y oró. Se entonó un himno conmovedor y el sacerdote anunció el texto de su sermón: "Yo soy la resurrección y la vida".

En el curso de su oración trazó el pastor tal pintura de las gracias, amables cualidades y prometedoras dotes de los tres desaparecidos, que cuantos lo oían, creyendo reconocer la fidelidad de los retratos, sintieron agudos remordimientos al recordar que hasta entonces se habían obstinado en cerrar los ojos para no ver esas cualidades excelsas y sí sólo faltas y defectos en los pobres chicos. El pastor relató, además, muchos y muy enternecedores rasgos en la vida de aquéllos, que demostraban la ternura y la generosidad de sus corazones; y la gente pudo ver ahora claramente lo noble y hermoso de esos episodios y recordar con pena que cuando ocurrieron no les habían parecido sino a insignes picardías, merecedoras de castigo. La concurrencia se fue enterneciendo más y más a medida que el relato se-

guía, hasta que todos los presentes dieron rienda suelta a su emoción y se unieron a las llorosas familias de los desaparecidos en un coro de acongojados sollozos, y el predicador mismo, sin poder contenerse, lloraba en el púlpito.

En la galería hubo ciertos ruidos, que nadie oyó; poco después, rechinó la puerta de la iglesia; el pastor levantó los ojos lacrimosos por encima del pañuelo, y... ¡se quedó petrificado! Un par de ojos, primero, y otros después, siguieron a los del pastor, y en seguida, como movida por un solo impulso, toda la concurrencia se levantó y se quedó mirando atónita, mientras los tres muchachos difuntos avanzaban en hilera por la nave. Tom a la cabeza, Joe detrás, y Huck, un montón de colgantes harapos, huraño Y azorado, cerraba la marcha. Habían estado escondidos en la galería, que estaba siempre cerrada, escuchando su propio elogio fúnebre.

Tía Polly, Mary y los Harper se arrojaron sobre sus respectivos resucitados, sofocándolos a besos y prodigando gracias y bendiciones, mientras el pobre Huck permanecía abochornado y sobre ascuas, no sabiendo qué hacer o dónde esconderse de tantas miradas hostiles. Vaciló, y se disponía a escabullirse, cuando Tom lo tomó de un brazo y dijo:

-Tía Polly, esto no vale. Alguien tiene que alegrarse de ver a Huck.

-¡Y claro que sí!... ¡Yo me alegro de verlo, pobrecito desamparado, sin madre!. Y los agasajos y mimos que tía Polly le prodigó eran la única cosa capaz de aumentar aún más su azoramiento y su malestar.

De pronto el pastor gritó con todas sus fuerzas:

-¡Alabado sea Dios por quien todo bien nos es dado!..." ¡Cantad con toda el alma!

Y así lo hicieron. El viejo himno se elevó tonante y triunfal, y mientras el canto hacía trepidar las vigas, Tom Sawyer, el pirata, miró en torno suyo a las envidiosas caras juveniles que lo rodeaban, y se confesó a sí mismo que era aquél el momento más glorioso de su vida.

Cuando los defraudados concurrentes fueron saliendo decían que casi desearían volver a ser puestos en ridículo, con tal de oír otra vez el himno cantado de aquella manera.

Tom recibió más sopapos y más besos aquel día según los tornadizos humores de tía Polly -que los que ordinariamente se ganaba en un año; y no sabía bien cuál de las dos cosas expresaban más agradecimiento a Dios y cariño a su propia persona.

Ese había sido el secreto de Tom. Regresar al pueblo y asistir con sus bucaneros a sus funerales. Para realizarlo debieron remar hasta la orilla del Missouri montados sobre un tronco, al atardecer del sábado, tomando tierra a cinco o seis millas más abajo del pueblo; habían dormido en los bosques, a poca distancia de las casas, hasta la hora del alba, y entonces se habían deslizado por entre callejuelas desiertas y habían dormido lo que les faltaba de sueño en la galería de la iglesia, entre un caos de bancos rotos.

Durante el desayuno, el lunes por la mañana, tía Polly y Mary se deshicieron en amabilidades con Tom. Se habló mucho, y entre otras cosas, dijo tía Polly:

-La verdad es que no puede negarse que ha sido una buena broma, Tom, tenernos sufriendo a todos casi una semana, mientras vosotros lo pasabais en grande; pero ¡qué pena que hayas tenido tan mal corazón para dejarme sufrir a mí de esa manera! Si podías venirte sobre un tronco para ver tu funeral, también podías haber venido haberme y dado a entender, de algún modo, que no estabas muerto.

-Sí, Tom, debías haberlo hecho -dijo Mary-, y creo que no habrías dejado de hacerlo si llegas a pensar en ello.

-¿De veras, Tom? -dijo tía Polly, con expresión de ansiedad-. Dime, ¿lo hubieras hecho si llegas a acordarte?

-Yo..., pues no lo sé. Hubiera echado todo a perder.

-Tom, creí que me querías siquiera para eso -dijo la tía con dolorido tono, que desconcertó al muchacho-. Algo hubiera sido el quererme lo bastante para pensar en ello, aunque no lo hubieses hecho.

-No hay mal en ello tía -alegó Mary-: es solo el atolondramiento de Tom, que no ve más que lo que tiene delante y no se acuerda nunca de nada.

-Pues es peor que peor. Sid hubiera pensado y Sid hubiera venido, además. Algún día te acordarás, Tom, cuando ya sea demasiado tarde, y sentirás no haberme querido algo más cuando tan poco te hubiera costado.

-Vamos tía, ya sabe que la quiero -dijo Tom.

-Mejor lo sabría si te portases de otra manera.

--Lástima que no lo pensase! -dijo Tom contrito-; pero, de todos modos, soñé con usted. Eso ya es algo, ¿eh?

-No es mucho...: otro tanto hubiera hecho el gato; pero mejor es que nada... ¿Qué es lo que soñaste?

-Pues el miércoles por la noche soñé que estaba usted sentada ahí, junto a la cama, y Sid junto a la leñera, y Mary pegada a él.

-Y es verdad que sí. Así nos sentábamos siempre. Me alegro de que en sueños te hayas preocupado, aunque sea tan poco, de nosotros.

-Y soñé que la madre de Joe Harper estaba aquí.

-¡Pues sí que estaba! ¿Qué más soñaste?

-La mar de cosas. Pero ya casi no me acuerdo.

-No sé como me parece que el viento..., el viento sopló la..., la...

-¡Recuerda, Tom! El viento sopló alguna cosa. ¡Vamos!

Tom se apretó la frente con las manos, mientras los otros permanecían suspensos, y dijo al fin:

-¡Ya lo tengo! ¡Ya lo sé! Sopló la vela.

-¡Dios de mi vida!... ¡Sigue, Tom, sigue!

-Y me acuerdo de que usted... dijo... "Me parece que esa puerta...

-¡Sigue, Tom!

-Déjeme pensar un poco..., un momento. ¡Ah, sí!... ¡Dijo que la puerta estaba abierta!

-¡Como estoy aquí sentada que lo dije! ¿No lo dije, Mary?... ¡Sigue!

-Y después. .--- después. .--- no estoy seguro, pero me pareció que, le dijo a Sid que fuese y...

-¡Anda, anda! ¿Qué le mandé que hiciese?

-Le mandó usted..., le mandó... ¡que cerrase la puerta!

-¡En el nombre de Dios! ¡No oí cosa igual en mis días!

Que me digan ahora que no hay nada en los sueños. No ha de pasar una hora sin que sepa de esto Sereny Harper. Quisiera ver qué opina con todas sus pamplinas sobre las supersticiones... ¡Sigue, Tom!

. -Ya lo voy viendo todo claro como la luz. En seguida dijo usted que yo no era malo, sino travieso y alocado, y que no se me podía culpar más que..., que a un potrillo, me parece que fue.

-¡Y así mismo fue...! ¡Vamos!... ¡Dios todopoderoso! ¿Qué más, Tom?

-Y entonces empezó usted a llorar.

-¡Así fue, así fue! Ni era la primera vez... Y después...

-Después la madre de Joe lloró también, y dijo que lo mismo era su hijo, y que ojalá no le hubiera azotado por comerse la crema cuando ella misma la había tirado.

-¡Tom! ¡El espíritu había descendido sobre ti! ¡Estabas profetizando! ¡Dios me valga! ¡Sigue, Tom!

-Entonces, Sid dijo. . dijo...

-Yo creo que no dije nada -indicó Sid.

-Sí, algo dijiste, Sid -dijo Mary.

-¡Cerrad el pico y que hable Tom! ¿Qué es lo que dijo Sid?

-Dijo que esperaba que lo pasase mejor donde estaba; pero que si yo hubiese sido mejor...

-¿Lo oís? ¡Fueron sus propias palabras!

-Y usted le hizo que se callase.

-:Así mismo fue! ¡Debió de haber un ángel por aquí! ¡Aquí había un ángel por alguna parte!

-Y la señora Harper contó que Joe la había asustado con un petardo y usted contó lo de Perico y el "matadolores".

-Tan cierto como que es de día.

-Después se habló de dragar el río para buscar-nos, y de que los funerales serían el domingo; y usted y ella se abrazaron y lloraron y después se marchó.

-Así mismo pasó. Así precisamente, tan cierto como que estoy sentada en esta silla. Tom, no podrías contarle mejor aunque lo hubieses visto. ¿Y después qué pasó?

-Después me pareció que rezaba usted por mí... y creía que la estaba viendo y que oía todo lo que decía. Y se metió usted en la cama y yo fui y tomé un pedazo de corteza de árbol y escribí en ella: "No estamos muertos; no estamos más que haciendo de piratas", y lo puse en la mesa junto al candelero; y parecía usted tan buena allí, dormida, que me incliné y le di un beso.

-¿De veras, Tom, de veras? ¡Todo lo perdono por eso!

Y estrechó a Tom en un apretadísimo abrazo que le hizo sentirse el más culpable de los villanos.

-Fue una buena acción, aunque es verdad que fue solamente en... sueños -balbuceó Sid, en un monólogo apenas audible.

-¡Cállate, Sid! Uno hace en sueños justamente lo que haría estando despierto. Aquí tienes una man-

zana como no hay otra, que estaba guardando para ti si es que llegaban a encontrarte... Y ahora vete a la escuela. Doy gracias a Dios bendito, Padre común de todos, porque me has sido devuelto, porque es paciente y misericordioso con los que tienen fe en él y guardan sus mandamientos, aunque soy bien indigna de sus bondades; pero si únicamente los dignos recibieran su gracia y su ayuda en las adversidades, pocos serían los que disfrutarían aquí abajo o llegarían a entrar en la paz del Señor en la plenitud de los tiempos. ¡Andando, Sid, Mary, Tom!... ¡Ya estáis en marcha! Quitaos de en medio, que ya me habéis mareado bastante.

Los niños se fueron a la escuela y la anciana a visitar a la señora Harper y aniquilar su escéptico positivismo con el maravilloso sueño de Tom. Sid fue lo bastante listo para callarse el pensamiento que tenía en las mientes al salir de casa. Era éste:

-Bastante flojito... Un sueño tan largo como ése, y sin una sola equivocación en todo él.

¡En qué héroe se había convertido Tom! Ya no iba dando saltos y piruetas, sino que avanzaba con majestuoso y digno continente, como correspondía a un pirata que sentía las miradas del público fijadas en él. Y la verdad es que lo estaban: trataba de fingir

que no notaba esas miradas u oía los comentarios a su paso; pero eran néctar y ambrosía para él. Llevaba a la zaga un enjambre de chicos más pequeños tan orgullosos de ser vistos en su compañía o tolerados por él como si Tom hubiese sido el tamborillero a la cabeza de una procesión o el elefante entrando en el pueblo al frente de una colección de fieras.

Los muchachos de su edad fingían que no se habían enterado de su ausencia; pero se consumían, sin embargo, de envidia. Hubieran dado todo lo del mundo por tener aquella piel curtida y tostada del sol y aquella deslumbrante notoriedad; y Tom no se hubiera desprendido de ellas ni siquiera por un circo.

En la escuela los chicos asediaron de tal manera a Tom y Joe, y era tal la admiración con que los contemplaban, que no tardaron los dos héroes en ponerse insoportables de puro tiesos y finchados. Empezaron a relatar sus aventuras a los insaciables oyentes...; pero no hicieron más que empezar, pues no era cosa a la que fácilmente se pudiera poner remate, con imaginaciones como las suyas para suministrar materiales. Y, por último, cuando sacaron las

pipas y se pasearon serenamente lanzando bocanadas de humo, alcanzaron el pináculo de la gloria.

Tom decidió que ya no necesitaba de Becky Thatcher. Con la gloria le bastaba. Ahora que había llegado a la celebridad, acaso quisiera ella hacer las paces. Pues que lo pretendiera; ya vería que él podía ser tan indiferente como el que más. En ese momento llegó ella. Tom hizo como que no la veía y se unió a un grupo de chicos y chicas y empezó a charlar. Vio que ella saltaba y corría de aquí para allá, encendida la cara y brillantes los ojos, muy ocupada, al parecer, en perseguir a sus compañeras y riéndose locamente cuando atrapaba alguna; pero Tom notó que todas las capturas las hacía cerca de él y que miraba con el rabillo del ojo en su dirección. Halagaba aquello cuanta maligna vanidad había en él, y así, en vez de conquistarle, no hizo más que ponerle más despectivo y que con más cuidado evitase dejar ver que sabía que ella andaba por allí. A poco dejó Becky de saltar y erró indecisa por el patio, suspirando y lanzando hacia Tom furtivas y ansiosas miradas. Observó que Tom hablaba más con Amy Lawrence que con ningún otro. Sintió aguda pena y se puso azorada y nerviosa. Trató de alejarse, pero los pies no le obedecían, y, a pesar

suyo, la llevaron hacia el grupo. Con fingida animación dijo a una niña que estaba al lado de Tom:

-¡Hola, Mary, pícara! ¿Por qué no fuiste a la escuela dominical?

-Sí, fui. ¿No me viste?

-¡Pues no te vi!. . ¿Dónde estabas?

-----En la clase de la señorita Peters, donde estoy siempre.

-¿De veras?¿.. ¡Pues no te vi! Quería hablarte de la merienda campestre.

-¡Qué bien! ¿Quién la va a dar?

-Yo, con la autorización de mamá.

¡Qué alegría! ¿Y dejará que yo vaya?

-Pues sí. La merienda es por mí, y yo invitaré a todos mis amigos. Quiero que tú vayas.

-Eso está muy bien... ¿Y cuándo va a ser?

-Pronto. Puede ser que para las vacaciones.

-¡Cómo nos vamos a divertir!... ¿Y vas a invitar a muchos?

-Sí; a todos los que son amigos míos..., o que quieran serlo y echó a Tom una mirada rápida y furtiva; pero él siguió charlando con Amy sobre la terrible tormenta de la isla y de cómo un rayo hendió el gran sicomoro "en astillas" mientras él estaba "en pie a menos de una vara del árbol".

¿Iré yo? Preguntó Grace Miller.

-Sí.

-¿Y yo? -añadió Sally Rogers.

-Sí.

-¿Y también yo? -indagó Amy Harper-. ¿Y Joe?

-Sí.

Y así siguieron, con palmoteos de alegría, hasta que todos los del grupo habían pedido que se los convidase, menos Tom y Amy. Tom dio, desdeñoso, la vuelta, y se alejó con Amy sin interrumpir su coloquio. A Becky le temblaron los labios y las lágrimas le asomaron a los ojos; pero lo disimuló con una forzada alegría y siguió charlando; pero ya la merienda había perdido su encanto, y todo lo demás también. Se alejó en cuanto pudo a un lugar apartado para darse "un atracón de llorar", según la expresión de su sexo. Después se fue a sentar, sombría, herida en su amor propio, hasta que tocó la campana. Se irguió encolerizada, con un vengativo fulgor en los ojos; dio una sacudida a las trenzas y se dijo que ya sabía lo que iba a hacer.

-Durante el recreo, Tom siguió flirteando con Amy, jubiloso y satisfecho. No cesó de andar de un lado para otro para encontrarse con Becky y hacerla sufrir a su sabor. Al fin consiguió verla; pero el ter-

mómetro de su alegría bajó de pronto a cero. Estaba sentada confortablemente en un banquito detrás de la escuela, viendo un libro de estampas con Alfredo Temple; y tan absorta estaba la pareja y tan juntas ambas cabezas, inclinadas sobre el libro, que no parecían darse cuenta de que existía el resto del mundo. Los celos abrasaron a Tom como fuego líquido que corriese por sus venas. Abominaba de sí mismo por haber desperdiciado la ocasión que Becky le había ofrecido para que se reconciasen. Se llamó idiota y cuantos insultos encontró a mano. Sentía pujos de llorar, de pura rabia. Amy seguía charlando alegremente mientras paseaban, porque estaba loca de contento; pero Tom había perdido el uso de la palabra. No oía lo que Amy le estaba diciendo, y cuando ella callaba, esperando una respuesta, no podía él más que balbucir un asentimiento, que casi nunca venía al caso. Procuró pasar una y otra vez por detrás de la escuela, para saciarse los ojos en el odioso espectáculo; no podía remediarlo. Y le enloquecía ver, o creer que veía, que Becky ni por un momento había llegado a sospechar que él estaba allí, en el mundo de los vivos. Pero ella veía, sin embargo, y sabía, además, que estaba venciendo en la contienda, y gozaba en verle sufrir como ella ha-

bía sufrido. El gozoso cotorreo de Amy se hizo inaguantable. Tom dejó caer indirectas sobre cosas que tenía que hacer, cosas que no podían aguardar, y el tiempo volaba. Pero en vano: la muchacha no cerraba el pico. Tom pensaba: "¡Maldita sea! ¿Cómo me voy a librar de ella?" Al fin, las cosas que tenía que hacer no pudieron esperar más. Ella dijo cándidamente que "andara por allí" al acabarse la escuela. Y él se fue disparando y lleno de rencor contra ella.

-¡Cualquier otro que fuera... -pensaba, rechinando los dientes-. ¡Cualquier otro, de todos los del pueblo, menos ese gomoso de San Luis, que presume de elegante y de aristócrata! Pero está bien... ¡Yo te di una paliza el primer día que pisaste este pueblo y te he de dar otra! ¡Espera un poco que te agarre en la calle! Te voy a...

Y realizó todos los actos y movimientos requeridos para dar una formidable somanta a un adversario imaginario, soltando puñetazos al aire, sin olvidar los puntapiés y acogotamientos.

-¿Qué?... ¿Ya tienes bastante? ¿No puedes más, eh? Pues con eso aprenderás para otra vez.

Y así el vapuleo ilusorio terminó a su completa satisfacción.

Tom voló a su casa a mediodía. Su conciencia no podía ya soportar por más tiempo el gozo y la gratitud de Amy, y sus celos tampoco podían soportar ya más la vista del otro dolor. Becky prosiguió la contemplación de las estampas; pero como los minutos pasaban lentamente y Tom no volvió a aparecer, para someterlo a nuevos tormentos, su triunfo empezó a nublarse y ella a sentir mortal aburrimiento. Se puso seria y distraída; y después taciturna. Dos o tres veces aguzó el oído, pero no era más que una falsa alarma. Tom no aparecía. Al fin se sintió del todo desolada y arrepentida de haber llevado las cosas a tal extremo. El pobre Alfredo, viendo que se le iba de entre las manos, sin saber por que, seguía exclamando: "¡Aquí hay una preciosa ¡Mira ésta!"; pero ella acabó por perder la paciencia y le dijo:

¡Vaya, no me fastidies! ¡No me gustan!", y rompió en lágrimas, se levantó y se fue de allí.

Alfredo la alcanzó y se puso a su lado, dispuesto a consolarla, pero ella le dijo:

-¡Vete de aquí y déjame en paz! ¡No te puedo ver!

El muchacho se quedó parado, preguntándose qué es lo que podía haber hecho, pues Becky le ha-

bía dicho que se estaría viendo las estampas durante todo el asueto de mediodía, y ella siguió su camino llorando. Después, Alfredo entró, meditabundo, en la escuela desierta. Estaba humillado y furioso. Fácilmente vislumbró la verdad: Becky había hecho de él un instrumento para desahogar su despecho contra un rival. Tal pensamiento no era para disminuir su aborrecimiento hacia Tom. Buscaba un medio de vengarse sin mucho riesgo para su persona. Sus ojos tropezaron con la gramática de su rival. Abrió el libro por la página donde estaba la lección para aquella tarde y la embadurnó de tinta. En aquel momento, Becky se asomó a una ventana, detrás de él, vio la maniobra y siguió su camino sin ser vista. La niña se volvió a su casa con la idea de buscar a Tom y contarle lo ocurrido; él se lo agradecería y con eso habrían de acabar sus mutuas penas. Antes de llegar a medio camino ya había, sin embargo, mudado de parecer. Recordó la conducta de Tom al hablar ella de la merienda, y enrojeció de vergüenza. Y resolvió dejar que lo castigasen por el estropicio de la gramática, y aborrecerlo eternamente, por añadidura.

Tom llegó a su casa, presa de muy mal humor, y las primeras palabras de su tía le hicieron ver que

había traído sus penas a un mercado ya lleno de ellas, donde tendrían poca aceptación.

-Tom, me están dando ganas de desollarte vivo.

-Pues qué he hecho, tía?

-Pues has hecho muchas cosas. Me voy, ¡pobre de mí! a ver a Sereny Harper, como una vieja boba que soy, figurándome que le iba a hacer creer todas aquellas simplezas de tus sueños, cuando me encuentro con que ya había descubierto, por su Joe, que tú habías estado aquí y que habías escuchado todo lo que dijimos aquella noche. Tom, ¡no sé en lo que puede venir a parar un chico capaz de hacer una cosa parecida!... Me muero de pena al pensar que hayas podido dejarme ir a casa de Sereny Harper y ponerme en ridículo, y no decir palabra.

Este era un nuevo aspecto de la cuestión. Su agudeza de por la mañana le había parecido antes una broma ingeniosa y saladísima. Ahora sólo le parecía una estúpida villanía. Dejó caer la cabeza y por un momento no supo qué decir.

-Tíita -dijo al fin-, quisiera no haberlo hecho, pero no pensé...

-¡Diablo de chico!... ¡No piensas nunca! No piensas nunca en nada como no sea en tu propio egoísmo. Pudiste pensar en venir hasta aquí desde la

isla de Jackson para reírte de nuestros apuros, y no se te ocurrió no ponerme en ridículo con una mentira como la del sueño; pero tú nunca piensas en tener lástima de nosotros ni en evitarnos penas.

-Tía, Ya sé que fue una maldad, pero lo hice sin intención; te juro que sí. No vine aquí a burlarme aquella noche.

-¿Pues a qué viniste, entonces?

-Era para decirle que no se apurase por nosotros, por que no nos habíamos ahogado.

-¡Tom, Tom!... ¡Qué contenta estaría si pudiera creer que eres capaz de tener un pensamiento tan bueno como ése!... Pero bien sabes tú que no lo has tenido...; bien lo sabes...

-De veras que sí, tía... Que no me mueva de aquí si no lo tuve.

-No mientas, Tom, no mientas. Con eso no haces más que agravarlo.

-No es mentira, tía, es la pura verdad. Quería que usted no estuviera pasando malos ratos; para eso sólo vine aquí.

-No sé lo que daría por creerlo. Eso compensaría por un sin fin de pecados. Tom casi me alegraría de que hubieses hecho la diablura de escaparte; pero

no es creíble, porque, ¿cómo fue que no lo dijiste, criatura?

-Pues mire, tía: cuando empezaron a hablar de los funerales, me vino la idea de volver allí y escondernos en la iglesia, y, no sé cómo, no pude resistir la tentación, y no quise echarla a perder. De modo que me volví a meter la corteza en el bolsillo y no abrí el pico.

-¿Qué corteza?

-Una corteza de árbol donde había escrito diciendo que nos habíamos hecho piratas. ¡Ojalá se hubiera usted despertado cuando la besé!... Lo digo de veras.

El severo celo de la tía se dulcificó y un súbito enternecimiento apareció en sus ojos.

-¿Me besaste, Tom?

-Pues sí, la besé.

-¿Estás seguro, Tom?

-Sí, tía, sí... Seguro.

-¿Por qué me besaste?

-Porque la quiero tanto, y estaba usted allí llorando, y yo lo sentía mucho.

-¡Pues bésame otra vez, Tom!... Y ya estás marchándote a la escuela, y no me fastidies más.

En cuanto él se fue, corrió ella a la alacena y sacó los restos del saco con que Tom se había lanzado a la piratería. pero se detuvo de pronto, con él en la mano, y se dijo a si misma:

-No, no me atrevo. ¡Pobrecito! Me figuro que ha mentido.... pero es una santa mentira, porque ¡me consuela tanto!... Espero que el Señor...., sé que el Señor se la perdonará, porque la ha dicho de puro buen corazón. Pero no quiero descubrir que ha sido mentira.

Volvió a guardar. el saco y se quedó allí, musitando un momento. Dos veces alargó la mano, para volver a tomar la prenda, y las dos veces se contuvo. Una vez más repitió el intento, y se reconfortó con esta reflexión: "es una mentira buena..., es una mentira buena..., no ha de causar pesadumbre". Registró el bolsillo del saco. Un momento después estaba leyendo, a través de las lágrimas, lo que Tom había escrito en la corteza, y se decía:

-¡Le perdonaría ahora todo, aunque hubiera cometido un millón de pecados!

Capítulo 20

Había besado la tía. Polly a Tom con tanta maternal ternura, que el alma del muchacho se llenó de gloria. Se fue a la escuela, y tuvo la suerte de encontrarse con Becky en el camino. Su humor del momento determinaba siempre sus actos. Sin un instante de vacilación corrió hacia ella:

-Me he portado suciamente esta mañana, Becky. Nunca, nunca lo volveré a hacer mientras viva. ¿Vamos a con versar un rato?

La niña se detuvo y le miró desdeñosa, cara a cara.

-Le agradeceré a usted que se quite de mi presencia, señor Thomas Sawyer. En mi vida volveré a hablarle.

Dicho lo cual echó atrás la cabeza y siguió su camino. Tom se quedó tan estupefacto que no tuvo ni siquiera la presencia de ánimo para decirle: "¡Y a mí qué me importa!", nada dijo, pero se quedó temblando de rabia. Entró en el patio de la escuela. Querría que Becky hubiera sido un muchacho, y se imaginaba la paliza que le habría pegado. A poco se encontró con ella, y al pasar le dijo una indirecta mortificante. Ella le soltó otra, y la brecha del odio que los que los separaba se hizo un abismo. Le parecía a Becky, en el acaloramiento de su rencor, que no llegaba nunca la hora de empezar la clase: tan impaciente estaba de ver a Tom azotado por lo del libro de gramática. Si alguna remota idean le quedaba de acusar a Alfredo Temple, la injuria de Tom la había desvanecido por completo.

No sabía la pobrecilla que pronto ella misma se iba a encontrar en apuros. El maestro, el señor Dobbins, había alcanzado la edad madura con una ambición no satisfecha.

El deseo de su vida había sido llegar a recibirse de doctor; pero la pobreza lo había condenado a no pasar de maestro de escuela pueblerino. Todos los días sacaba de su pupitre un libro misterioso y se absorbía en su lectura cuando las tareas de la clase

se lo permitían. Guardaba aquel libro bajo llave. No había un solo alumno en la escuela que no se muriese de ganas de echarle una ojeada, pero nunca se les presentó ocasión. Cada chico y, cada chica tenía su propia opinión acerca del contenido de aquel libro; pero no habían dos que coincidieran, y no había manera de llegar a la verdad. Ocurrió que, al pasar Becky junto al pupitre, que estaba inmediato a la puerta, vio que la llave estaba en la cerradura. Era un instante único. Echó una rápida mirada en derredor. Estaba sola, y en un momento tuvo el libro en las manos. El título, en la primera página, nada le dijo: "Anatomía, por el profesor Fulnez". Así es que pasó más hojas y se encontró con una linda lámina en colores, en la que aparecía una figura humana. En aquel momento, una sombra cubrió la página y Tom Sawyer entró en la sala y tuvo un atisbo de la estampa. Becky arrebató el libro para cerrarlo, y tuvo la mala suerte de rasgar la página hasta la mitad. Metió El volumen en el pupitre, dio la vuelta a la llave y rompió a llorar de enojo y vergüenza.

-Tom Sawyer, eres un indecente en venir a espiar lo

que una está mirando -replicó con indignación.
¿Cómo podía yo saber que estabas viendo eso?

-Vergüenza te debía dar, porque bien sabes que vas a acusarme. ¿Qué haré, Dios mío, qué haré?... ¡Me van a pegar, y nunca me habían pegado en la escuela!

Después dio una patada en el suelo y dijo:

-¡Pues sé todo lo innoble que quieras! Yo sé una cosa que va a pasar. ¡Te aborrezco! ¡Te odio! - y salió de la clase con una nueva explosión de llanto.

Tom se quedó inmóvil, un tanto perplejo por aquella arremetida.

-¡Qué raras y qué tontas son las chicas!. --se dijo-. ¡Que no la han zurrado nunca en la escuela!... ¡Bah! ¿Qué es una zurra? Chica había de ser; son todas tan delicaditas y tan miedosas... Por supuesto que no voy a decir nada de esta tonta a Dobbins, porque hay otros medios menos sucios para que me las pague. ¿Qué pasará? Dobbins va a preguntar quién ha roto el libro. Nadie va a contestar. Entonces hará lo que hace siempre: preguntar a una por una, y cuando llegue a la que lo ha hecho, lo sabe sin que se lo diga. A las chicas se les conoce en la cara. Después le pegará. Becky se ha metido en un mal paso y no le veo salida. Tom reflexionó un rato, y luego añadió:- Pues le está bien. A ella le gustaría

verme a mí en el mismo aprieto. Pues que se aguante.

Y fue a reunirse con sus bulliciosos compañeros. Poco después llegó el maestro, y empezó la clase. Tom no puso gran atención en el estudio. Cada vez que miraba hacia el lado donde estaban las niñas, la cara de Becky lo turbaba. Acordándose de lo ocurrido, no quería compadecerse de ella, y, sin embargo, no podía remediarlo. No podía alegrarse sino con una alegría falsa. Ocurrió a poco el descubrimiento del estropicio en la gramática, y los pensamientos de Tom tuvieron harto en qué ocuparse con sus propias cuitas durante un rato. Becky volvió en sí de su letargo de angustia y mostró gran interés en tal descubrimiento. Esperaba que Tom no podría salir del apuro sólo con negar que él hubiera vertido la tinta, y tenía razón. La negativa no hizo más que agravar la falta. Becky suponía que iba a gozar con ello y quiso convencerse de que se alegraba; pero descubrió que no estaba segura de que así era. Cuando llegó lo peor, sintió un vivo impulso de levantarse y acusar a Alfredo, pero se contuvo haciendo un esfuerzo, y dijo para sí: "El me ha de acusar de haber roto la estampa. Estoy segura. No diré palabra, ni aunque fuera para salvarle la vida".

Tom recibió la paliza y se volvió a su asiento sin gran tribulación, pues pensó que no era difícil que él mismo, sin darse cuenta, hubiera vertido la tinta al hacer alguna cabriola. Había negado por pura fórmula y porque era costumbre, y había persistido en la negativa por cuestión de principio.

Transcurrió toda una hora. El maestro daba cabezadas en su trono; el monótono rumor del estudio incitaba al sueño. Al rato, el señor Dobbins se irguió en su asiento, bostezó, abrió el pupitre y alargó la mano hacia el libro, pero parecía indeciso entre tomarlo o dejarlo. La mayor parte de los discípulos levantaron la mirada lánguidamente; pero dos de entre ellos seguían los movimientos del maestro con los ojos fijos, sin pestañear, el señor Dobbins se quedó un rato palpando el libro, distraído, y por fin lo sacó y se acomodó en la silla para leer.

Tom lanzó una mirada a Becky. Había visto una vez un conejo perseguido y acorralado, frente al cañón de una escopeta, que tenía idéntico aspecto. Instantáneamente olvidó su querella. ¡Pronto! ¡Había que hacer algo y que hacerlo en un relámpago! Pero la misma inminencia del peligro paralizaba su inventiva. ¡Bravo! ¡Tenía una inspiración! Lanzarse

de un salto, apoderarse del libro y huir por la puerta como un rayo... Pero su resolución titubeó por un breve instante, y la oportunidad pasó. El maestro abrió el volumen. ¡Si la perdida ocasión pudiera volver! Pero ya no había remedio para Becky, pensó. Un momento después, el maestro se irguió, amenazador. Todos los ojos se bajaron ante su mirada. Hubo un momentáneo silencio; el maestro estaba acumulando su cólera. Después habló:

-¿Quién ha roto este libro?

Profundo silencio. Se hubiera oído volar una mosca, la inquietud continuaba; el maestro examinaba cara por cara., buscando indicios de culpabilidad.

-Benjamín Rogers, ¿has tomado tú este libro?

Una negativa. Otra pausa.

-Joseph Harper, ¿has sido tú?

Otra negativa. La nerviosidad de Tom se iba haciendo más y más violenta bajo la lenta tortura de aquel procedimiento. El maestro recorrió con la mirada las filas de los muchachos, meditó un momento y se volvió hacia las niñas.

-¿Amy Lawrence?

Un sacudimiento de cabeza.

-Susana Harper, ¿has sido tú?

Otra negativa. La inmediata era Becky. La excitación y lo irremediable del caso hacia temblar a Tom de la cabeza a los pies.

-Rebeca Thatcher... -Tom la miró: estaba lívida de terror-. ¿Has sido tú?... No, mírame a la cara... -La niña levantó las manos suplicantes... ¿Has sido tú quien ha roto el libro?

Una idea relampagueó en el cerebro de Tom. Se puso de pie y gritó:

-¡He sido yo!

Toda la clase se quedó mirándolo, atónita ante tamaña locura. Tom permaneció un momento inmóvil, recuperando el uso de sus diversas facultades; y cuando se adelantó a recibir el castigo, la sorpresa, la gratitud, la adoración que leyó en los ojos de la pobre Becky le parecieron paga bastante para cien palizas. Enardecido por la gloria de su propio acto, sufrió sin una queja el más despiadado vapuleo que el propio Dobbins jamás había administrado; y también recibió con indiferencia la cruel noticia de que tendría que permanecer allí dos horas al terminar la clase; sabía quién había de esperar por él a la puerta hasta el término de su cautividad y sin lamentar el aburrimiento de la espera.

Tom se fue aquella noche a la cama madurando planes de venganza contra Alfredo Temple, pues avergonzada y contrita, Becky le había confiado todo, sin olvidar su propia traición; pero la sed de venganza tuvo que dejar paso a más gratos pensamientos, y se durmió al fin con las últimas palabras de Becky sonándole confusamente en el oído:

-Tom, ¿cómo puedes ser tan noble?

Capítulo 21

Estaban próximas las vacaciones. El señor Dobbins, habitualmente severo, se puso más irritable y despótico, creyendo que con eso luciría más su clase en los exámenes. La vara y la palmeta funcionaban a más y mejor, al menos entre los discípulos más pequeños.

De aquí que los chicos más pequeños pasasen los días en el terror y el tormento y las noches ideando venganzas. No desperdiciaban ocasión de hacer al maestro una mala pasada. Pero él les sacaba siempre ventaja. El castigo que seguía a cada propósito vengativo realizado era tan arrollador e imponente que los chicos se retiraban siempre de la palestra derrotados y maltrechos. Al fin se juntaron para conspirar y dieron con un plan que prometía

una deslumbrante victoria. Tomaron juramento al chico del pintor decorador, le confiaron el proyecto y le pidieron su ayuda. Tenía él hartas razones para prestarla con júbilo, pues el maestro se hospedaba en su casa y había dado al chico infinitos motivos para aborrecerlo. La mujer del maestro se disponía a pasar unos días con una familia en el campo, y no habría inconvenientes para realizar el plan. El maestro se acicalaba siempre para las grandes ocasiones, alegrándose un poco, y el hijo del pintor prometió que cuando el dómine llegase al estado preciso, en la tarde del día de los exámenes, él arreglaría la cosa mientras el maestro dormitaba en la silla, y después haría que saliera precipitadamente hacia la escuela.

Por fin, un día llegó la interesante oportunidad. A las ocho de la noche la escuela estaba profusamente iluminada y adornada con guirnaldas y festones de follaje y de flores. El maestro estaba entronizado en su poltrona sobre una alta tarima, con el pizarrón detrás de él. Parecía un tanto suavizado y blando. Tres filas de bancos a cada lado de él y seis enfrente estaban ocupados por los dignatarios de la población y por los padres de los -escolares. A su izquierda, detrás de los invitados, había una es-

paciosa plataforma provisional, en la cual estaban sentados los alumnos que iban a tomar parte en los ejercicios; filas de párvulos bien lavados y emperifollados hasta un grado de intolerable embarazo y molestias; filas de mocetones encogidos y zafios; nevados bandos de niñas y señoritas vestidas de blanco linón y muselina y muy preocupadas de sus brazos desnudos, de las alhajas de sus abuelas, de sus cintas azules y rojas y de las flores en el cabello. El resto de la escuela estaba ocupado por los escolares que no tomaban parte en el acto.

Los ejercicios comenzaron. Un chico diminuto se levantó y, hurañamente, recitó lo de "No podían ustedes esperar que un niño de mi corta edad hablase en público", etc., acompañándose con los ademanes trabajosos, exactos y espasmódicos que hubiera empleado una máquina, suponiendo que la máquina estuviese un tanto desarreglada. Pero salió del trance salvo y sano, aunque atrozmente asustado, y se ganó un aplauso general cuando hizo su reverencia ensayada mil veces y se retiró.

Tom Sawyer avanzó con presuntuosa confianza y se lanzó en el inextinguible e indestructible discurso "O libertad o muerte" con briosa furia y frenética gesticulación, pero se atascó en la mitad. Un terrible

pánico le sobrecogió de pronto, las piernas le flaquearon y le faltaba la respiración. Verdad es que tenía manifiesta simpatía del auditorio..., pero también su silencio, que era aún peor que la simpatía. El maestro frunció el ceño, y esto colmó el desastre. Aún luchó un rato con su desleal memoria, y después se retiró, derrotado. Surgió un débil aplauso de entre algunos del público, pero que murió al nacer.

Siguieron otras conocidas joyas del género declamatorio; después hubo un concurso de ortografía; la reducida clase de latín recitó meritoriamente. El número más importante del programa vino después: "Composiciones originales", por las señoritas. Cada una de éstas, a su vez, se adelantó hasta el borde del tablado, se despejó la garganta y leyó su trabajo con premioso y aprensivo cuidado. Los temas eran los mismos que habían sido dilucidados en ocasiones análogas, antes que por ellas, por sus madres, sus abuelas e indudablemente por toda su estirpe, en la línea femenina hasta más allá de las Cruzadas. "La amistad" era uno. "Recuerdos del pasado". "La religión en la historia", "Las ventajas de la instrucción", "Comparación entre las formas de gobierno "Melancolía", "Amor filial", "Anhelos del corazón", eran los otros.

Una característica que prevalecía en esas composiciones era una bien nutrida y mimada melancolía; otra, el pródigo despilfarro de "lenguaje escogido"; otra, una tendencia a traer tiradas por los pelos frases y palabras de especial predilección hasta dejarlas agotadas y deshechas de cansancio; y una conspicua peculiaridad, que les ponía el sello y las echaba a perder, era la inevitable e insoportable moraleja que agitaba el aburrido final de todas y cada una de ellas. No importa cual fuera el asunto, se hacía un desesperado esfuerzo para buscarle la vuelta y presentarlo de modo que pudiera parecer edificante a las almas devotas. La insinceridad, que saltaba a los ojos, de tales sermones no fue suficiente para desterrar esa moda de las escuelas, y no lo es todavía; y quizá no lo sea mientras el mundo se tenga de pie. No hay ni una sola escuela en nuestro país en que las señoritas no se crean obligadas a rematar sus composiciones con una moraleja; y se puede observar que la moraleja de la muchacha más casquivana y menos religiosa de la escuela es siempre la más larga y la más inexorablemente piadosa. Pero basta de esto, porque las verdades acerca de nosotros mismos dejan siempre mal sabor en la boca, y volvamos a los exámenes. La primera compo-

sición leída fue una que tenía por título "¿Es eso, pues, la vida?" Quizá el lector pueda soportar un trozo:

"En la senda de la vida, ¡con qué ardientes ilusiones la fantasía juvenil saborea de antemano los goces de las fiestas y mundanos placeres! La ardorosa imaginación se afana en pintar cuadros de color de rosa. Con los ojos de la fantasía, la frívola esclava de la moda se ve a sí misma en medio de la deslumbrante concurrencia, siendo el centro de todas las miradas. Ve su figura grácil, envuelta en níveas vestiduras, girando entre las parejas de baile, ávidas de placeres, su paso es el más ligero; su faz, la más hermosa...

Y así seguía y seguía en el mismo tono. De vez en cuando durante la lectura se alzaba un rumor de aprobación, acompañado de cuchicheos como "¡Qué maravilla!", "¡Qué elocuente!", "¡Qué verdades!" y cuando, al fin, terminó con una moraleja, singularmente aflictiva, los aplausos fueron entusiastas.

Apareció en seguida una señorita de morena tez, ojos y pelo negros, que permaneció silenciosa unos impresionantes momentos asumió una expresión trágica y empezó a leer con pausado tono la pesadi-

lla de diez páginas manuscritas, que terminaban con una moraleja destructiva de toda esperanza para los que no pertenecieran a la secta presbiteriana, que se llevó el primer premio. Esta composición fue considerada como el más meritorio trabajo de los leídos en la velada. El alcalde, al entregar el premio a la autora, hizo un caluroso discurso, en el cual dijo que aquello era lo más elocuente que jamás habla oído, y que el propio Daniel Webster lo hubiera firmado como suyo".

Después el maestro, ablandado ya casi hasta la campechanería, puso a un lado la butaca, volvió la espalda al auditorio y empezó a trazar un mapa de América en el pizarrón, para los ejercicios de la clase de geografía. Pero aún tenía la mano insegura, e hizo de aquello un lamentable berenjenal; y un rumor de apagadas risas corrió por todo el público. Se dio cuenta de lo que pasaba, y se puso a enmendarlo. Pasó la esponja por algunas líneas y las trazó de nuevo pero le salieron aún más absurdas y dislocadas, y las risitas fueron en aumento. Puso ahora toda su atención y empeño en la tarea, resuelto a no dejarse achicar por aquel regocijo. Sentía que todas las miradas estaban fijas en él; creyó que habla triunfado, al fin, y, sin embargo, las risas seguían cada

vez más nutridas y ruidosas. Y había razón para ello. En el techo, sobre la cabeza del maestro, había una trampa que daba a una buhardilla; por ella apareció un gato suspendido de una cuerda atada a su cuerpo. Tenía la cabeza envuelta en un trapo, para que no maullase. Según iba bajando lentamente, se curvó hacia arriba y arañó la cuerda; después se dobló hacia abajo, dando zarpazos al aire intangible. El holgorio crecía; ya estaba el gato tan sólo a media cuarta de la cabeza del absorto maestro. Siguió bajando, y hundió las uñas en la peluca, se asió a ella, furibundo, y de pronto tiraron de él hacia arriba, con el trofeo en las garras. ¡Qué fulgores lanzó la calva del maestro!... Como que el hijo del pintor se la había "dorado".

Con aquello acabó la función. Los chicos estaban vengados. Habían comenzado las vacaciones. Durante éstas, Tom ingresó en la nueva orden de los "Adalides del Antialcoholismo", atraído por lo vistoso y elegante de sus insignias y emblemas. Hizo promesa de no fumar, no mascar tabaco y no blasfemar mientras perteneciera a la orden. Hizo enseguida un nuevo descubrimiento, que era. que comprometerse a no hacer una cosa es el procedimiento más seguro para que se desee hacerla.

Tom se sintió inmediatamente atormentado por el deseo de beber y blasfemar; y éste se hizo tan irresistible, que sólo la esperanza de que se ofreciera ocasión para exhibirse luciendo la banda roja lo contuvo para que no abandonase la orden. El "Día de la Independencia" se cercaba; pero dejó de pensar en eso, lo dejó de lado, cuando aún no hacía cuarenta y ocho horas que arrastraba el grillete, y fijó todas sus esperanzas en el juez de paz, el viejísimo Grazer, que parecía estar enfermo de muerte, y al que se harían grandes funerales por lo encumbrado de su posición. Durante tres días, Tom estuvo preocupadísimo con la enfermedad del juez, pidiendo a cada instante noticias de su estado. A veces subían tanto sus esperanzas, tan altas estaban, que llegaba a sacar las insignias y a ensayar frente al espejo. Pero la salud del juez dio en conducirse con las más desanimadoras fluctuaciones. Al fin fue declarado fuera de peligro, y después, en franca convalecencia. Tom estaba indignado y como si se le hubiera hecho una ofensa personal. Presentó inmediatamente la dimisión, y aquella noche el juez tuvo una recaída y murió. Tom juró que jamás se fiaría de un hombre como aquél. El entierro fue estupendo. Los "Adalides" desfilaron con una pompa que pare-

cía preparada intencionadamente para matar de envidia al renunciante.

En cambio, era libre, y eso ya era algo. Podía ya maldecir y beber; pero, con gran sorpresa suya, notó que no tenía ganas de ninguna de las dos cosas. Sólo el hecho de que podía hacerlo le apagó el deseo y privó a aquellos placeres de todo encanto.

Empezó a darse cuenta también de que las vacaciones esperadas con tanto anhelo, se deslizaban aburridoras.

Intentó escribir un diario, pero como no se le ocurrió nada durante tres días, abandonó la idea.

En eso, llegó al pueblo la primera orquesta de negros de la temporada, e hizo sensación. Tom y Joe Harper organizaron una banda de ejecutantes y fueron felices durante un par de días.

También el glorioso "Día de la Independencia" fue en parte un fracaso, pues llovió a cántaros; no hubo procesión cívica, y el hombre más eminente del mundo -según se imaginaba Tom-, el señor Benton, un senador auténtico de los Estados Unidos, resultó un abrumador desencanto, pues no tenía diez varas de estatura.

Días después llegó un circo. Los muchachos jugaron a los títeres los tres días siguientes, en tiendas

hechas de retazos de esteras viejas. Precio de la entrada: tres alfileres los chicos y dos las chicas. Y después se olvidaron del circo.

Llegaron un frenólogo y un magnetizador, y se volvieron a ir, dejando al pueblo más aburrido que nunca.

Hubo algunas fiestas de chicos y chicas, pero fueron pocas y tan plácidas que sólo sirvieron para hacerlos penosos intervalos entre ellas aún más penosos.

Becky Thatcher se había ido a su casa de Constantinopla a pasar las vacaciones con sus padres, de modo que no le quedaba a la vida ni una faceta con brillo.

El espantable secreto del asesinato era una crónica agonía. Era un verdadero cáncer, por la persistencia y el sufrimiento. Después llegó el sarampión.

Capítulo 22

Durante dos largas semanas estuvo Tom prisionero, muerto para el mundo y sus acontecimientos. Estaba muy enfermo; nada le interesaba. Cuando al fin pudo tenerse en pie y empezó a vagar, decaído y débil, por el pueblo, vio que una triste mudanza se había operado en todas las cosas y en todas las criaturas. Había habido un revival* y todo el mundo se había dedicado a la devoción religiosa. Tom recorrió el pueblo, esperando sin esperanza llegar a

* De cuando en cuando la propaganda religiosa es intensificada en Estados Unidos al punto que suele producir una agudización del sentimiento religioso en las masas y adquiere en algunas oportunidades y en algunas comarcas, características de exageración colectiva.

ver alguna bendita cara pecadora; pero no encontró más que desengaños. Halló a Joe Harper enfrascado en el estudio de la Biblia, y volvió la espalda y se alejó del desconsolador espectáculo. Buscó a Ben Rogers y lo encontró visitando a los pobres, con una cesta de folletos devotos. Consiguió dar con Jim Hollis, el cual lo invitó a considerar el precioso beneficio del sarampión como un aviso de la Providencia. Cada compañero que encontraba añadía otra tonelada a su agobiador aburrimiento; y cuando buscó al fin desesperado, refugio en el seno de Huckleberry Finn y éste lo recibió con una cita bíblica, el corazón se le cayó a los pies, y fue arrastrándose hasta su casa, y se metió en la cama, convencido de que en todo el pueblo él era el único que estaba perdido para siempre.

Y aquella noche sobrevino una terrorífica tempestad, con lluvia, truenos y espantosos relámpagos. Se tapó la cabeza con la sábana y esperó, con horrorizada ansiedad, su fin, pues no tenía la menor duda de que toda aquella baraúnda era por él. Creía que había abusado de la divina benevolencia más allá de lo tolerable y que éste era el resultado. Debiera haberle parecido un despilfarro de pompa y municiones, como el de matar un mosquito con una batería

de artillería; pero no veía ninguna incongruencia en que se montase una tempestad tan costosa como aquélla sin otro fin que el de soplar, arrancándolo del suelo, a un pobre insecto como él.

Poco a poco la tempestad cedió y fue amainando, sin conseguir su objeto. El primer impulso del muchacho fue de gratitud e inmediata enmienda; el segundo, esperar porque quizá no hubiera otras tormentas.

Al día siguiente volvió el médico; Tom había sufrido una recaída. Las tres semanas que permaneció acostado fueron como una eternidad. Cuando al fin volvió a la vida no sabía si agradecerlo, recordando la soledad en que se encontraba, sin amigos, abandonado de todos. Echó a andar por las calles del pueblo, indiferente y taciturno, y encontró a Jim Hollis actuando de juez ante un jurado infantil que estaba juzgando a un gato, acusado de asesinato, en presencia de su víctima: un pájaro. Encontró a Joe Harper y a Huck Finn retirados en una calleja comiéndose un melon robado... ¡Pobrecillos!... Ellos también, como Tom, habían vuelto a caer.

Al fin, el pueblo sacudió su somnoliento letargo, y lo hizo con entusiasmo. En el tribunal se iba a sustanciar el proceso por asesinato. Aquello llegó a

ser el tema único y obligado de todas las conversaciones. Tom no podía abstraerse a él. Toda alusión al crimen le producía un escalofrío, porque su conciencia acusadora y su miedo le persuadían de que todas las alusiones eran anzuelos que se le echaban; no veía cómo se podía sospechar que él supiera algo acerca del asesinato; pero a pesar de eso, no podía sentirse tranquilo en medio de esos comentarios y, cabildeos. Vivía en un continuo estremecimiento. Se llevó a Huck a un lugar apartado para hablar del asunto. Sería un alivio quitarse la mordaza por un rato, compartir su carga de cuidados con un compañero de infortunios. Quería, además, estar seguro de que Huck no hubiera cometido alguna indiscreción.

-Huck, ¿has hablado con alguno de aquello?

-¿De qué?

-Ya sabes de qué.

-¡Ah!... Naturalmente que no.

-¿Ni una palabra?

-Ni media; y si no, que me caiga muerto aquí mismo. ¿Por qué me lo preguntas?

-Pues porque tenía miedo.

-Vamos, Tom Sawyer; no estaríamos dos días vivos si eso se descubriera. Bien lo sabes tú.

Tom se sintió más tranquilo. Después de una pausa, dijo:

-Huck, nadie podría hacértelo decir, ¿no es cierto?

-¿Hacer que lo dijera? Si yo quisiera que aquel mulato me estrangulase, podían hacérmelo decir. No tendrían otro camino.

-Entonces está bien. Me parece que estamos seguros mientras no abramos el pico. Pero vamos a jurar otra vez. Es más seguro.

-Conforme.

Y juraron de nuevo con gran solemnidad y aparato.

-¿Qué es lo que dicen por ahí, Huck? He oído la mar de cosas.

-¿Decir? Pues nada más que de Muff Potter, Muff Potter y Muff Potter todo el tiempo. Me hace estar siempre transpirando; así que lo que voy a hacer es ir a esconderme por ahí.

-Pues lo mismo me pasa a mí. Me parece que a ése le dan el pasaporte. ¿No te da lástima de él algunas veces?

-Casi siempre..., casi siempre. Es un tipo que no vale nada; pero tampoco nunca hizo mal a nadie, No hacía más que pescar un poco para ganar algún

dinero y emborracharse..., y vagar de aquí para allá: pero, señor, todos vagamos un poco...; al menos, muchos de nosotros. Predicadores y gente así. Pero tenía cosas de bueno, me dio una vez medio pescado, aunque no había bastante para dos; y muchas veces, pues, como si me echase una mano cuando yo no estaba de suerte.

-Pues a mí me componía los barriletes, Huck, y me ataba los anzuelos a la línea. ¡Si pudiéramos sacarlo de allí!

-¡Bah! No podemos sacarlo Tom; Y, además, le volverían a agarrar enseguida.

-Sí, lo apresarían, Pero no puedo aguantarlos al oírles hablar de él como del demonio, cuando no fue él quien hizo... aquello.

-Lo mismo me pasa a mí, Tom, cuando les oigo decir que es el mayor criminal de esta tierra y que por qué no lo habrán ahorcado antes.

-Sí, siempre están diciendo eso. Yo les he oído que si lo dejasen en libertad lo lincharían.

-Ya lo creo que sí.

Los dos tuvieron una larga conversación, pero de poco provecho. Al atardecer se encontraron dando vueltas en la vecindad de la solitaria cárcel, acaso con una vaga esperanza de que ocurriera algo

que resolviera sus dificultades. Pero nada sucedió; no parecía que hubiera ángeles ni hadas que se interesasen por aquel desventurado preso.

Como otras veces habían hecho, se acercaron a la reja de la celda y dieron a Potter tabaco y fósforos. Estaba en la planta baja y no tenía guardián.

Ante la gratitud del preso por los regalos, siempre les remordía la conciencia, pero esta vez más dolorosamente que nunca. Se sintieron traidores y cobardes hasta el último grado cuando Potter les dijo:

-Habéis sido muy buenos conmigo, muchachos, mejores que ningún otro del pueblo. Y no lo olvido, no. Muchas veces me digo a mí mismo: "Yo les arreglaba los barriletes y sus cosas a todos los chicos, y les enseñaba los buenos sitios para pescar, y era amigo de ellos, y ahora ninguno se acuerda del pobre Muff, que está en apuros, más que Tom y Huck. No, ellos no me olvidan -digo yo -, y yo no me olvido de ellos". Bien, muchachos; yo hice aquello porque estaba loco y borracho, y sólo así lo puedo comprender, y ahora me van a colgar por ello, y está bien que así sea. Está bien, y es lo mejor, además, según espero. No vamos a hablar de eso; no quiero que os pongáis tristes, porque sois amigos

míos. Pero lo que quiero deciros es que no os emborrachéis, y así no os veréis aquí. Echaos un poco a un lado para que os vea mejor. Es un alivio ver caras de amigos cuando se está en este paso, y nadie viene por aquí más que vosotros. Caras de buenos amigos..., de buenos amigos. Subíos uno en la espalda del otro para que pueda tocarlas. Así está bien. Dame la mano; la tuya cabe por la reja, pero la mía no. Son manos bien chicas, pero han ayudado mucho a Muff Potter, y más le ayudarían si pudieran.

Después de esta visita, Tom llegó a su casa tris-tísimo y sus sueños de aquella noche fueron una sucesión de horrores. El próximo día y al siguiente rondó por las cercanías de la sala del tribunal, atraído por un irresistible impulso de entrar, pero conteniéndose para permanecer fuera. A Huck le ocurrió lo mismo. Se esquivaban mutuamente con gran cuidado. Uno y otro se alejaban de cuando en cuando, pero la misma trágica fascinación los obligaba a volver en seguida. Tom aguzaba el oído cuando algún ocioso salía fuera de la sala; pero invariablemente oía malas noticias; el cerco se iba estrechando más y más, implacable en torno al pobre Potter. Al cabo del segundo día la conversación del

pueblo era que la declaración de Joe el Indio se mantenía de pie incommovible y que no cabía la menor duda sobre cuál sería el veredicto del jurado.

Tom se retiró muy tarde aquella noche y entró a acostarse por la ventana. Tenía una terrible excitación y pasaron muchas horas antes de que se durmiera. Todo el pueblo acudió a la siguiente mañana a la casa del tribunal, porque aquél era el día decisivo. Ambos sexos estaban representados por igual en el compacto auditorio. Después de una larga espera entró el jurado y ocupó sus puestos; poco después, Potter, pálido y huraño, tímido e inerte, fue introducido, sujeto con cadenas, y sentado donde todos los ojos curiosos pudieran contemplarlo; no menos conspicuo aparecía Joe el Indio, impasible como siempre. Hubo otra espera, y llegó el juez. El sheriff declaró abierta la sesión. Siguiéron los acostumbrados cuchicheos entre los abogados y el manipuleo de papeles. Esos detalles y las silenciosas pausas que los acompañaban iban formando una atmósfera tan impresionante como fascinadora.

-Puede interrogarlo la defensa.

El acusado levantó los ojos, pero los volvió a bajar cuando su defensor dijo:

-No tengo nada que preguntarle.

El testigo que compareció después declaró sobre el hallazgo de la navaja al lado del cadáver. El fiscal dijo:

-Puede interrogarlo la defensa.

-Nada tengo que preguntarle -respondió nuevamente.

Un tercer testigo juró que había visto a menudo esa misma navaja en posesión de Muff Potter.

El abogado defensor también se abstuvo de interrogarlo.

En los rostros del público empezó a traslucirse el enojo. ¿Se proponía aquel abogado tirar por la ventana la vida de su cliente sin hacer un esfuerzo por salvarle?

Varios testigos declararon sobre la acusadora actitud observada por Potter cuando lo llevaron al lugar del crimen.

Todos abandonaron el estrado sin ser examinados por la defensa. Todos los detalles, abrumadores para el acusado, de lo ocurrido en el cementerio en aquella mañana, que todos recordaban tan bien, fueron relatados ante el tribunal por testigos fidedignos; pero ninguno de ellos fue interrogado por el abogado de Potter. El asombro y el disgusto del público se tradujeron en fuertes murmullos, que

provocaron una reprimenda del juez. El fiscal dijo entonces:

-Bajo el juramento de ciudadanos, cuya mera palabra está por encima de toda sospecha, hemos probado, sin que haya posibilidad de duda, que el autor de este horrendo crimen es el desgraciado prisionero que está en ese banco.

No tengo nada que añadir a la acusación.

El pobre Potter exhaló un sollozo, se tapó la cara con las manos y balanceaba su cuerpo atrás y adelante, mientras un angustioso silencio se enseñoreó de la sala. Muchos hombres estaban conmovidos y la compasión de las mujeres se traducía en lágrimas. El abogado defensor levantóse y dijo:

-En mis primeras indicaciones, al abrirse este juicio, dejé entrever mi propósito de probar que mi defendido había realizado ese acto sangriento bajo la influencia ciega e irresponsable de un delirio producido por el alcohol. Mi intención es ahora otra; no he de alegar esa circunstancia. Y añadió dirigiéndose al alguacil:

-Que comparezca Thomas Sawyer.

La perplejidad y el asombro se pintaron en todas las

caras, sin exceptuar la de Potter. Todas las miradas, curiosas e interrogadoras, se fijaron en Tom cuando se levantó y fue a ocupar su puesto en la plataforma. Pareciera fuera de sí, pues estaba muy asustado. Se le tomó juramento.

-Thomas Sawyer, ¿dónde estaba el 17 de junio, más o menos a las doce de la noche?

Tom echó una mirada a la férrea cara de Joe el Indio y se le trabó la lengua. Todos tendían ansiosamente el oído, pero las palabras se negaban a salir. Pasados unos momentos, sin embargo, el muchacho recuperó algo de sus fuerzas y logró poner la suficiente en su voz para que una parte de la concurrencia llegase a oír:

-En el cementerio.

-Un poco más fuerte. No tengas miedo. Dices que estabas

-En el cementerio.

Una desdeñosa sonrisa se dibujó en los labios de Joe el Indio.

-¿Estabas en algún sitio próximo a la sepultura de Williarns?

-SI, señor -musitó Tom con un hilo de voz.

-Habla un poquito más fuerte. ¿A, qué distancia estabas?

-Tan cerca como estoy de usted.

-¿Dónde?

-Detrás de los olmos que hay junto a la sepultura.

Por, Joe el Indio pasó un imperceptible sobresalto.

-¿Estaba alguno contigo?

-SI, - señor, fui allí con...

-Espera..., espera un momento. No te ocupes ahora de cómo se llama tu acompañante. En el momento oportuno declarará también. ¿Llevásteis al cementerio alguna cosa?

Tom vaciló y parecía abochornado.

-Dilo, muchacho..., y no tengas miedo. La verdad prevalece siempre. ¿Qué llevabas al cementerio?

-Nada más, que un..., un..., gato muerto.

Se oyeron contenidas risas, a las que el tribunal se apresuró a poner término.

-Presentaré a su tiempo el esqueleto del gato. Ahora, muchacho, dinos todo lo que ocurrió; dilo a tu manera, no te calles nada, y no tengas miedo.

Tom, comenzó, vacilante, al principio, pero a medida que se iba adentrando en el tema, las palabras fluyeron con mayor soltura. A los pocos minutos no se oyó sino la voz del testigo y todos los

ojos estaban clavados en él. Con las bocas entrea-
biertas y la respiración contenida, el auditorio estaba
pendiente de sus palabras, sin darse cuenta del
transcurso del tiempo, arrebatado por la trágica fas-
cinación del relato. La tensión de las reprimidas
emociones llegó a su punto culminante cuando el
muchacho dijo: "Y cuando el doctor enarboló el
tablón y Muff Potter cayó al suelo, Joe el Indio, saltó
con la navaja y..."

¡Zas! Veloz como una centella, el mestizo se
lanzó hacia una ventana, se abrió paso por entre los
que intentaron detenerlo y desapareció.

Capítulo 23

He aquí a Tom convertido una vez más en un héroe, mimado por los viejos, envidiado por los jóvenes. Hasta ganó la inmortalidad de la letra de imprenta, pues el periódico de la localidad hizo grandes elogios y largas crónicas de su hazaña. Había quien auguraba que llegaría a, ser presidente, si antes se libraba de que lo ahorcasen como sucede siempre, el mundo, tornadizo e ilógico, estrujó a Muff Potter contra su pecho y lo halagó y festejó con la misma prodigalidad con que antes lo había maltratado. Pero eso es normal y así será mientras el mundo sea mundo.

Fueron días de esplendor y dicha para Tom; pero las noches eran intervalos de horror; Joe el Indio turbaba todos sus sueños, y siempre con algo de

fatídico en su mirada. No había tentación que le hiciera asomar la nariz fuera de su casa en cuanto anochecía. El pobre Huck estaba en el mismo predicamento de angustia y terror, pues Tom había contado todo al abogado la noche antes del día de la declaración, y temía que su participación en el asunto llegara a saberse, aunque la fuga de Joe el Indio le había evitado a él el tormento de dar testimonio ante el tribunal. El cuitado había conseguido que el abogado le prometiese guardar el secreto; pero, ¿qué adelantaba con eso? Desde que los escrúpulos de conciencia de Tom, le arrastraron de noche a casa del defensor y arrancaron la tremenda historia de unos labios sellados por los más truculentos y solemnes juramentos la confianza de Huck en el género humano se había casi evaporado. Cada día, la gratitud de Potter hacía alegrarse a Tom de haber hablado; pero por las noches se arrepentía de no haber dejado la lengua tranquila. La mitad del tiempo temía que jamás se llegase a capturar a Joe el Indio, y la otra mitad temía que llegasen a echarle mano. Seguro estaba de que no volverla ya a respirar tranquilo hasta que aquel hombre muriera y él viese el cadáver.

Se habían ofrecido recompensas por la captura del mestizo; se había rebuscado por todo el pueblo, pero Joe el Indio no aparecía. Una de esas omniscientes y pasmosas maravillas, un detective, vino de San Luis; metió la nariz por todas partes, sacudió la cabeza, meditó con el ceño fruncido, y consiguió uno de esos asombrosos éxitos que los miembros de tal profesión acostumbran a alcanzar. Quiere decir esto que "descubrió una pista". Pero no es posible ahorcar a una pista por asesinato, y así es que cuando el detective terminó su tarea y se fue a su pueblo, Tom se sintió exactamente tan inseguro como antes.

Los días se fueron deslizando perezosamente y cada uno iba dejando atrás, un poco aligerado, el peso de esas preocupaciones.

En la vida de todo muchacho bien constituido llega un momento en que siente un obsesionante deseo de ir a cualquier parte y excavar en busca de tesoros. Un día, repentinamente, le entró a Tom ese deseo. Se echó a la calle para buscar a Joe Harper, pero no lo encontró. Después trató de dar con Ben Rogers, pero éste se había ido de pesca. Entonces se topó con Huck Finn, Manos Rojas. Huck serviría para el caso. Tom lo condujo a un lugar apartado y

le explicó el asunto confidencialmente. Huck estaba listo. Estaba siempre listo para embarcarse en cualquier empresa que ofreciese diversión sin exigir capital, pues tenía una abrumadora superabundancia de esta clase de tiempo que no es oro.

-¿En dónde hemos de cavar?

-¡Bah!, en cualquier parte.

-¿Qué?... ¿Hay tesoros en todas partes?

-No, no los hay. Están escondidos en los sitios más raros...; una veces en islas, otras. En cofres corroídos debajo de la punta de una rama de un árbol muy viejo, justo donde su sombra cae a medianoche; pero la mayor parte en el sótano de casas encantadas.

-¿Y quién los esconde?

-Pues los bandidos, por supuesto. ¿Quiénes creías que iban a ser? ¿Directores de escuelas dominicales?

-No sé. Si fuera mío el dinero no lo esconderla. Me lo gastaría para pasarlo bien.

- Lo mismo haría yo; pero a los ladrones no les da por ahí. Siempre lo esconden y allí lo dejan.

-¿Y no vuelven más a buscarlo?

-No; creen que van a volver pero casi siempre se les olvidan las señas del sitio donde lo ocultaron o

se mueren. De todos modos, allí se queda mucho tiempo, y se pone roñoso; y después alguno se encuentra un papel amarillento donde dice cómo se ha de hacer para encontrarlo... un papel que hay que estar descifrando casi una semana, porque casi todos son signos y jeroglíficos.

-¿Pero... qué?

-Jeroglíficos..., dibujos y cosas, ¿sabes?, que parece que no quieren decir nada.

-¿Tienes tú algún papel de éstos, Tom?

-No.

-Pues, entonces, ¿cómo vas a encontrar las señas?

-No necesito indicaciones. Siempre lo entierran debajo del piso de casa con duendes, o en una isla, o debajo de un árbol seco, que tenga una rama que sobresalga. Bueno, pues, ya hemos rebuscado un poco por la isla de Jackson, y podemos hacer la prueba otra vez; allí tenemos aquella casa vieja encantada junto al arroyo de la destilería, y la mar de árboles con ramas secas... ¡carretadas de ellos!

-¿Y hay un tesoro debajo de cada uno?

-¡Qué cosas dices!... ¡No, hombre!

-Pues, entonces, ¿cómo sabes a cuál te has de dirigir?

-Pues, a todos ellos.

-¡Para eso se necesita todo el verano!

-Bueno, ¿y qué más da? Suponte que te encuentras un caldero de cobre con cien dólares dentro, todos enmohecidos, o un arca podrida llena de diamantes. ¿Y entonces?

A Huck le relampaguearon los ojos.

-Eso es bueno, ¡de primera!... Que me den los cien dólares y no necesito diamantes.

-Muy bien. Pero ten por cierto que. yo no voy a tirar los diamantes. Los hay que valen hasta veinte dólares cada uno. Casi no hay ninguno, que no valga cerca de un dólar.

-¡No!... ¿De veras?

-Ya lo creo; cualquiera te lo puede decir. ¿Nunca has visto ninguno, Huck?

-No, que yo me acuerde.

-Los reyes los tienen a montones.

-No conozco a ningún rey, Tom.

-Me figuro que no. Pero si tú fueras a Europa verías manadas de ellos brincando por todas partes.

-¿De veras brincan?

-¿Brincar?... ¡Eres un mastuerzo! ¡No!

-¿Y entonces por qué lo dices?

-¡Narices! Quiero decir que los verías... sin brincar, por supuesto. ¿Para qué necesitan brincar? Lo que quiero que comprendas es que los verías esparcidos por todas partes, ¿sabes?, así como si no fueran cosa rara. Como aquel Ricardo, el de la joroba.

-Ricardo... ¿Cómo era el apellido?

-No tenía más nombre que ése. Los reyes no tienen más que el nombre de pila.

-Pues, mira; si eso les gusta, Tom, bien está; pero yo no quiero ser un rey y tener nada más que el nombre de pila, como si fuera un negro. Pero, dime, ¿dónde vamos a cavar primero?

-Pues no lo sé. Suponte que nos metemos primero con aquel árbol viejo que hay en la cuesta, al otro lado del arroyo de la destilería.

-Conforme.

Así, pues, se agenciaron un pico claudicante y una pala, y emprendieron su primera caminata de tres millas. Llegaron sofocados y jadeantes, y se tumbaron a la sombra de un olmo para descansar y fumarse una pipa.

-Eso me gusta -dijo Tom.

-Y a mí también.

-Dime, Huck: si encontramos un tesoro aquí, ¿qué vas a hacer con lo que te toque?

-Pues comer pasteles todos los días Y beberme un vaso de seda, y, además, ir a todos los circos que pasen por el pueblo.

-Bien, ¿y no vas a ahorrar algo?

-¿Ahorrar? ¿Para qué?

-Para tener algo de qué vivir más adelante.

-¡Bah! Eso no sirve de nada. Papá volvería al pueblo el mejor día y se lo tomaría si yo no andaba bien despierto. Y ya verás lo que tarda en liquidarlo. ¿Qué vas a hacer tú con lo tuyo, Tom?

-Me voy a comprar otro tambor, una espada de verdad, y una corbata colorada, y me voy a casar.

-¡Casarte!

-Eso es.

-Pues es la cosa más tonta que puedas hacer, Tom.

Mira a mi padre y a mi madre... ¿Pegarse?... ¡Nunca hacían otra cosa! Me acuerdo muy bien.

-Eso no quiere decir nada. La muchacha con quien voy a casarme no es de las que se azotan.

-A mí me parece que todas son iguales, Tom. Todas le tratan a una a patadas. Más vale que lo pienses antes. Es lo mejor que puedes hacer. ¿Y cómo se llama la chica?

-No es una chica..., es una niña.

-Es lo mismo, se me figura. Unos dicen chica, otros dicen niña..., y puede ser que todos tengan razón. Pero, ¿cómo se llama?

-Ya te lo diré más adelante; ahora no.

-Bueno, pues, déjalo. Lo único que hay es que si te casas me voy a quedar más solo que nunca.

-No, no te quedarás; te vendrás a vivir conmigo. Ahora, a levantarse y a cavar.

Trabajaron y sudaron durante media hora. Ningún resultado. Siguieron trabajando media hora más. Sin resultado... Huck dijo:

-¿Lo entierran siempre tan hondo?

-A veces, pero no siempre. Generalmente, no. Me parece que no hemos acertado el sitio.

Eligieron otro y empezaron de nuevo. Trabajaban con menos brío, pero la obra progresaba. Cavaron largo rato en silencio. Al fin Huck se apoyó en la pala, se secó el sudor de la frente con la manga y dijo:

-¿Dónde vas a cavar cuando hayamos sacado éste?

-Puede que la emprendamos con el árbol que está allá en el monte Cardiff, detrás de la casa de la viuda.

-Me parece que ése debe ser de los buenos. Pero, ¿no nos lo quitará la viuda, Tom? Está en su terreno.

-¡Quitárnoslo ella! ¡Que haga la prueba!... Estos tesoros escondidos son de quien los encuentra.

Como eso era tranquilizador, prosiguieron el trabajo. Pasado un rato, dijo Huck,

-¡Maldita sea! Debemos de estar otra vez en mal sitio.

-Es de lo más raro, Huck. No lo entiendo. Algunas veces andan brujas en esos asuntos. Puede que sea en eso en que consista que no hallemos nada por ahora.

-¡Bah! Las brujas no tienen poder cuando es de día.

-Sí, es verdad. No había pensado en ello. ¡Ah, ya sé dónde está la cosa! ¡Que idiotas somos! Hay que saber dónde cae la sombra de la rama a medianoche, ¡y allí es donde hay que cavar!

-¡Maldita sea! Hemos hecho todo este trabajo inútilmente. Pues ahora no tenemos más remedio que venir de noche, y esto está muy lejos. ¿Puedes salir?

Tenemos que hacerlo esta noche, porque si alguien ve estos hoyos enseguida sabrán lo que hay aquí y caerán sobre ellos.

-Bueno; yo iré a buscarte a tu casa y maullaré.

-Convenido. Vamos a esconder las herramientas.

A la hora convenida estaban allí. Se sentaron a esperar, en la oscuridad. Era un paraje solitario y una hora que la tradición había hecho solemne. Los espíritus cuchicheaban en las inquietas hojas, los fantasmas acechaban en los rincones lóbregos, el ronco aullido de un can se oía a lo lejos y una lechuza le contestaba con su graznido sepulcral. Ambos estaban intimidados por aquella solemnidad y hablaban poco. Cuando juzgaron que serían las doce, señalaron dónde caía la sombra trazada por la luna y empezaron a cavar. Las esperanzas crecían. Su interés era cada vez más intenso y su laboriosidad no le iba en zaga. El hoyo se hacía más y más profundo; pero cada vez que les daba el corazón un vuelco al sentir que el pico tropezaba en algo, sólo era para sufrir un nuevo desengaño: no era más que una piedra o una raíz.

-Es inútil -dijo Tom al fin-, Huck; nos hemos equivocado otra vez.

-Pues no podemos equivocarnos. Señalamos la sombra justo donde estaba.

-Ya lo sé, pero hay otra cosa.

-¿Cuál?

-Que nos hayamos equivocado en la hora. Puede ser que sea demasiado temprano o demasiado tarde.

Huck dejó caer la pala.

-¡Eso es! -dijo-. Ahí está el inconveniente. Tenemos que desistir de éste. Nunca podremos saber la hora justa y, además, es cosa que da miedo a esta hora de la noche con brujas y aparecidos rondando por ahí. Todo el tiempo me está pareciendo que tengo alguien detrás, y no me atrevo a volver la cabeza porque puede que haya otros delante aguardando la oportunidad. Tengo la carne de gallina desde que estoy aquí.

-También a mí me pasa lo mismo, Huck. Casi siempre meten dentro un difunto cuando entierran un tesoro debajo de un árbol, para que lo cuide.

-¡Mi Dios!

-Sí que lo hacen. Siempre lo oí decir.

-Tom, a mí no me gusta andar haciendo tonterías donde hay gente muerta. Aunque uno no quiera, se mete en enredos con ellos; tenlo por seguro.

-A mí tampoco me gusta hurgarlos. Figúrate que hubiera aquí uno y sacase la calavera y nos dijese algo.

-¡Cállate, Tom! Es terrible.

-Sí que lo es. Yo no estoy nada tranquilo.

-Oye, Tom, vamos a dejar esto y a probar en cualquier otro sitio.

-Mejor será.

-¿En cuál?

-En la casa encantada.

-¡Que la ahorquen! No me gustan las casas con duendes. Son cien veces peores que los difuntos. Los muertos puede ser que hablen, pero no se aparecen por detrás con un sudario cuando uno está descuidado, y de pronto sacan la cabeza por encima del hombro de uno, y rechinan los dientes como los fantasmas saben hacerlo. Yo no puedo aguantar eso, Tom; ni nadie podría.

-Sí, pero los fantasmas no andan por ahí más que de noche; no nos han de impedir que cavemos de día.

-Está bien. Pero tú sabes de sobra que la gente no se acerca a la casa encantada ni de noche ni de día.

-Eso es, más que nada, porque no les gusta ir donde han asesinado a alguien. Pero nunca se ha visto nada de noche por fuera de aquella casa; sólo alguna luz, que sale por la ventana: no fantasmas de los comunes.

-Bueno, pues, si tú ves una de esas luces azules que anda de aquí para allá, puedes apostar a que hay un fantasma justamente detrás de ella. Eso la razón misma lo dice. Porque tú sabes que nadie más que los fantasmas las usan.

-Claro que sí. Pero, de todos modos, no andan de día y, ¿por qué vamos a tener miedo?

-Pues la emprenderemos con la casa encantada si tú lo dices; pero me parece que corremos peligro.

Para entonces ya habían comenzado a bajar la cuesta. Allá abajo, en medio del valle, iluminado por la luna, estaba la casa encantada, completamente aislada, desaparecidas las cercas de mucho tiempo atrás, con las puertas casi obstruidas por la bravía vegetación; la chimenea en ruinas, hundida una punta del tejado. Los muchachos se quedaron mirándola, casi por el temor de ver pasar una luz azulada por detrás de la ventana. Después, hablando en voz baja, como convenía a la hora y a aquellos lugares, echaron a andar torciendo a la derecha para

dejar la casa a respetuosa distancia, y se dirigieron al pueblo, cortando a través de los bosques que embellecían el otro lado del monte Cardiff.

Capítulo 24

A mediodía, más o menos, del siguiente día, los dos amigos llegaron al árbol muerto; iban en busca de sus herramientas. Tom sentía gran impaciencia por ir a la casa encantada. Huck la sentía también, aunque en grado prudencial. De pronto dijo:

-Oye, Tom, ¿sabes qué día es hoy?

Tom repasó mentalmente los días de la semana y levantó de repente los ojos, alarmado:

-¡Demonios!... No se me había ocurrido pensar en eso.

-Tampoco a mí, pero me vino de golpe la idea de que era viernes.

-¡Qué fastidio! Todo cuidado es poco, Huck. Acaso hayamos escapado de una buena por habernos metido en esto en viernes.

-¡Acaso!... Seguro que sí. Puede ser que haya días de buena suerte, ¡pero lo que es los viernes! .

-Todo el mundo sabe eso. No creas que has sido tú El primero en descubrirlo.

-¿He dicho yo que era el primero? Y no es sólo que sea viernes. sino que, además, he tenido anoche un mal sueño; soñé con ratas.

-¡No! Señal de aprietos. ¿Reñían?

-no.

-Eso es bueno, Huck. Cuando no riñen es sólo señal de que anda rondando un aprieto. No hay más que andar listo y librarse de él. Vamos a dejar eso por hoy, y jugaremos. ¿Sabes jugar a Robin Hood?

-No; ¿quién es Robin Hood?

-Pues era uno de los más grandes hombres que hubo en Inglaterra... y el mejor. Era un bandido.

-¡Qué lindo! ¡Ojalá lo fuera yo! ¿A quién robaba?

-Únicamente a los "sheriffs" y obispos, y a los ricos y reyes y a gente así. Nunca se metía con los pobres. Los quería mucho. Siempre iba a partes iguales con ellos, hasta el último centavo.

-Bueno, pues debía de ser un hombre con toda la barba. -Ya lo creo. Era la persona más noble que ha habido nunca. Podía vencer a todos los hombres

de Inglaterra con una mano atada y con su arco atravesaba una moneda de diez centavos, sin fallar una vez, a milla y media de distancia. Y si daba a la moneda nada más que en el borde, se tiraba al suelo y lloraba, echando maldiciones. Jugaremos a Robin Hood; es muy divertido. Yo te enseñaré.

Jugaron, pues, a Robin Hood, toda la tarde, echando de cuando en cuando una ansiosa mirada a la casa de los duendes y hablando de los proyectos para el día siguiente y de lo que allí pudiera ocurrirles. Al ponerse el sol, emprendieron el regreso por entre las largas sombras de los árboles y pronto desaparecieron bajo las frondosidades del monte.

El sábado, poco después del mediodía, estaban otra vez junto al árbol seco. Fumaron una pipa, charlando a la sombra, y después cavaron un poco en el último hoyo, con no grandes esperanzas y tan sólo porque Tom dijo que había muchos casos en que algunos habían desistido de hallar un tesoro cuando ya estaban a dos dedos de y después otro había pasado por allí y lo había sacado con un solo golpe de pala. La cosa falló esta vez, sin embargo; así es que los muchachos se echaron al hombro las herramientas y se fueron con la convicción de que no habían bromeado con la suerte, sino que habían

llenado todos los requisitos y ordenanzas pertinentes al oficio de cazadores de tesoros.

Cuando llegaron a la casa encantada, había algo tan fatídico y medroso en el silencio de muerte que allí reinaba bajo el sol abrasador, y algo tan desalentador en la soledad y desolación de aquel lugar, que, por un instante, tuvieron miedo de entrar. Después se deslizaron hasta la puerta y atisbaron, temblando, el interior. Vieron una habitación en cuyo piso, sin pavimento, crecía la hierba y con los muros sin revoque: una chimenea destrozada, las ventanas sin cierres y una escalera ruinoso; y por todas partes telas de araña colgantes y desgarradas. Entraron de puntillas, latiéndoles el corazón, hablando en voz baja, alerta el oído para oír el más leve ruido y con los músculos tensos y preparados para la huida.

A poco, la familiaridad con el lugar aminoró sus temores y pudieron examinar minuciosamente el lugar en que estaban, sorprendidos y admirados de su propia audacia. En seguida quisieron echar una mirada al piso de arriba. Subir era cortarse la retirada, pero se azuzaron el uno al otro y eso no podía tener más que un resultado: tiraron las herramientas en un rincón y subieron. Allí había las mismas señales de abandono y ruina. En un rincón encontra-

ron un camarachón que prometía misterio; pero la promesa fue un fraude; nada había allí. Estaban ya rehechos y envalentonados. Se disponían a bajar y ponerse al trabajo cuando...

-Estate quieto, Huck. No te muevas. Vienen derechos hacia la puerta.

.Se tendieron en el suelo, con los ojos pegados a los resquicios de las tarimas, y esperaron en una agonía de espanto.

Dos hombres entraron Cada uno de los chicos se dijo:

-Ahí está el viejo español sordomudo, que ha andado una o dos veces por el pueblo estos días; al otro no le he visto nunca.

El "otro" era un ser haraposo y sucio y no de muy atrayente fisonomía. El español tenía unas barbas blancas y aborascadas, largas mechas, blancas también, que le salían por debajo del ancho sombrero, y llevaba anteojos verdes. Cuando entraron, el "otro" iba hablando en voz baja. Se sentaron en el suelo, de cara a la puerta y de espaldas al muro, y el que llevaba la palabra continuó hablando. Poco a poco sus ademanes se hicieron menos cautelosos y más claras sus palabras.

-No -dijo-. Lo he pensado bien y no me gusta. Es peligroso.

-Peligroso! -refunfuñó el español "sordomudo", con gran sorpresa de los muchachos. ¡Gallina!

Su voz dejó a aquéllos atónitos y estremecidos. ¡Era Joe el Indio! Hubo un largo silencio; después dijo Joe:

-Bueno, ¿y qué cosa más de peligro que venir aquí de día? Cualquiera que nos viese sospecharía.

-Ya lo sé. Pero no había ningún otro sitio tan a mano después de aquel golpe idiota. Yo quiero irme de esta conejera. Quise irme ayer, pero de nada servía tratar de asomar afuera la oreja con aquellos condenados chicos jugando allá, en lo alto, frente por frente.

Los "condenados chicos" se estremecieron de nuevo al oír esto, y pensaron en la suerte que habían tenido el día anterior en acordarse de que era viernes y dejar la empresa para el siguiente. ¡Cómo se lamentaban de no haberlo dejado para otro año!...

Los dos hombres sacaron algo de comer y almorzaron. Después de una larga y silenciosa meditación, dijo Joe:

-Oyeme, muchacho: tú te vuelves río arriba a tu tierra. Esperas allí hasta que oigas de mí. Yo voy a

arriesgarme a caer por el pueblo nada más que otra vez, para echar una mirada por allí. Daremos el golpe "peligroso" después que yo haya atisbado un poco y vea que las cosas se presentan bien. Después, ¡a Texas!... Haremos el camino juntos.

Aquello parecía aceptable. Después los dos empezaron a bostezar, y Joe dijo:

-Estoy muerto de sueño. A ti te toca vigilar.

Su compañero le urgió para que guardase silencio. Después, el centinela comenzó a dar cabezadas, bajando la cabeza cada vez más, y al poco rato los dos roncaban a la par.

Los muchachos respiraron satisfechos.

-¡Ahora es la nuestra! -murmuró Tom-. ¡Vámonos!

.-No puedo -respondió Huck-; me caería muerto si despertasen.

Tom insistía. Huck no se determinaba. Al fin Tom se levantó lentamente y con gran cuidado, y echó a andar solo. Pero al primer paso hizo dar tal crujido al desvencijado pavimento, que volvió a tenderse en el suelo, anonadado de espanto. No osó repetir el intento. Allí se quedaron contando los interminables momentos, hasta parecerles que el tiempo ya no corría y que la eternidad iba enveje-

ciendo; después notaron, con placer, que, al fin, se ponía el sol.

En aquel momento cesó uno de los ronquidos. Joe, el Indio se sentó, miró alrededor y dirigió una aviesa sonrisa a su camarada, el cual tenía colgando la cabeza entre las rodillas. Le empujó con el pie, diciéndole:

-¡Vamos! ¡Vaya un vigilante que estás hecho! Pero no importa; nada ha ocurrido.

-¡Diablos! ¿Me he dormido?

-Sí, algo. Pero ya es tiempo de ponerse en marcha compadre. ¿Qué hacemos con el poco dinero que queda?

-No sé qué decirte; me parece que dejarlo aquí como siempre hemos hecho. De nada sirve que nos lo llevemos hasta que salgamos hacia el sur. Seiscientos cincuenta dólares en plata pesan un poco para llevarlos encima.

-Sí, pero mira: puede pasar mucho tiempo antes de que se presente una buena ocasión para ese golpe; pueden ocurrir accidentes, porque el sitio no es muy bueno. Vamos a enterrarlo de verdad y a enterrarlo hondo.

-¡Buena idea! -dijo el compinche, y atravesando la habitación se puso de rodillas, levantó una de las

losas del fogón y sacó un talego del que salía un grato tintineo. Extrajo de él veinte o treinta dólares para él y otros tantos para Joe, y entregó el talego a éste, que estaba arrodillado en un rincón, haciendo un agujero en el suelo con su cuchillo.

En un instante olvidaron los muchachos todos sus terrores y angustias. Con ávidos ojos seguían hasta los menores movimientos. ¡Qué suerte! ¡No era posible imaginar aquello! Seiscientos dólares era dinero sobrado para hacer ricos a media docena de chicos. Aquello era la caza de tesoros bajo los mejores auspicios; ya no habría más enojosas incertidumbres sobre dónde había que cavar. Se hacían guiños e indicaciones con la cabeza, elocuentes signos, fáciles de interpretar, porque no significaban más que esto: "Dime, ¿no estás contento de estar aquí?"

El cuchillo de Joe tropezó con algo.

-¿Qué es eso? -preguntó su compañero.

-Una tabla medio podrida... No; es una caja. Echa una mano y veremos para qué está aquí. No hace falta; le he hecho un boquete.

Metió por él la mano y la sacó enseguida.

-¡Demonios! ¡Es dinero!

Ambos examinaron el puñado de monedas. Eran de oro. Tan sobreexcitados como ellos estaban los dos muchachos, y no menos contentos. El compañero de Joe dijo:

-Esto lo arreglamos a escape. Ahí hay un pico viejo entre la broza, en el rincón. al otro lado de la chimenea. Acabo de verlo.

Fue corriendo y volvió con el pico y la pala de los muchachos. Joe el Indio tomó el pico, lo examinó minuciosamente, sacudió la cabeza, murmuró algo entre dientes y comenzó a usarlo.

En un momento desenterró la caja. No era muy grande. Estaba reforzada con herrajes, y había sido muy recia antes de que el lento pasar de los años la averiase. Los dos hombres contemplaron absortos el tesoro en beatífico silencio.

-Compadre, aquí hay miles de dólares -dijo Joe.

-Siempre se dijo que los de la cuadrilla de Murrel anduvieron por aquí un verano -observó el desconocido.

Ya lo sé -dijo Joe-; y esto tiene trazas de ser cosa de ellos.

-Ahora ya no necesitarás dar el golpe.

El mestizo frunció el ceño.

-Tú no me conoces -dijo-. Por lo menos no sabes nada del caso. No se trata sólo de un robo; es una venganza -y un maligno fulgor brilló en sus ojos-. Necesitaré que tú me ayudes. Cuando esté hecho... entonces a Texas. Vete a tu casa con tu parienta Y tus chicos, y estate preparado para cuando yo diga.

-Bueno, si tú lo dices. ¿Qué haremos con esto? ¿Volverlo a enterrar?

-Sí. -Gran júbilo en el piso de arriba-. No. ¡De ningún modo! ¡No!... -Profundo desencanto en lo alto-. Ya no me acordaba. Este pico tiene pegada tierra fresca. -Terror en los muchachos-. ¿Qué hacían aquí esta pala y ese pico? ¿Quién los trajo aquí... y dónde se ha ido el que los trajo? ¡Quiá!... ¿Enterrarlo aquí y que vuelvan y vean el piso removido? No, lo llevaremos a mi escondite.

¡Claro que sí! Podíamos haberlo pensado antes. ¿Piensas que al número uno?

-No, al número dos, debajo de la cruz. El otro sitio no es bueno...demasiado conocido.

-Muy bien. Ya está casi lo bastante oscuro para irnos.

Joe el Indio fue de ventana en ventana atisbando cautelosamente. Después dijo:

-¿Quién podrá haber traído aquí estas herramientas? ¿Te parece que puedan estar arriba?

Los muchachos se quedaron en silencio. Joe el Indio puso la mano sobre el cuchillo, se detuvo un momento, indeciso, y después dio media vuelta y se dirigió a la escalera. Los chicos se acordaron del camarachón, pero estaban sin fuerzas, desfallecidos. Los pasos crujientes se acercaban por la escalera... La insufrible angustia de la situación despertó sus muertas energías, y estaban ya a punto de lanzarse hacia el cuartucho, cuando se oyó un chasquido y el derrumbamiento de maderas podridas, y Joe el Indio se desplomó entre las ruinas de la escalera. Se incorporo echando juramentos, y su compañero le dijo:

-¿De qué sirve todo esto? Si hay alguien y está allá arriba, que siga ahí, ¿qué nos importa? Si quiere bajar y buscar camorra, ¿quién se lo impide? Dentro de quince minutos es de noche... y que nos sigan si les apetece; no hay inconveniente. Pienso yo que quienquiera que trajo estas cosas aquí, nos echó la vista y nos tomó por trasgos o demonios, o algo por el estilo. Apuesto a que aún no ha acabado de correr.

Joe refunfuñó un rato, después convino con su amigo en que lo poco que todavía quedaba de claridad debía aprovecharse en preparar las cosas para la marcha. Poco después se deslizaron fuera de la casa, en la oscuridad, cada vez más densa, del crepúsculo, y se encaminaron hacia el río con su preciosa caja.

Tom y Huck se levantaron desfallecidos, pero grandemente tranquilizados, y los siguieron con la vista a través de los resquicios de entre los troncos que formaban el muro. ¿Seguirlos? No estaban para ello. Se contentaron con descender otra vez a tierra firme, sin romperse ningún hueso, y tomaron la senda que llevaba al pueblo por encima del monte. Hablaron poco; estaban harto ocupados en aborrecerse a sí mismos, en maldecir la mala suerte que les había hecho llevar allí el pico y la pala. A no ser por eso, jamás hubiera sospechado Joe. Allí habría escondido el oro y la plata hasta que, satisfecha su "venganza", volviera a recogerlos, y entonces hubiera sufrido el desencanto de encontrarse con que el dinero había volado. ¡Qué mala suerte haber dejado allí las herramientas! Resolvieron estar en acecho para cuando el falso español volviera al pueblo buscando la ocasión para realizar sus propósitos de venganza, y seguirle hasta el "número dos", fuera lo

que fuera. Después se le ocurrió a Tom una siniestra idea.

-¿Venganza? -dijo-. ¿Y si fuera de nosotros, Huck?

-¡No digas eso! --exclamó Huck, casi desmayado.

Discutieron el asunto, y para cuando llegaron al pueblo, se habían puesto de acuerdo en creer que Joe pudiera referirse a algún otro, o al menos que sólo se refería a Tom, puesto que él era el único que había declarado en su contra. Menguada satisfacción era para Tom verse solo en el peligro! Estar en compañía hubiera sido un consuelo, pensó.

Capítulo 25

El sueño de esa noche fue intranquilo para Tom, pues la aventura corrida durante el día lo obsesionó. En cuatro oportunidades tuvo en las manos el rico tesoro, y cuatro veces se evaporó entre sus dedos al abandonarle el sueño y despertar a la realidad de su desgracia. Cuando, bien despierto ya, en las primeras horas de la madrugada, recordaba los incidentes del importante suceso, parecíanle extrañamente amortiguados y lejanos, como si hubieran ocurrido en otro mundo o en un pasado remoto. Pensó entonces que acaso la gran aventura no hubiera sido más que un sueño. Había un decisivo argumento en favor de esa idea, y era que la cantidad de dinero que había visto era demasiado cuantiosa para tener existencia real. Jamas habían

visto sus ojos cincuenta dólares juntos, y como todos los chicos de su edad y de su condición, se imaginaba que todas las alusiones a "cientos" y a "miles" no eran sino fantásticos modos de expresión y que no existían tales sumas en el mundo. Nunca había sospechado, ni por un instante, que una cantidad tan considerable como cien dólares pudiera hallarse en dinero contante en posesión de nadie. Si se hubiera analizado sus ideas sobre tesoros escondidos, se habría visto que consistían en un puñado de monedas reales y una fanega de otras, vagas, maravillosas, impalpables.

Pero los incidentes de su aventura fueron apareciendo con mayor relieve y más relucientes y claros a fuerza de pensar en ellos; y así se fue inclinando a la idea de que quizá aquello no fuera un sueño, después de todo. Había que acabar con aquella incertidumbre. Tomaría un bocado y se iría en busca de Huck, al cual halló sentado en la borda de una chalana, abstraído, chapoteando los pies en el agua, sumido en una intensa melancolía. Tom decidió dejar que Huck llevase la conversación hacia el tema. Si así lo hacía, señal era de que todo no había sido más que un sueño.

-¡Hola, Huck!

-¡Hola, Tom!

Un minuto de silencio.

-Tom, si no hubiéramos dejado las condenadas herramientas en el árbol seco, habríamos tomado ese dinero. ¡Maldito sea!

-¡Pues entonces no fue un sueño! ¡No fue un sueño!

-Casi casi quisiera creer que lo fue. ¡Que no, no, lo

digo de veras!

-¿,Qué es lo que no es un sueño?

-Lo de ayer,

-¡Sueño! ¡Si no se llega a romper la escalera, ya hubieras visto si era sueño! Hartas pesadillas he tenido toda la noche con aquel maldito español del parche, corriendo detrás de mí... ¡Así lo ahorquen!

-No, ahorcarlo no..., ¡encontrarlo! ¡Descubrir el dinero!

-Tom-, no hemos de dar con él. Una ocasión como ésa, de dar con un tesoro, sólo se le presenta a uno una vez, y ésa la hemos perdido. ¡El temblor que me iba a entrar si volviera a ver a ese hombre!

-A mí lo mismo; pero, con todo, quisiera verlo y seguir tras él para dar con su "número dos".

-Número dos, eso es. He estado y pensando en ello; pero no caigo en lo que pueda ser... ¿Qué crees tú que será?

-No lo sé... Es cosa demasiado oculta. Dime, Huck, ¿será el número de una casa?

-¡Eso es!... No, Tom, no es eso. Si lo fuera no sería en este pueblo. Aquí no tienen número las casas.

-Es verdad. Déjame, pensar un poco. Ya está: es el número de un cuarto...- en una posada. ¿Qué te parece?

-¡Ahí está el clavo! Sólo hay dos posadas aquí. Vamos a averiguar enseguida.

-Quédate aquí Huck, hasta que yo vuelva.

Tom se alejó. No le gustaba que lo vieran en compañía de Huck en sitios públicos. Tardó media hora en volver. Había averiguado que en la mejor posada el número dos estaba ocupado por un abogado joven. En la más modesta, el número dos era un misterio. El hijo del posadero dijo que aquel cuarto estaba siempre cerrado y nunca había visto entrar ni salir a nadie, a no ser de noche. No sabía la razón de su clausura. Le había picado a veces la curiosidad, pero flojamente; había sacado el mejor partido del misterio, solazándose con la idea de que

el cuarto estaba "encantado"; había visto luz en él la noche antes.

-Eso es lo que he descubierto, Huck: Me parece que éste es el propio número dos tras el que andamos.

-Me parece que sí... Y ahora, ¿qué vas a hacer?

-Déjame pensar.

Tom meditó largo rato. Después dijo:

-Voy a decírtelo. La puerta trasera de ese número dos es la que da a aquel callejón sin salida, que hay en la posada, y aquel nidal de ratas del almacén de ladrillos. Pues, ahora vas a reunir todas las llaves de puertas a que puedas echar mano y yo tomaré todas las de mi tía, y en la primera noche oscura vamos allí y las probaremos. Y cuidado con que dejes de estar en acecho de Joe el Indio, puesto que dijo que había de volver otra vez aquí para buscar una ocasión para su venganza. Si lo ves, lo sigues; y si no va al número dos, es que éste no es el sitio.

-¡Cristo, no me gusta eso de seguirlo, yo solo!

-Será de noche, seguramente, Puede ser que ni siquiera te vea, y si te ve, no se le ocurrirá pensar nada.

-Puede ser que si está muy oscuro me atreva a seguirle.

No lo sé, no lo sé... Trataré de hacerlo.

-A mí no me importaría seguirlo de noche, Huck. Mira que acaso descubra que no puede vengarse y se vaya derecho a apoderarse del dinero.

-Tienes razón; así es... Lo seguiré... ¡lo he de seguir aunque se hunda el mundo!

-Eso es hablar. No te ablandes, Huck, que tampoco he de aflojar yo.

Tom y Huck, esa noche, se prepararon para llevar a cabo la empresa. Rondaron por las cercanías de la posada hasta después de las nueve, vigilando uno el callejón de atrás y el otro la puerta de la posada. Nadie penetró en el callejón ni salió por allí; nadie que se pareciese al español traspasó la puerta. La noche parecía serena; así es que como se fue a su casa después de convenir que si llegaba a ponerse muy oscuro, Huck iría a buscarlo y maullaría, y entonces él se escaparía para probar las llaves. Pero la noche continuó clara y Huck abandonó la guardia y se fue a acostar dentro de un barril de azúcar vacío, a eso de las doce.

No tuvieron el martes mejor suerte, y el miércoles tampoco. Pero la noche del jueves se mostró más propicia. Tom. se evadió en el momento oportuno.

tuno con una maltrecha linterna de hojalata, de su tía, y una toalla para envolverla.

Ocultó la linterna en el barril de azúcar de Huck y montaron la guardia. Una hora antes de medianoche, se cerró la taberna, y sus luces -únicas que por allí se veían- se extinguieron. No se había visto al español; nadie había pasado por el callejón. Todo se presentaba propicio. La oscuridad era profunda; la perfecta quietud sólo se interrumpía, de tarde en tarde, por el rumor de truenos lejanos.

Tom sacó la linterna, la encendió dentro del barril, en volviéndola cuidadosamente en la toalla, y los dos aventureros fueron avanzando en las tinieblas hacia la posada. Huck se quedó de centinela y Tom entró a tientas en el callejón. Después hubo un intervalo de ansiosa espera, que pesó sobre el espíritu de Huck como una montaña. Empezó a anhelar que se viese algún destello de la linterna de Tom; eso le alarmaría, pero al menos sería señal de que aún vivía su amigo.

Le pareció que ya habían transcurrido horas enteras desde que Tom había desaparecido. Seguramente le había dado un ataque; podía ser que estuviese muerto; quizás se le había paralizado el corazón de puro terror y sobresalto. Arrastrado por

su ansiedad, Huck se iba acercando más y más al callejón, temiendo toda clase de espantables sucesos y esperando a cada segundo el estallido de alguna catástrofe que lo dejase sin aliento. No parecía que la pudiera quitar mucho, porque respiraba apenas, y el corazón le latía como si fuera a rompérsele. De pronto hubo un destello de luz y Tom pasó ante él como una exhalación.

-¡Corre! -le dijo-. ¡Sálvate! ¡Corre!

No hubiera necesitado que se lo repitiera: la primera advertencia fue más que suficiente. Huck estaba haciendo treinta o cuarenta millas por hora cuando se oyó la segunda. Ninguno de los dos se detuvo hasta que llegaron bajo el cobertizo de un matadero abandonado, en las afueras del pueblo. A tiempo que llegaban estalló la tormenta y empezó a llover a cántaros. Tan pronto como Tom recobró el resúello, dijo:

-¡Huck, ha sido espantoso! Probé dos llaves con toda la suavidad que pude; pero hacían tal ruido, que casi no podía tenerme de pie de puro miedo. Además, no giraban en la cerradura. Bueno, pues, sin saber lo que hacía, agarré el tirador de la puerta Y. ¡se abrió! No estaba cerrada. Entré en puntillas y tiré la toalla, y... ¡Dios de mi vida!

-¡Qué! ¿Qué es lo que viste, Tom?

-Huck, ¡casi le piso una mano a Joe el Indio!

-¡No!...

-¡Sí! Estaba dormido como un leño, tirado en el suelo, con el parche en el ojo y los brazos abiertos.

-¿Y qué hiciste? ¿Se despertó?

-No, no se despertó; borracho, me figuro. No hice más que recoger la toalla y salir disparando.

-Nunca hubiera yo reparado en la toalla.

-Yo sí. ¡Habría que haber visto a mi tía si llego a perdersela!

-Dime, Tom, ¿viste la caja?

-No me paré a mirar. No vi la caja ni la cruz. No vi más que una botella y un vaso de estaño en el suelo al lado de Joe. Sí, y vi dos barricas y la mar de botellas en el cuarto. ¿No comprendes ahora qué es lo que le pasa a aquel cuarto?

-¿Qué?

-Pues que está "encantado" de whisky. Puede ser que en todas las "Posadas de Templanza*" tengan un cuarto encantado, ¿eh?

* Establecimiento donde no se consumen bebidas alcohólicas.

-Puede que así sea. ¡Quién iba a pensarlo! Pero oye, Tom, ahora es la mejor ocasión para hacernos con la caja, si Joe el Indio está borracho.

-¿De veras?... ¡Pues haz la prueba!

Huck se estremeció.

-No, me parece que no.

-Y a mi también me parece que no. Una sola botella junto a Joe no es suficiente. Si hubiera habido tres, estaría tan borracho que yo me atrevería a intentarlo.

Meditaron largo rato, y al fin dijo Tom:

-Mira, Huck, más vale que no intentemos más eso hasta que sepamos que Joe no está allí. Es cosa demasiado peligrosa. Pero si vigilamos todas las noches, estamos seguros de verlo salir alguna vez, y entonces nos apoderaremos de la caja en un santiamén.

-Conforme. Yo vigilaré todas las noches, sin dejar ninguna, si tú haces la otra parte del trabajo.

-Muy bien, lo haré. Todo lo que tienes que hacer es ir corriendo a mi casa y maullar, y si estoy durmiendo, tiras una piedra a la ventana, y ya me tienes dispuesto.

-Ahora, Huck, ya ha pasado la tormenta, y -me voy a casa. Dentro de un par de horas empezará a

ser de día. Tú te vuelves y vigilas todo ese rato, ¿quieres?

-He dicho que lo haría y lo haré. Voy a rondar esa posada todas las noches, aunque sea un año. Dormiré de día y haré la guardia por la noche.

-Eso es. ¿Y dónde vas a dormir?

-En el pajar de Ben Rogers. Ya sé que él me deja y también el negro de su padre, el tío Jake. Acarreo agua para el tío Jake cuando la necesita, y siempre que yo se lo pido me da alguna cosa de comer, si puede pasar sin ella. Es un negro muy bueno, Tom. El me quiere porque yo nunca me doy importancia con él. Algunas veces me ha sentado con él a comer. Pero no lo digas por ahí. Uno tiene que hacer cosas cuando le aprieta mucho el hambre que no quisiera hacer de ordinario.

-Bueno; si no te necesito durante el día, Huck, te dejaré que duermas. No quiero molestarte. A cualquier hora que descubras tú algo de noche, corres a mi casa y maúllas.

Capítulo 26

A la mañana siguiente, Tom tuvo una alegre noticia: la familia del juez Thatcher había regresado al pueblo la noche antes. Tanto Joe el Indio como el tesoro pasaron enseguida a segundo término, y Becky ocupó el lugar preferente en la atención del muchacho. La vio y gozaron hasta hartarse jugando al escondite y a las cuatro esquinas con una bandada de condiscípulos. La felicidad del día tuvo digno remate y corona. Becky había importunado a su madre para que celebrase al siguiente día la merienda campestre, de tanto tiempo atrás prometida y siempre aplazada, y la mamá accedió. El gozo de la niña no tuvo límites, y el de Tom no fue menor. Las invitaciones se hicieron al caer la tarde e instantáneamente cuando una fiebre de preparativos y de

anticipado júbilo entre la gente menuda. La nerviosidad de Tom le hizo permanecer despierto hasta muy tarde, y estaba muy esperanzado de oír el "miau!" de Huck y de poder asombrar con su tesoro al siguiente día a Becky y demás comensales de la merienda; pero se frustró su esperanza. No hubo señal aquella noche.

Llegó al fin la mañana, y para las diez u once una alborotada y ruidosa compañía se hallaba reunida en casa del juez, y todo estaba listo para emprender la marcha. No era costumbre que las personas mayores aguasen estas fiestas con su presencia. Se consideraba a los niños seguros bajo las alas protectoras de unas cuantas señoritas de dieciocho y unos cuantos caballeres de veintitrés o cosa así. La vieja barcaza de vapor que servía para cruzar el río había sido alquilada para la fiesta, y a poco la alegre comitiva, cargada de cestas con provisiones llenó la calle principal. Sid estaba enfermo y se quedó sin fiesta; Mary se quedó en casa para hacerle compañía. La última advertencia que la señora Thatcher hizo a Becky fue:

-No volveréis hasta muy tarde, de modo que será mejor que te quedes a pasar la noche con alguna de las niñas que viven cerca del embarcadero.

-Entonces me quedaré con Susy Harper, mamá.

-Muy bien. Ten cuidado, sé buena y no des trabajo.

Poco después, ya en marcha, dijo Tom a Becky:

-Oye, voy a decirte lo que hemos de hacer. En vez de ir a casa de Joe Harper, subimos al monte y vamos a casa de la viuda de Douglas. Tendrá helados. Los toma casi todos los días..., carretadas de ellos..., Y se ha de alegrar de que vayamos.

-¡Qué divertido será!

Después Becky reflexionó un momento y añadió:

-Pero, ¿qué va a decir mamá?

-¿Cómo va a saberlo?

La niña rumió un rato la idea y dijo vacilante:

-Me parece que no está bien..., pero...

-Pero..., ¡nada! Tu madre no lo ha de saber, y así, ¿dónde está el mal? Lo que ella quiere es que estés en lugar seguro, y apuesto a que te hubiera dicho que fueses allí si se le llega a ocurrir.

La generosa hospitalidad de la viuda era un cebo tentador. Y ello y las razones persuasivas de Tom ganaron la batalla. Se decidió, pues, no decir nada a nadie en cuanto al programa nocturno.

Después se le ocurrió a Tom que quizá Huck pudiera ir aquella noche y hacer la señal. Esta idea le quitó gran parte del entusiasmo por su proyecto. Pero, con todo, no se venía a renunciar a los placeres de la mansión de la viuda. ¿Y por qué había de renunciar? -pensaba-. Si aquella noche no había habido señal, ¿era más probable que la hubiera la noche siguiente? El placer cierto que le aguardaba le atrajo más que el incierto tesoro; y, como niño que era, decidió dejarse llevar por su inclinación y no volver a pensar en el cajón de dinero en todo el resto del día.

Tres millas más abajo de la población, la barcaza atracó a la entrada de una frondosa ensenada y echó amarras. La multitud saltó a tierra, y en un momento las lejanías del bosque y los altos peñascales resonaron por todas partes con gritos y risas. Todos los diversos procedimientos de llegar a la sofocación y al cansancio se pusieron en práctica, y después los expedicionarios fueron regresando poco a poco al punto de reunión, armados de fieros apetitos, y comenzó la destrucción y aniquilamiento de las sabrosas viandas. Después del banquete hubo un rato de charla y refrescante descanso bajo los corpulentos robles. Al fin, alguien gritó:

-¿Quién quiere ir a la cueva?

Todos estaban dispuestos. Se buscaron paquetes de bujías y enseguida todo el mundo se puso en marcha monte arriba. La boca de la cueva estaba en la ladera, y era una abertura en forma de A. La recia puerta de roble estaba abierta. Dentro había una pequeña cavidad, fría como una cámara frigorífica, construida por la naturaleza con sólidos muros de roca caliza que rezumaban humedad, como un sudor frío. Era romántico y misterioso estar allí en la profundidad sombría y ver allá afuera el verde valle resplandeciente de sol. Pero lo impresionante de la situación se disipó pronto y el alboroto se reanudó en seguida. En el momento en que cualquiera encendía una vela, todos se lanzaban sobre él, y se tramaba una viva escaramuza de ataque y defensa, hasta que la bujía rodaba por el suelo o quedaba apagada de un soplo, entre grandes risas y nuevas repeticiones de la escena.

Pero todo acaba, y al fin la procesión empezó a subir la abrupta cuesta de la galería principal, y la vacilante hilera de luces permitía entrever los ingentes muros de roca casi hasta el punto en que se juntaban, a sesenta pies de altura. Esta galería principal no tenía más de ocho o diez pies de ancho. A

cada pocos pasos, otras altas resquebrajaduras, aún más angostas, se abrían por ambos lados, pues la cueva de Mac Dougall no era sino un vasto laberinto de retorcidas galerías que se separaban unas de otras. se volvían a encontrar y no conducían a parte alguna. Se decía que podía uno vagar días y noches por la intrincada red de grietas y fisuras sin llegar nunca al término de la cueva, y que se podía bajar y bajar a las profundidades de la tierra, y por todas partes era lo mismo: un laberinto debajo del otro y todos ellos sin fin ni término. Nadie "se sabía" la caverna. Era cosa imposible. La mayor parte de los muchachos conocía un tramo, y no acostumbraban a aventurarse mucho más allá. Tom Sawyer sabía tanto como cualquier otro.

La comitiva avanzó por la galería principal como tres cuartos de milla, y después grupos y parejas fueron metiéndose por las cavernas laterales, correteando por las tétricas galerías para sorprenderse unos a otros en las encrucijadas donde aquéllas se unían. Unos grupos podían eludir la persecución de los otros durante más de media hora, sin salir del terreno conocido.

Poco a poco, un grupo tras otro, fueron llegando a la boca de la cueva, sin aliento, cansados de

reír, manchados de barro y encantados de lo que se habían divertido. Se quedaron todos sorprendidos de no haberse dado cuenta del tiempo transcurrido y de que la noche los estaba llamando; pero aquel final de las aventuras del día les parecía también novelesco y romántico, y, por consiguiente, satisfactorio. Cuando el vapor, con su jovial y ruidoso cargamento, avanzó en la corriente; a nadie importaba un ardite el tiempo perdido, a no ser el capitán de la embarcación.

Huck estaba ya en acecho cuando las luces del vapor se deslizaron, relampagueantes, frente al muelle. No oyó ruido alguno a bordo porque la gente joven estaba muy formal y apaciguada, como ocurre siempre a quien está medio muerto de cansancio. Se preguntaba qué barco sería aquél y por qué no atracaba al muelle, y con esto no volvió a acordarse más de él y puso toda su atención en sus asuntos. La noche se estaba poniendo tormentosa y oscura. Dieron las diez y cesó el ruido de vehículos: luces dispersas empezaron a hacer guiños en la oscuridad; los transeúntes rezagados desaparecieron, la población se entregó al sueño y dejó al pequeño vigilante a solas con el silencio y los fantasmas. Sonaron las once y se apagaron las luces de las taber-

nas, y entonces la oscuridad lo invadió todo. Huck esperó un largo rato, que le pareció interminable y tedioso, pero no ocurrió nada. Su fe se debilitaba. ¿Serviría de algo? ¿Sería realmente de utilidad? ¿Por qué no desistir e irse a acostar?

Oyó un ruido. En un instante fue todo atención. La puerta de la calleja se abrió suavemente. Se puso de un salto en el rincón del almacén de ladrillos. Un momento después dos hombres pasaron ante él, rozándole, y uno de ellos parecía llevar algo bajo el brazo. ¡Debía de ser aquella caja! Así, pues, se llevaban el tesoro. ¿Por qué llamar entonces a Tom? Sería insensato; los dos hombres desaparecerían con la caja para no volverlos a ver jamás. No; se iba a pegar a sus talones y seguirlos; confiaba en la oscuridad para no ser descubierto. Así, arguyendo consigo mismo, Huck salió de su escondrijo y se deslizó tras ellos como un gato, con los pies desnudos, dejándoles la delantera precisa para no perderlos de vista.

Los dos hombres siguieron un trecho subiendo por la calle frontera al río y torcieron a la izquierda por una calleja transversal. Avanzaron por allí en línea recta, hasta llegar a la senda que conducía al monte Cardiff, y tomaron por ella. Pasaron por la

antigua casa del galés, a mitad de la subida al monte, y sin vacilar, siguieron cuesta arriba. "Bien está -pensó Huck-, van a enterrarla en la cantera abandonada". Continuaron hasta la cumbre; se metieron por el estrecho sendero entre los matorrales, y al punto se desvanecieron en las sombras. Huck se apresuró y acortó la distancia, pues ahora ya no podrían verle. Trotó durante un rato; después moderó el paso, temiendo que se iba acercando demasiado; siguió andando un trecho y se detuvo. Escuchó; no se oía ruido alguno, y sólo creía oír los latidos de su propio corazón. El graznido de una lechuza llegó hasta él desde el otro lado de la colina... ¡Mal agüero!... pero no se oían pasos. ¡Cielos! ¿Estaría todo perdido? Estaba a punto de lanzarse a correr cuando oyó un carraspeo a dos pasos de él. El corazón se le subió a la garganta, pero se lo volvió a tragar, y se quedó allí tiritando como si media docena de intermitentes le hubieran atacado a un tiempo, y tan débil, que creyó que se iba a desplomar en el suelo. Conocía bien el sitio: sabía que estaba a cinco pasos del portillo que conducía a la finca de la viuda de Douglas. Muy bien -pensó-, que lo entierren aquí; no ha de ser difícil encontrarlo".

Una voz le interrumpió, apenas audible: la de Joe el Indio:

-¡Maldita mujer! Quizá tenga visitas... Hay luz, a pesar de ser tan tarde.

-Yo no las veo.

Esta segunda voz era la del desconocido, el forastero de la casa de los duendes. Un escalofrío corrió por todo El cuerpo de Huck. ¡Esa era, pues, la empresa de venganza! Su primera idea fue huir; después se acordó de que la viuda había sido buena para él más de una vez, y acaso aquellos hombres iban a matarla. ¡Si se atreviera a prevenirla! Pero bien sabía que no había de atreverse; podían ellos llegar en ese momento y atraparlo. Todo ello y mucho más pasó por su pensamiento en el instante que medió entre las palabras del forastero y la respuesta de Joe el Indio:

-Porque tienes las matas delante. Ven por aquí y lo verás. ¿Ves?...

-Sí. Parece que hay gente con ella. Más vale dejarlo.

-¡Dejarlo, y precisamente cuando me voy para siempre de esta tierra! ¡Dejarlo, y acaso no se presente nunca otra ocasión! Ya te he dicho, y lo repito, -que no me importa su bolsa: puedes quedarte con

ella. Pero me trató mal su marido, me trató mal muchas veces y, sobre todo, él fue el juez de paz que me condenó por vagabundo. Y no es eso todo; no es ni siquiera la milésima parte. Me hizo azotar, ¡azotar delante de la cárcel como a un negro, con todo el pueblo mirándome! ¡Azotado!.. -¿entiendes? Se fue sin pagármelo, porque se murió. Pero me cobraré en ella.

-No, no la mates. No hagas eso.

-¡Matar! ¿Quién habla de matar? Lo mataría a él si le tuviera a mano: pero no a ella. Cuando quiere uno vengarse de una mujer no se la mata, bah! Se le estropea la cara. ¡No hay más que desgárrale las narices y cortarle las orejas como a una ternera!

-¡Por Dios! ¡Eso es...

-Guárdate tu parecer. Es lo más, seguro para ti. Pienso atarla a la cama. Si se desangra y se muere, eso no es cuenta mía; no he de llorar por ello. Amigo mío, me has de ayudar en esto, que es negocio mío, y para eso estás aquí; quizá no pudiera manejarme yo solo. Si te echas atrás, te mato, ¿lo entiendes? Y si tengo que matarte a ti, la mataré a ella también, y me figuro que entonces nadie ha de saber quién lo hizo.

-Bueno; si se ha de hacer cuanto antes, mejor...

-¿Hacerlo ahora y habiendo allí gente? Anda con ojo, que voy a sospechar de ti, ¿sabes? No; vamos a esperar a que apaguen las luces. No hay apuro.

Huck comprendió que iba a seguir un silencio aún más medroso que cien criminales coloquios; así es que contuvo el aliento y dio un paso hacia atrás, plantando primero un pie cuidadosa y firmemente, y después manteniéndose en precario equilibrio sobre el otro y estando a punto de caer a la derecha o a la izquierda. Retrocedió otro paso con el mismo minucioso cuidado y no menos riesgo; después, otro y otro, y... ¡una rama crujió bajo el pie! Se quedó sin respirar y escuchó. No se oía nada: la quietud era absoluta; su gratitud a la suerte, infinita. Después volvió sobre sus pasos entre los muros de matorrales; dio la vuelta con las mismas precauciones que si fuera una embarcación, y anduvo ya más ligero, aunque no con menos cuidado. No se sintió seguro hasta que llegó a la cantera, y allí apretó los talones y echó a correr. Fue volando cuesta abajo hasta la casa del galés. Aporreó la puerta, y a poco las cabezas del viejo y sus dos hijos aparecieron en diferentes ventanas.

-¿Qué escándalo es ése? ¿Quién llama? ¿Qué quiere?

-¡Abranme, ligero! Ya lo diré todo.

-¿Quién es usted?

-Huckleberry Finn. ¡Rápido, ábranme!

-¡Huckleberry Finn! No es nombre que haga abrir muchas puertas, me parece. Pero abridle la puerta, muchachos, y veamos que es lo que pasa.

¡Por Dios, no digan que lo he dicho yo! -fueron sus primeras palabras cuando se vio adentro-. No lo digan, por Dios, porque me matarán, de seguro; pero la viuda ha sido a veces buena conmigo y quiero decirlo; lo diré si me prometen que no dirán nunca que fui yo.

-Apuesto a que algo de peso tiene que decir, o no se pondría así. Lárgalo, muchacho, que nadie ha de decir nada.

Tres minutos después, el viejo y sus dos hijos, bien armados, estaban en lo alto del monte y penetraban en el sendero de los matorrales, con las armas preparadas. Huck los acompañó hasta allí, se agazapó tras un peñasco y se puso a escuchar. Hubo un postrado y anheloso silencio; después, de pronto, una detonación de arma de fuego y un grito.

Huck no esperó a saber los detalles. Pegó un salto y echó a correr monte abajo como una liebre.

Capítulo 27

El domingo a la madrugada, Huckleberry Finn subió a tientas por el monte y llamó suavemente a la puerta del galés. Todos los de la casa estaban durmiendo, pero era un sueño que pendía de un hilo, a causa de los emocionantes sucesos de aquella noche. Desde una de las ventanas gritó una voz:

-¿Quién es?

Huck, con medroso y cohibido tono, respondió:

-Hágame el favor de abrir. Soy Huck Finn.

-De noche o de día, siempre tendrás esta puerta abierta, muchacho. Y bien venido seas.

Eran éstas palabras inusitadas para los oídos del chico vagabundo. No se acordaba dé que la frase final hubiera sido nunca pronunciada tratándose de él.

La puerta se abrió enseguida. Le ofrecieron asiento y el viejo y sus hijos se vistieron rápidamente.

-Bueno, muchacho; espero que estarás bien y que tendrás buen apetito, porque el desayuno estará a punto tan pronto como asome el sol, y será bueno; tranquilízate en cuanto a eso. Yo y los muchachos esperábamos que hubieras venido anoche a dormir aquí.

-Estaba muy asustado -dijo Huck- y eché a correr en cuanto oí las pistolas y no paré en tres millas. He venido ahora porque quería enterarme de lo ocurrido, ¿sabe usted? Y he venido antes de que sea de día porque no quería tropezar con aquellos condenados, aunque estuviesen muertos. Bien, hijo, bien; tienes cara de haber pasado mala noche; pero ahí tienes una cama para echarte después de desayunar. No, no están muertos, muchacho, y bien que lo sentimos. Ya ves, sabíamos bien dónde podíamos echarles mano, por lo que tú nos dijistes; así es que nos fuimos acercando despacito hasta menos de cinco varas de donde se encontraban. El sendero se hallaba oscuro como una cueva. Y justamente en aquel momento sentí que iba a estornudar. ¡Suerte perra! Traté de contenerme, pero no sirvió de nada;

tenía que venir, y vino. Yo iba adelante, con la pistola levantada, y cuando estornudé se oyó moverse a los canallas para salir del sendero. Yo grité: "¡Fuego, muchachos!", y disparé contra el sitio donde se había oído el ruido. Lo mismo hicieron los muchachos. Pero escaparon a través del bosque. No creo que les hayamos hecho daño. Cada uno de ellos soltó un tiro al escapar, pero las balas pasaron zumbando sin hacernos daño. En cuanto dejamos de oír sus pasos abandonamos la caza y bajamos a despertar a los policías. Juntaron una cuadrilla y se fueron a vigilar la orilla del río, y tan pronto como amanezca el "sheriff" va a dar una batida por el bosque, y mis hijos van a ir con él y su gente. Lástima que no sepamos las señas de esos bribones; eso ayudaría mucho. Pero me figuro que tú no podrías ver en la oscuridad la cara que tenían, ¿no es eso?

-Sí, sí; los vi en el pueblo y los seguí.

-¡Magnífico! Dime cómo son; dímelo, muchacho.

-Uno de ellos es el viejo mudo español que ha andado por aquí una o dos veces, y el otro es uno de mala catadura y peor traza.

-¡Basta, muchacho, basta! Los conocemos. Nos encontramos con ellos un día en el bosque, por de-

trás de la finca de la viuda, y se alejaron con disimulo. ¡Andando, muchachos a contárselo al "she-riff"... ya desayunaréis mañana!

Los hijos del galés se fueron enseguida. Cuando salían de la habitación, Huck se puso de pie y exclamó:

-¡Por favor, no digan a nadie que yo les di el aviso! ¡Por favor!

-Muy bien, si tú no quieres, Huck; pero a ti se te debía el agradecimiento por lo que has hecho.

-¡No. no!... No digan nada.

Después que se hubieron marchado sus hijos, el anciano galés se dirigió a Huck:

-Esos no dirán nada, ni yo tampoco. Pero ¿Por qué no quieres que se sepa?

Huck no se extendió en sus explicaciones más allá de manifestar que sabía demasiadas cosas de uno aquellos hombres y que por nada del mundo quería que llegase a su conocimiento que él, Huck, sabía algo en contra suya, pues lo mataría por ello sin la menor vacilación.

El viejo prometió una vez más guardar el secreto, y añadió:

-¿Cómo se te ocurrió seguirlos?... ¿Parecían sospechosos?

Huck permaneció callado mientras fraguaba una respuesta con la debida cautela. Después dijo:

-Pues verá usted: yo soy una especie de chico malo, por lo menos, todo el mundo lo dice, y no tengo nada que contestar a eso, y algunas veces ocurre que no puedo dormir a mi gusto por ponerme a pensar en ello y como tratando de seguir por mejor camino. Y eso me pasó anoche. No podía dormir y subía por la calle, dándole vueltas al asunto, y cuando llegué a aquel almacén de ladrillos junto a la "Posada de Templanza", me recosté de espaldas a la pared para pensar otro rato. Bueno; pues en aquel momento llegan esos dos prójimos y pasan a mi lado con una cosa bajo el brazo y yo pensé que la habían robado. El uno iba fumando y el otro le pidió fuego; así es que se pararon delante de mí y el fuego de los cigarros les alumbró las caras, vi que el alto era el español sordomudo, por la barba blanca y el parche en el ojo, y el otro era un fascineroso roto y lleno de jirones.

-¿Y pudiste ver los jirones con la lumbre de los cigarros?

Esto azoró a Huck por un momento. Después prosiguió:

-Bueno, no sé; pero me parece que lo vi.

-Después ellos echarían a andar y tú...

-Sí; los seguí. Eso es; quería ver lo que traían entre manos, ya que andaban con tanto recelo. Los seguí hasta el portillo de la finca de la viuda, y me quedé en lo oscuro, y oí al de los harapos interceder por la viuda, y el español juraba que le había de cortar la cara, lo mismo que les dije a usted y a sus dos...

-¿Cómo?... ¿El "mundo" dijo todo eso?...

Huck había dado otro irremediable tropezón. Hacía cuanto podía para impedir que el viejo tuviera el menor indicio que pudiera identificar al español, y parecía que su lengua tenía empeño en crearle dificultades, a pesar de todos sus esfuerzos. Intentó por diversos medios salir del atolladero, pero el anciano no le quitaba ojo y se embarulló cada vez más.

-Muchacho -dijo el galés-, no tengas miedo de mí; por nada del mundo te haría el menor daño. No; yo te protegeré... , he de protegerte. Ese español no es sordomudo; se te ha escapado sin querer, y ya no puedes enmendarlo. Tú sabes algo de ese español y no quieres decirlo. Pues confía en mí; dime lo que es, que no he de hacerte traición.

Huck miró un momento los ojos sinceros y honrados del viejo, y después se inclinó y murmuró en su oído:

-No es español... ¡Es Joe el Indio!

El galés casi saltó de la silla.

-Ahora se explica todo -dijo-. Cuando hablaste lo de abrir las narices y despuntar orejas creí que todo eso lo habías puesto de tu cosecha, para adorno, porque los blancos no toman ese género de venganza. ¡Pero un indio!... Eso ya es cosa distinta.

Mientras despachaban el desayuno siguió la conversación, y el galés dijo que lo último que hicieron él y sus hijos aquella noche antes de acostarse fue tomar un farol y examinar el portillo y sus cercanías para descubrir manchas de sangre. No encontraron ninguna; pero sí encontraron un bulto...

-¿De qué? -gritó Huck.

Un rayo no hubiera salido con más sorprendente rapidez que esta pregunta de los pálidos labios de Huck. Tenía los ojos fijos, fuera de las órbitas, y no respiraba..., esperando la respuesta. El anciano se sobresalió, le miró también fijamente durante uno, dos, tres... diez segundos, y entonces replicó:

-Herramientas de las que usan los ladrones. Pero ¿qué es lo que te pasa?

Huck se reclinó en el respaldo, jadeante, pero profunda, indeclinablemente gozoso. El galés le miró grave, con curiosidad, y al fin le dijo:

-Sí, herramientas de ladrón. Eso parece que te ha consolado. Pero, ¿por qué te pusiste así? ¿Qué creías que íbamos a encontrar en el bulto?

Huck se encontraba en un callejón sin salida; el ojo escrutador no se apartaba de él: hubiera dado cualquier cosa por encontrar una contestación aceptable. Nada se le ocurría; el ojo avizor iba penetrando más y más profundamente; se le ocurrió una respuesta absurda; no tuvo tiempo para considerarla y la soltó, a la buena de Dios, débilmente.

-Catecismo, quizá.

El pobre Huck estaba harto embarazado para sonreír: pero el viejo soltó una alegre y ruidosa carcajada, hizo sacudir convulsivamente todas las partes de su anatomía, y acabó diciendo que risas así eran mejor que dinero en el bolsillo, porque disminuían la cuenta del médico como ninguna otra cosa. Después añadió:

-¡Pobre chico! Estás sin color y cansado. No debes sentirte bien. No es de extrañar que se te vaya

a la cabeza y no estés en tus cabales. Con descansar y dormir quedarás como nuevo.

Capítulo 28

Huck estaba rabioso de ver que se había conducido como un asno y que había dejado traslucir su sospechosa nerviosidad, pues ya había desechado la idea de que el bulto que los facinerosos habían sacado de la posada pudiera ser el tesoro cuando escuchó el coloquio junto al portillo de la finca de la viuda. No había hecho, sin embargo, más que pensar que no era el tesoro, pero no estaba seguro de ello, y por eso la mención de un bulto capturado bastó para hacerle perder la serenidad. Pero en medio de todo, se alegraba de lo sucedido, pues ahora sabía, sin posibilidad de duda, que lo que llevaban no era el objeto de sus afanes y esto le devolvía la tranquilidad y el bienestar a su espíritu. La verdad era que todo parecía marchar por buen camino: el

tesoro tenía que estar aún en el número dos, no había de pasar el día sin que aquellos hombres fueran detenidos y encarcelados, y Tom y él podrían apoderarse del oro sin dificultad alguna y sin temor a interrupciones.

Cuando acababan de desayunar llamaron a la puerta. Huck se levantó de un salto para esconderse, pues no estaba dispuesto a que se le atribuyera ni la más remota conexión con los sucesos de aquella noche. El galés abrió la puerta a varios señores y señoras, entre éstas la viuda de Douglas, y notó que algunos grupos subían la cuesta para contemplar el portillo, ya que la noticia se había propagado.

El galés tuvo que hacer el relato de los sucesos a sus visitantes. La viuda no se cansaba de expresar su agradecimiento a los que la habían salvado.

-No hable usted más de ello, señora. Hay otro a quien tiene que estar más agradecida que a mí y a mis muchachos; pero no quiere que se diga su nombre. De no ser por él, nosotros no hubiéramos estado allí.

Esto, como es de suponer, despertó tan viva curiosidad que casi aminoró la que inspiraba el principal suceso; pero el galés dejó que corroyera las entrañas de sus visitantes y por mediación de ellos

las de todo el pueblo, pues no quiso descubrir su secreto. Cuando supieron todo lo que había que saber, la viuda dijo:

-Me quedé dormida leyendo en la cama, y seguí durmiendo durante todo el bullicio. ¿Por qué no fue usted y me despertó?

-Creímos que no valía la pena. No era fácil que aquellos prójimos volvieran; no les habían quedado herramientas para trabajar; y, ¿de qué servía despertar a usted y darle un susto brutal? Mis tres negros se quedaron guardando la casa toda la noche. Ahora acaban de volver.

Llegaron más visitantes y hubo que contar y recontar la historia durante otras dos horas.

No había escuela dominical durante las vacaciones, pero todos fueron temprano a la iglesia. El emocionante suceso fue bien examinado y discutido. Se supo que aún no se había encontrado el menor rastro de los malhechores. Al acabarse el sermón, el juez Thatcher se acercó a la señora de Harper, que salía por el centro de la nave.

-¿Pero es que mi Becky se va a pasar durmiendo todo el día? -le dijo-. Ya me figuraba yo que estaría muerta de cansancio.

-¿Su Becky?

-Sí, -contestó el juez, alarmado -. ¿No ha pasado la noche en casa de usted?

No. señor juez.

La esposa del juez palideció y se dejó caer sobre un banco, en el momento que pasaba tía Polly hablando apresuradamente con una amiga.

-Buenos días, señoras -dijo-. Uno de mis chicos no aparece. Me figuro que se quedaría a dormir en casa de una de ustedes, y que luego habrá tenido miedo de presentarse en la iglesia. Ya le ajustaré las cuentas.

La señora de Thatcher hizo un débil movimiento negativo con la cabeza y se puso aún más pálida.

-No ha estado con nosotros --dijo la señora Harper, un tanto inquieta. Una viva ansiedad contrajo el rostro de tía Polly.

-Joe Harper, ¿has visto a Tom esta mañana?

Joe hizo memoria, pero no estaba seguro de sí le había visto o no. -La gente que salía se iba deteniendo. Fueron extendiéndose los cuchicheos y en todas las caras se iba notando la preocupación y la intranquilidad. Se interrogó ansiosamente a los niños y a los instructores. Todos decían que no habían notado si Tom y Becky estaban a bordo del va-

por en el viaje de vuelta; la noche era muy oscura y nadie penso en averiguar si faltaba alguna. Un muchacho dejó escapar su temor de que estuvieran aún en la cueva. La madre de Becky se desmayó; tía Polly rompió a llorar, retorciéndose las manos.

La alarma corrió de boca en boca, de grupo en grupo y de calle en calle, y aún no habían pasado cinco minutos cuando las campanas comenzaron a tañer, clamorosas, y todo el pueblo se había echado a la calle. Lo ocurrido en El monte Cardiff se sumió de pronto en la insignificancia; nadie volvió a acordarse de los malhechores; se ensillaron caballos, se tripularon botes, la barca de vapor fue requisada, y antes de media hora doscientos hombres se apresuraban por la carretera o río abajo hacia la caverna.

Durante el lento transcurrir de la tarde, el pueblo parecía deshabitado y muerto. Muchas vecinas visitaron a tía Polly y a la señora de Thatcher para tratar de consolarlas, y lloraron con ellas, lo que era más elocuente que las palabras.

El pueblo entero pasó la interminable noche en espera de noticias, pero la única que se recibió, cuando ya clareaba el día, fue la de "que hacían falta más velas y que envasen comestibles . La señora Thatcher y tía Polly estaban trastornadas. El juez les

mandaba recados desde la cueva para darles ánimo y tranquilizarlas, pero ninguno de esos mensajes daba esperanzas.

El viejo galés volvió a su casa al amanecer, cubierto de barro y de goterones de sebo de las velas, sin poder tenerse de cansancio. Encontró a Huck todavía en la cama que le habían proporcionado y delirando de fiebre. Los médicos todos se encontraban en la cueva, así es que la viuda de Douglas había ido a hacerse cargo del paciente. "No sé si es bueno, malo o mediano -dijo-, pero es hijo de Dios y nada que sea cosa de El puede dejarse abandonada". El galés dijo que no le faltaban buenas cualidades, a lo que replicó la viuda:

-Esté usted seguro de ello. Esa es la marca del Señor y no deja de ponerla nunca. La pone en alguna parte en toda criatura que sale de sus manos.

Al empezar la tarde grupos de hombres derrengados fueron llegando al pueblo; pero los más vigorosos de entre los vecinos continuaban la busca. Todo lo que se llegó a saber fue que se estaban registrando profundidades tan remotas de la cueva que jamás habían sido exploradas; que no había recoveco ni hendidura que no fueran minuciosamente examinados; que por cualquier lado que se fuese por

el laberinto de galerías se veían luces que se movían de aquí para allá, y los gritos y las detonaciones de pistolas repercutían en los ecos de los oscuros subterráneos. En un sitio muy lejos de donde iban ordinariamente los turistas habían encontrado los nombres de Tom y Becky trazados con humo sobre la roca, y a poca distancia, un trozo de cinta manchado de sebo. La señora Thatcher lo había reconocido deshecha en lágrimas, y dijo que aquello sería el único recuerdo que tendría de su hija y que sería el más preciado de todos, porque sería el último que habría dejado en el mundo antes de su horrible fin. Contaban que de cuando en cuando se veía oscilar en la cueva un débil destello de luz en la lejanía, y un tropel de hombres se lanzaba corriendo hacia allá con gritos de alegría, y se encontraban con el amargo desengaño de que no estaban allí los niños: no era sino la luz de alguno de los exploradores.

Tres días y tres noches pasaron lentos, abrumadores, y el pueblo fue cayendo en un sopor sin esperanza. Nadie tenía ánimos para nada. El descubrimiento casual de que el propietario de la "Posada de Templanza" escondía licores en el establecimiento casi no interesó a la gente, a pesar de la tremenda importancia y magnitud, del aconteci-

miento. En un momento de lucidez, Huck, con débil voz, llevó la conversación a recaer sobre posadas, y acabó por preguntar, temiendo vagamente lo peor, si se había descubierto algo desde que él estaba enfermo, en la "Posada de Templanza".

-Sí -contestó la viuda.

Huck se incorporó con los ojos fuera de las órbitas.

-¡Bebidas!... Y han cerrado la posada. Acuéstate, hijo: ¡qué susto me has dado!

-No me diga más que una cosa..., nada más que una, ¡por favor!... ¿Fue Tom Sawyer el que las encontró?

La viuda se echó a llorar.

-¡Calla, Calla! Ya te he dicho antes, que no tienes que hablar. Estás muy enfermito. Nada habían encontrado, pues, más que licores pensó Huck; de ser el oro, se hubiera armado gran batahola. Así, pues, el tesoro estaba perdido, perdido para siempre. ¿Pero por qué lloraría ella?... Era cosa rara. Esos pensamientos pasaron oscura y trabajosamente por el espíritu de Huck, y la fatiga que le produjeron le hizo dormirse.

-Vamos va está dormido el Pobrecillo. ¡Pensar que fuera Tom Sawyer el que lo descubrió! ¡Lástima

que no puedan descubrirlo a él! Ya no va quedando nadie que, aún conserve bastantes esperanzas ni bastantes fuerzas para seguir buscándolo.

Capítulo 29

Veamos qué había sido de Becky y de Tom. Junto a los otros chicos y chicas, anduvieron recorriendo los tenebrosos subterráneos, visitando las maravillas de la caverna, maravillas condecoradas con nombres un tanto enfáticos, tales como "El salón", "La catedral", "El palacio de Aladino" y otros por el estilo. Después empezó el juego y la algazara del escondite, y Becky y Tom tomaron parte en él con tal ardor, que no tardaron en sentirse fatigados; se internaron entonces por un sinuoso pasadizo, llevando en alto las velas para leer la enmarañada confusión de nombres, fechas, direcciones y lemas con los cuales los rocosos muros habían sido ilustrados -con humo de velas-. Siguieron adelante charlando, y apenas se dieron cuenta de que estaban

ya en una parte de la cueva cuyos muros permanecían limpios de inscripciones. Escribieron sus propios nombres bajo una roca salediza caminando. Poco después llegaron a un lugar donde una diminuta corriente de agua, que arrastraba un sedimento calcáreo, caía desde una laja, y en el lento pasar de las edades había formado un Niágara con encajes y rizos de brillante e imperecedera piedra. Tom deslizó su cuerpo menudo por detrás de la pétrea cascada para que Becky pudiera verla iluminada. Vio que ocultaba una especie de empinada escalera natural encerrada en la estrechez de dos muros, y le entró la tentación de transformarse en un descubridor. Becky respondió a su requerimiento. Hicieron una marca con el humo, para que les sirviera de guía para el retorno, Y siguieron avanzando. Fueron torciendo a derecha e izquierda, hudiéndose en las ignoradas profundidades de la caverna; hicieron otra señal y tomaron por una ruta lateral en busca de novedades que poder contar a los que habían quedado arriba. En sus exploraciones dieron con una gruta, de cuyo techo pendían multitud de brillantes estalactitas de gran tamaño. Dieron la vuelta a toda la cavidad, sorprendidos y admirados, y luego siguieron por uno de los numerosos túneles que allí

desembocan. Tom encontró poco después un lago subterráneo que extendía su indecisa superficie a lo lejos hasta desvanecerse en la oscuridad. Quería explorar sus orillas, pero pensé que sería mejor sentarse y descansar un rato antes de emprender la exploración. Y fue entonces cuando, por primera vez, la profunda quietud de aquel lugar se posó como una mano húmeda y fría sobre los ánimos de los dos niños.

-Puede ser que me equivoque -dijo Becky-; pero me parece que hace tanto tiempo que no oímos a los demás...

-Yo creo, Becky, que estamos mucho más abajo que ellos, y no sé si muy lejos, al norte, sur, este o lo que sea. Desde aquí no podemos oírlos.

Becky demostró cierta inquietud.

-¿Cuánto tiempo habremos estado aquí, Tom? Más vale que volvamos.

-Sí, será lo mejor. Seguramente es lo mejor.

-¿Sabrás el camino, Tom? Para mí no es más que un laberinto intrincadísimo.

-Creo que daré con él; pero lo malo son los murciélagos. Si nos apagasen las dos velas sería un apuro grande. Vamos a ver si podemos ir por otra parte, sin pasar por allí.

-Bueno, pero espero que no nos perdamos. ¡Qué miedo! -Y la niña se estremeció ante la horrenda posibilidad.

Echaron a andar por una galería y caminaron largo rato en silencio, mirando cada nueva abertura para ver si encontraban algo que les fuera familiar en su aspecto. Cada vez que Tom examinaba el camino, Becky no apartaba los ojos de su cara, buscando algún signo tranquilizador, y él decía alegremente:

-¡Nada, no hay que tener cuidado! Esta no es, pero ya daremos con otra en seguida. Pero iba sintiéndose menos esperanzado con cada fracaso, y empezó a meterse por las opuestas galerías, completamente al azar, con la vana esperanza de dar con la que hacía falta.

Becky no se apartaba de su lado, luchando por contener las lágrimas, sin poder conseguirlo.

-¡Tom! -dijo al fin-. No te importen los murciélagos. Volvamos por donde hemos venido. Parece que cada vez estamos más lejos.

Tom se detuvo.

-¡Escucha! -dijo.

Silencio absoluto. Silencio tan profundo que hasta el rumor de sus respiraciones parecía oírse en

aquella quietud. Tom gritó. Su voz fue despertando ecos por las profundas lobregueces y se desvaneció en la lejanía con un rumor que parecía las convulsiones de una risa burlona.

-¡No! ¡No lo vuelvas a hacer, Tom! ¡Es horrible!, exclamó Becky.

-Sí, es horroroso, Becky, pero hay que hacerlo. Puede ser que nos oigan -y volvió a gritar.

Ese "puede" constituía un horror aún más escalofriante que la risa diabólica, pues era la confesión de que se iba perdiendo una esperanza. Los niños se quedaron quietos, aguzando el oído; todo inútil. Tom volvió sobre sus pasos, apresuradamente. A los pocos momentos, una cierta indecisión en sus movimientos reveló a Becky otra circunstancia fatal: ¡que Tom no podía dar con el camino de vuelta!

-¡Tom, no dejaste ninguna señal!

-¡Becky, he sido un idiota! ¡No pensé que tuviéramos necesidad de volver al mismo sitio! No, no doy con el camino. Todo está tan revuelto...

-¡Tom, estamos perdidos! ¡Estamos perdidos! ¡Ya no saldremos nunca de este horror! ¡Por qué nos habremos separado de los otros!

Se dejó caer al suelo y rompió en tan frenético llanto, que Tom se quedó anonadado ante la idea de que Becky podía morir o perder la razón. Se sentó a su lado, rodeándola con los brazos; reclinó ella su cabeza en su pecho y dio rienda suelta a los terrores, sus inútiles arrepentimientos, y los ecos lejanos convirtieron sus lamentaciones en burlona risa. Tom le pedía que recobrase la esperanza, y ella le dijo que la había perdido del todo. Culpóse él y se llenó a sí mismo de insultos por haberla puesto en tan terrible situación, y esto produjo resultado. Prometió ella no desesperar más y levantarse y seguirle a donde la llevase, con tal de que no volviese a hablar así, pues ella había sido tan culpable como él.

Se pusieron de nuevo en marcha, sin rumbo alguno, al azar. Era lo único que podían hacer: caminar, no cesar de moverse. Durante un breve rato pareció que la esperanza revivía, no porque hubiera razón alguna para ello, sino tan sólo porque es natural en ella revivir cuando sus resortes no se han gastado por la edad y la resignación con el fracaso.

Poco después tomó Tom la vela de Becky y la apagó. Aquella economía significaba mucho; no hacía falta explicarla. Becky se hizo cargo y su espe-

ranza se volvió a extinguir. Sabía que Tom tenía una vela entera y tres o cuatro cabos en el bolsillo..., y sin embargo, había que economizar

Después, el cansancio empezó a hacerse sentir; los niños trataron de no hacerle caso, pues era terrible pensar en sentarse cuando el tiempo valía tanto. Moverse en alguna dirección, en cualquier dirección, era al fin progresar y podía dar fruto; pero sentarse era invitar a la muerte y acortar su persecución.

Al fin las piernas de Becky se negaron a llevarla más lejos. Se sentó en el suelo. Tom se sentó a su lado, y hablaron del pueblo, de los amigos, de las camas cómodas, y, sobre todo, ¡la luz!... Becky lloraba, y Tom, trató de consolarla; pero todos sus consuelos se iban quedando gastados con el uso y más bien parecían sarcasmos. Tan cansada estaba, que se fue quedando dormida. Tom se alegró de ello y se quedó mirando la cara dolorosamente contraída de la niña, y vio cómo volvía a quedar natural y serena bajo la influencia de sus sueños placenteros, y hasta vio aparecer una sonrisa en sus labios. Y lo apacible del semblante de Becky se reflejó en una sensación de paz y consuelo en el espíritu de Tom, sumiéndolo en gratos pensamientos de pasados tiempos y de vagos recuerdos. A seguía en esas en-

soñaciones, cuando Becky se despertó riéndose; pero la risa se heló al instante en sus labios y se trocó en un sollozo.

-¡No sé cómo he podido dormir! ¡Ojalá no hubiera despertado nunca, nunca! No, Tom; no me mires así. No volveré a decirlo.

-Me alegro de que hayas dormido, Becky. Ahora ya no te sentirás tan cansada y encontraremos el camino.

-Podemos probar, Tom; pero, ¿he visto un país tan bonito mientras dormía!... Me parece que iremos allí.

-Puede ser que no, Becky; puede ser que no. Ten valor y vamos a seguir buscando.

Se levantaron y reanudaron la marcha, descorazonados. Trataron de calcular el tiempo que llevaban, en la cueva pero todo lo que sabían era que parecía que habían pasado días y hasta semanas; y, sin embargo, era evidente que no, pues aún no se habían consumido las velas.

Mucho tiempo después de esto -no podían decir cuánto-, Tom dijo que tenían que caminar muy silenciosamente para poder oír el goteo del agua, pues era preciso encontrar un manantial. Hallaron uno a poco trecho, y Tom dijo que ya era hora de darse

otro descanso; pero Becky dijo que aun podía ir un poco más lejos. Se quedó sorprendida al ver que Tom no opinaba lo mismo; no lo comprendía. Se sentaron, y Tom fijó la vela en el muro, delante de ellos, con un poco de barro. Aunque sus pensamientos nose detenían nada dijeron por algún tiempo. Becky rompió al fin el silencio:

-¡Tom, tengo mucha hambre!

Tom sacó una cota del bolsillo.

-¿Te acuerdas de esto? -dijo.

Becky casi se sonrió.

-Es nuestro pastel de boda, Tom.

-Si, y más valía que fuera tan grande como una barrica, porque es todo lo que tenemos.

-Lo separé de la merienda para que jugásemos con él..., como la gente mayor hace con el pastel de bodas... Pero va a ser...

Dejó sin acabar la frase. Tom hizo dos partes del pastel y Becky comió con apetito la suya, mientras Tom no hizo más que mordisquear la que le tocó. No les faltó agua fresca para completar el festín. Después indicó Becky que debían ponerse en marcha. Tom guardó silencio un rato, y al cabo dijo:

-Becky, ¿tienes valor para que te diga una cosa?

La niña palideció, pero dijo que sí, que se la dijera.

-Bueno; pues entonces, escucha: tenemos que estarnos aquí, donde hay agua para beber. Ese cabito es lo único que nos queda de las velas.

Becky dio rienda suelta al llanto y a las lamentaciones. Tom hizo cuanto pudo para consolarla, pero fue en vano.

-Tom -dijo después de un rato, ¡nos echarán de menos y nos buscarán!

-Seguro que sí. Claro que nos buscarán.

-¿Nos estarán buscando ya?

-Me parece que sí. Espero que así sea.

-¿Cuándo nos echarán de menos, Tom?

.Y -Puede ser que cuando vuelvan a la barca.

-Para entonces ya será de noche... ¿Notarán que no hemos ido nosotros?

-No lo sé. Pero de todos modos tu madre te echará de menos en cuanto estén de vuelta en el pueblo.

La angustia que se pintó en los ojos de Becky hizo comprender a Tom la indiscreción no iba a pasar aquella noche en su casa! Los dos se quedaron callados y pensativos. Enseguida una nueva explosión de llanto indicó a Tom que el mismo pensa-

miento que tenía en su mente había surgido también en la de su compañera: que podía pasar casi toda la mañana del domingo antes de que la madre de Becky descubriera que su hija no estaba en casa de los Harper. Los niños permanecieron con los ojos fijos en el pedazo de vela y miraron cómo se consumía lenta e inexorablemente; vieron el trozo de pabilo quedarse solo al fin; vieron alzarse y encogerse la débil llama, subir y bajar, trepar por la tenue columna de humo, vacilar un instante en lo alto, y después... el horror de la absoluta oscuridad.

Capítulo 30

Cuánto tiempo pasó después, hasta que Becky volvió a recobrar poco a poco los sentidos y a darse cuenta de que estaba llorando en los brazos de Tom, ninguno de ellos podría decirlo. No sabían sino que, después de lo que les pareció un intervalo de tiempo larguísimo ambos despertaron de un pesado sopor y se vieron otra vez sumidos en sus angustias. Tom dijo que quizá fuese ya domingo, quizá lunes, Quiso hacer hablar a Becky, pero la pesadumbre de su pena la tenía anonadada, perdida ya toda esperanza. Tom le aseguró que tenía que hacer mucho tiempo que habrían notado su falta, y que, sin duda alguna, los estaban ya buscando. Gritaría, y quizá alguien viniera. Hizo la prueba; pero los ecos lejanos sona-

ban en la oscuridad de un modo tan siniestro que no osó repetirla.

Las horas siguieron pasando y el hambre volvió a atormentar a los cautivos. Había quedado un poco de la parte del pastel que le tocó a Tom, y la repartieron entre los dos; pero se quedaron aún más hambrientos; el mísero bocado no hizo sino aguzarles el ansia de alimento.

A poco rato dijo Tom:

-¡Chist! ¿No oyes?

Contuvieron su aliento y escucharon.

Se oía algo como un grito remotísimo y débil. Tom contestó, y tomando a Becky por la mano echó a caminar a tientas por la galería en aquella dirección. Se paró y volvió a escuchar; otra vez se oyó el mismo sonido.. y al parecer más cercano.

La alegría enloquecía a los prisioneros. Avanzaban, con todo, muy despacio, porque abundaban los hoyos y despeñaderos, y era preciso tomar precauciones. A poco llegaron a uno de ellos y tuvieron que detenerse. Podía tener una vara de profundidad o podía tener cien. Tom se echó al suelo y estiró el brazo metiéndolo en el agua, cuanto pudo, sin hallar fondo. Tenían que quedarse allí y esperar hasta que llegasen los que los buscaban. Escucharon: no había

duda de que los gritos lejanos se iban haciendo más y más remotos. Un momento después dejaron de oírse del todo.

¡Qué mortal desengaño! Tom gritó hasta ponerse ronco, pero fue inútil. Aun daba esperanzas a Becky, pero pasó toda una eternidad de anhelada espera y nada volvió a oírse.

Palpando en las tinieblas, volvieron hacia el manantial.

El tiempo seguía pasando, cansado y lento; volvieron a dormir y a despertarse, más hambrientos y despavoridos.

Tom creía que para entonces ya debía ser el martes.

Le vino una idea. Por allí cerca se abrían algunas galerías. Más valía explorarlas, que soportar en la ociosidad la abrumadora pesadumbre del tiempo. Sacó del bolsillo una cuerda del barrilete, la ató a una saliente de la roca, y él y Becky avanzaron, soltando la tramilla del ovillo según caminaban a tientas. A los veinte pasos la galería acababa en un corte vertical. Tom se arrodilló, y, estirando el brazo todo lo que pudo hacia abajo, palpó la cortadura, y fue corriéndose después hacia el muro; hizo un esfuerzo para alcanzar con la mano un poco más lejos a la

derecha, y en aquel momento, a menos de veinte varas. una mano sosteniendo una vela apareció por detrás de un peñasco. Tom lanzó un grito de alegría; enseguida se presentó, siguiendo a la mano, el cuerpo al cual pertenecía... ¡Joe el Indio! Tom se quedó paralizado; no podía moverse. En el mismo instante, con indecible placer, vio que el "español" apretaba los talones y desaparecía de su vista. Tom no se explicaba que Joe no hubiera reconocido su voz y no hubiera venido a matarlo por su declaración ante el tribunal. Pensó que los ecos habían desfigurado su voz. El susto le había aflojado todos los músculos de su cuerpo. Se prometía a sí mismo que si le quedaban fuerzas bastantes para volver al manantial allí se quedaría, y nada le tentaría a correr el riesgo de volver a encontrarse otra vez con Joe. Tuvo gran cuidado de no decir a Becky lo que había visto. Le dijo que sólo había gritado por probar suerte.

Pero el hambre y la desventura acaban al fin por sobreponerse al miedo. Otra interminable espera en el manantial y otro largo sueño trajeron cambios consigo. Los niños se despertaron torturados por un hambre rabiosa. Tom creía que ya estarían en el miércoles o jueves, o quizá en el viernes o sábado, y que los que los buscaban habrían abandonado la

empresa. Propuso explorar otra galería. Estaba dispuesto a afrontar el peligro de Joe el Indio y cualquier otro terror. Pero Becky estaba muy débil. Se había sumido en una mortal apatía y no quería salir de ella. Dijo que esperaría donde estaba, y se moriría... sin tardar ya mucho. Tom podía ir a explorar con la cuerda del barrilete si quería; pero le suplicaba que volviera de cuando en cuando para hablarle, y le hizo prometer que cuando llegase el momento terrible, estaría a su lado y le tomarla una mano hasta que todo acabase. Tom la besó, con un nudo en la garganta, e hizo ver que tenía esperanzas de encontrar a los buscadores o un escape para salir de la cueva. Y llevando la cuerda en la mano, empezó a andar, gateando, por otra de las galerías, martirizado por el hambre y agobiado por los malos presentimientos.

Capítulo 31

En la noche del martes, el pueblo todo de San Petersburgo hallábase en fúnebre recogimiento. Los niños perdidos no habían sido hallados. Se habían hecho rogativas públicas por ellos y muchas en privado, poniendo los que las hacían todo su fervor en las plegarias. Pero hasta entonces no se había obtenido ninguna buena noticia . La mayor parte de los exploradores habían abandonado la tarea y habían vuelto a sus ocupaciones, diciendo que era evidente que nunca se encontraría a los desaparecidos.

Muy tarde, a más de medianoche, un frenético repiqueteo de las campanas de la iglesia puso en conmoción a todo el vecindario, y en un momento las calles se llenaron de gente alborotada y a medio vestir, que gritaba: "¡Arriba, arriba! ¡Ya han apare-

cido! ¡Los han encontrado!" Sartenes y cornetas añadieron su estrépito al tumulto; el vecindario fue formando grupos, que marchaban hacia el río, y se encontraron con los niños que venían en un coche descubierto arrastrado por una multitud que los aclamaba.

Todo el pueblo estaba iluminado, nadie pensó en volverse a la cama; era la más memorable noche en los anales de aquel apartado lugar. Durante media hora una procesión de vecinos desfiló por la casa del juez Thatcher, abrazó y besó a los recién encontrados, estrechó la mano de la señora Thatcher, trató de hablar sin que la emoción se lo permitiese, y se marchó regando de lágrimas toda la casa.

La dicha de tía Polly era completa; y casi lo era también la de la madre de Becky. Lo sería del todo tan pronto como el mensajero enviado a toda prisa a la cueva pudiese dar la noticia a su marido,

Tom estaba tendido en un sofá, rodeado de un impaciente auditorio, y contaba la historia de la pasmosa aventura, introduciendo en ella muchos emocionantes aditamentos para mayor adorno; y terminándola con el relato de cómo dejó a Becky y se fue a hacer una exploración; cómo recorrió las

galerías hasta donde se lo permitió la longitud de la cuerda; cómo siguió después una tercera hasta el límite de la cuerda, y ya estaba a punto de volverse atrás cuando divisó un puntito remoto que le parecía luz del día; abandonó la cuerda y se arrastró hacia allí, sacó la cabeza y los hombros por un angosto agujero, y vio el ancho y ondulante Mississippi deslizarse a su lado. Y si, llega a ocurrir que fuera de noche, no hubiera visto el puntito de luz, y no hubiera vuelto a explorar la galería. Contó cómo había vuelto donde estaba Becky y le dio con precauciones, la noticia, y ella le dijo que no la mortificase con aquellas cosas, porque estaba cansada, y sabía que iba a morir, y que hasta lo deseaba. Relató cómo se esforzó para persuadirla, y cómo ella pareció que iba a morir de alegría cuando se arrastró hasta donde pudo ver el remoto puntito de claridad azulada; cómo consiguió salir por el agujero y después ayudó para que ella saliese; cómo se quedaron allí sentados y lloraron de gozo; cómo llegaron unos hombres en un bote, y Tom los llamó y les contó su situación. Y que estaban muertos de hambre; cómo los hombres no querían creerle al principio, "porque -decían- estáis a cinco millas río abajo del valle en que está la entrada de la cueva", y después los reco-

gieron en el bote, los llevaron a una casa, les dieron de comer, los hicieron descansar hasta dos o tres horas después del anochecer Y, por fin, los trajeron al pueblo.

Antes de que amaneciese se descubrió el paradero, en la cueva, del juez Thatcher Y de los que aún seguían con él, por medio de cordeles que habían ido tendiendo para servirles de guía, y se les comunicó la gran noticia.

Los efectos de tres días y tres noches de fatiga y de hambre no eran cosa baladí y pasajera, según pudieron ver Tom y Becky. Estuvieron postrados en cama los dos días siguientes, y cada vez parecían más cansados y desfallecidos. Tom se levantó un poco el jueves, salió a la calle el viernes, y para el sábado estaba ya como nuevo; pero Becky siguió en cama dos o tres días más, y cuando se levantó parecía que había pasado una larga y grave enfermedad.

Tom se enteró de la enfermedad de Huck y fue a verlo; pero no lo dejaron entrar en la habitación del enfermo ni aquel día ni en los siguientes. Le dejaron verlo después todos los días; pero le advirtieron que nada debía decir de su aventura, ni hablar de cosas que pudieran impresionar al paciente. La viuda de Douglas presenció las visitas para hacer

cumplir estas indicaciones. Tom supo en su casa el acontecimiento del monte Cardiff, y también que el cadáver del hombre harapiento había sido encontrado junto al embarcadero; sin duda se había ahogado mientras intentaba escapar.

Un par de semanas después de haber salido de la cueva fue Tom a visitar a Huck, que estaba ya sobradamente repuesto y fortalecido para oír hablar de cualquier tema, y Tom sabía de algunos que, según pensaba, habían de interesarle en alto grado. La casa del juez Thatcher estaba en el camino, y Tom se detuvo allí para ver a Becky. El juez y algunos de sus amigos le hicieron hablar, y uno de ellos le preguntó, con ironía, si le gustaría volver a la cueva.

Tom dijo que no tendría inconveniente en volver.

-Pues mira --dijo el juez-, seguramente no serás tú

el único. Pero ya hemos pensado en ello. Pero no volverá nadie a perderse en la cueva.

-¿Por qué?

-Porque hace dos semanas que he hecho forrar la puerta con chapas de hierro y ponerle tres cerraduras. Y tengo yo las llaves.

Tom se quedó blanco como un papel.r

-¿Qué te pasa, muchacho? ¿Qué es eso? ¡Que traigan agua!

Trajeron agua y le rociaron la cara.

-¡Vamos, ya estás mejor! ¿Qué te pasó, Tom?

Señor juez, ¡Joe el Indio está en la cueva!

En poco tiempo la noticia cundió por todo el pueblo, y una docena de botes estaban en marcha, y detrás de ellos, el vapor repleto de pasajeros. Tom Sawyer iba en el mismo bote que conducía al juez. Al abrir la puerta de la cueva, un lastimoso espectáculo se presentó a la vista, en la densa penumbra de la entrada, Joe el Indio estaba tendido en El suelo, muerto, con la cara pegada a la juntura de la puerta, como si sus ojos anhelantes hubieran estado fijos hasta El último instante en la luz y en la gozosa libertad del mundo exterior. Tom se sintió conmovido porque sabía por experiencia propia como habría sufrido aquel desventurado.

Sentía compasión por él. Pero al propio tiempo una bien hechora sensación de descanso y seguridad, que le hacía ver, pues hasta entonces no había, sabido apreciarlo por completo, la enorme pesadumbre del miedo que le agobiaba desde que había levantado su voz contra aquel proscrito sanguinario.

Junto a Joe estaba su cuchillo, con la hoja partida. La gran viga que servía de base a la puerta había sido cortada poco a poco, astilla por astilla, con infinito trabajo; trabajo inútil, pues la roca formaba un umbral por fuera y sobre aquel durísimo material la herramienta no había producido efecto; el único daño lo había sufrido el propio cuchillo. Pero aunque no hubiera habido el obstáculo de la piedra, el trabajo también hubiera sido inútil, pues aun cortada la viga por completo, Joe no hubiera podido hacer pasar su cuerpo por debajo de la puerta, y él lo sabía. Había estado, pues, desgastando, con el cuchillo únicamente por hacer algo, para no sentir pasar el tiempo, para dar empleo a sus facultades impotentes y enloquecidas. Siempre se encontraban algunos cabos de vela clavados en los intersticios de la roca que formaban ese vestíbulo, dejados allí por los excursionistas; pero no se veía ninguno. El prisionero los había sacado para comérselos. También había logrado cazar algunos murciélagos, y los había devorado sin dejar mas que las uñas. El desventurado había muerto de hambre. Cerca de la entrada, se había ido elevando lentamente desde el suelo, durante siglos y siglos una estalagmita construida por la gota de agua que caía de una estalactita en lo alto.

El prisionero había roto la estalagmita y sobre el muñón había colocado un canto, en el cual, había tallado una ligera oquedad para recibir la preciosa gota que caía cada veinte minutos, con la precisión desesperante de un mecanismo de relojería: una cucharadita cada veinticuatro horas. Aquella gota estaba cayendo cuando las pirámides de Egipto eran construidas; cuando el sitio de Troya; cuando se fundó Roma; cuando Cristo fue crucificado; cuando Guillermo de Normandía, el Conquistador, creó el imperio británico; cuando Colón abandonó el puerto de Palos... Está cayendo ahora, caerá todavía cuando todas esas cosas se hayan desvanecido en las lejanías de la historia y en la penumbra de la tradición, y se hayan perdido para siempre en la densa noche del olvido. ¿Tienen todas estas cosas una finalidad y una misión? ¿Ha estado esta gota cayendo pacientemente cinco mil años para estar preparada a satisfacer la necesidad de este efímero ser humano, y tiene algún otro importante fin que llenar dentro de diez mil años? No importa. Hace ya muchos que el desdichado mestizo ahuecó la piedra para recoger las gotas inapreciables; pero aún hoy día nada atrae y fascina los ojos del turista como la trágica piedra y el pausado gotear del agua, cuando

va a contemplar las maravillas de la cueva de Mac Dougall. "La copa de Joe el Indio" ocupa el primer lugar en la lista de las curiosidades de la caverna. Ni siquiera el "Palacio de Aladino" puede competir con ella.

Joe el Indio fue enterrado cerca de la boca de la cueva; la gente acudió al acto en botes y carros desde el pueblo y desde todos los caseríos y granjas de siete millas a la redonda; trajeron con ellos los chiquillos y toda suerte de provisiones de boca, y confesaban que lo habían pasado tan bien en el entierro como lo hubieran pasado viéndolo ahorcar.

Este entierro impidió que tomase mayores vuelos una cosa que estaba ya en marcha: la petición del indulto en favor de Joe el Indio al gobernador del Estado. La petición tenía ya numerosas firmas; se habían celebrado multitud de lacrimosos y elocuentes mitines y se había elegido un comité de mujeres con la cabeza hueca para ver al gobernador enlutadas y llorosas, e implorar de él que se condujese como un asno benévolo y echase a un lado todos sus deberes. Se decía que Joe el Indio había matado a cinco habitantes de la localidad, pero, ¿qué importaba eso? Si hubiera sido Satanás en persona no hubieran faltado gentes tiernas de corazón para po-

ner sus firmas al pie de una solicitud de perdón y mojarla con una lágrima siempre pronta a escaparse del inseguro y agujereado depósito.

Al día siguiente del entierro, Tom se llevó a Huck a un lugar solitario para conversar con él sobre graves asuntos. Ya la viuda de Douglas y el galés habían enterado a Huck todo lo concerniente a la aventura de Tom, pero éste dijo que debía de haber una cosa de la cual no le habían dicho nada, y de ella precisamente quería hablarle ahora.

A Huck se le ensombreció el semblante.

-Ya sé, lo que es -dijo-, tú fuiste- al número dos y no encontraste más que whisky. Nadie me ha dicho que fueras tú; pero yo me lo figuré en cuanto oí hablar de lo de la bebida; y me figuré que no habías tomado el dinero, porque ya te hubieras puesto al habla conmigo de un modo u otro, y me lo hubieras contado a mí aunque no se lo dijese a nadie más. Ya me daba el corazón que nunca nos haríamos con aquel tesoro.

-No, Huck, no acusé yo al dueño de la posada. Tú sabes que nada le habla ocurrido cuando yo fui al picnic de Becky. ¿No te acuerdas que tú ibas a estar allí de centinela aquella noche?

-¡Es verdad! Parece que ya hace años de eso. Fue la noche en que fui siguiendo a Joe el Indio hasta la casa de la viuda.

-¿Le seguiste tú?

-Sí, pero no hables de eso. Puede ser que Joe haya dejado amigos. No quiero que vengan contra mí y me jueguen malas partidas. Si no hubiera sido por mi estaría a estas horas en Texas, tan fresco.

Entonces Huck contó, confidencialmente, todos los detalles de su aventura, pues el galés sólo le había contado a Tom una parte de ella.

-Bueno -dijo Huck después, volviendo al asunto principal-, quien quiera que sea el que se apodere del whisky, echó mano también al dinero, y a mí me parece que ya no lo veremos nosotros, Tom.

-Huck, el dinero no estuvo nunca en el número dos.

-¡Qué! exclamó Huck examinando ansiosamente la cara de su compañero-. ¿Estás otra vez en la pista de esos dólares?

---¡Están en la cueva!

Los ojos de Huck resplandecieron.

Tom, di la verdad..., ¿es en broma o en serio?

-En serio, Huck. En mi vida hablé más en serio.

-¡Qué bien! ¿Y qué te hace pensar que el dinero está allí?

-Espera a que estemos allí, Huck, y si no lo encontramos, me comprometo a darte mi tambor y todo lo que tengo en el mundo. Te lo juro.

-Muy bien. ¿Cuándo quieres que vayamos?

-Ahora mismo, si quieres. ¿Tendrás bastantes fuerzas?

-¿Está muy adentro de la cueva? Ya hace tres o cuatro días que me tengo de pie; pero no podré andar más de una milla; al menos, me parece que podría nadarla.

-Hay cinco millas hasta allí por el camino que iría otro cualquiera que no fuera yo; pero hay un atajo que nadie sabe más que yo. Huck, yo te llevaré hasta allí en un bote. Lo voy a dejar que baje con la corriente hasta cierto sitio, y luego lo traeré yo solo remando. No necesitas mover una mano.

-Vamos enseguida, Tom.

-Está bien. Necesitamos pan y algo de comida, las pipas, un par de bolsitas, dos o tres cuerdas de barrilete y fósforos. ¡Cuántas veces los eché de menos cuando estuve allí la otra vez!

Capítulo 32

Un poco después de mediodía los muchachos tomaron en préstamo un pequeño bote, de un vecino que estaba ausente, y enseguida se pusieron en marcha.

Cuando ya estaban algunas millas más abajo del "Barranco de la Cueva", dijo Tom:

-Ahora estás viendo esa ladera que parece toda igual según se baja desde el "Barranco de la Cueva"; no hay casas ni granjas, todo es matorrales. Pero, ¿ves aquel sitio blanco allá arriba, donde ha habido un desprendimiento de tierras? Pues ésa es una de mis señales. Ahora vamos a desembarcar.

Saltaron a tierra.

-Mira, Huck, desde donde estás podías tocar el agujero con una caña de pescar. A ver si das con él.

Huck buscó por todas partes y nada encontró. Tom, con aire de triunfo, penetró en una espesura.

-¡Aquí está! -díjo-. Míralo, Huck. Es el agujero mejor escondido que hay en todo el país. No se lo digas a nadie. Siempre he estado pensando en ser bandolero, pero sabía que necesitaba una cosa como ésta, y la dificultad estaba en tropezar con ella. Ahora ya la tenemos, y hay que guardar secreto. Sólo se lo diremos a Joe Harper y Ben Rogers, Dorque, por supuesto, tiene que haber una banda, y si no, no parecería bien. ¡La banda de Tom Sawyer! Suena bien, ¿no es verdad, Huck?

-Ya lo creo, Tom. ¿Y a quién vamos a robar?

-Pues a casi todo el mundo. Secuestrar gente..., es lo que más se acostumbra.

-Y matarlos.

-No, no siempre. Tenerlos escondidos en la cueva hasta que paguen rescate.

-¿Qué es rescate?

-Dinero. Se hace de modo que sus parientes reúnan todo el dinero que puedan, y después que se los ha tenido un año presos, si no pagan, se los mata. Únicamente no se mata a las mujeres; se las tiene encerradas, pero se les perdona la vida. Son siempre guapísimas y ricas y están la mar de asustadas. Se les

roba los relojes y cosas así, pero siempre se quita uno el sombrero y se les habla con finura. No hay nadie tan fino como los bandoleros; eso lo puedes ver en cualquier libro. Bueno, las mujeres acaban por enamorarse de uno, y después que han estado en la cueva una semana o dos ya no lloran, y después de eso ya no hay modo de que se marchen. Si uno las echa afuera, en seguida dan la vuelta y allí están otra vez. Así! están en todos los libros.

-Pues entonces es la cosa mejor del mundo. Me parece que es mejor que ser pirata.

-Sí, en algunas cosas es mejor, porque se está más cerca de casa y de los circos y de todo eso.

Para entonces ya estaban hechos los preparativos, y los muchachos, yendo Tom adelante, penetraron por el boquete. Llegaron trabajosamente hasta el final del túnel; después ataron las cuerdas y prosiguieron la marcha. A los pocos pasos estaban en el manantial, y Tom sintió correrle un escalofrío por todo el cuerpo. Enseñó a Huck el trocito de pabilo sujeto al muro con un poco de barro y le contó cómo Becky y él habían estado mirando la agonía de la llama hasta que se terminó.

Siguieron hablando en voz baja, porque el silencio y la lobreguez de aquel lugar sobrecogía sus es-

píritus. Marcharon adelante y entraron después por otra galería, explorada por Tom, hasta que llegaron al borde cortado a pico. Con las velas pudieron ver que no era realmente un despeñadero, sino un declive de arcilla de veinte o treinta pies de altura. Tom murmuró:

-Ahora voy a enseñarte una cosa, Huck.

Levantó la vela todo lo que pudo y prosiguió:

-Mira al otro lado de la esquina estirándote todo lo que puedas. Allí en aquel peñasco grande pintada con humo de vela.

Huck se quedó mirando un rato el místico emblema y luego dijo con trémula voz:

-¡Es una cruz, Tom!

-¿Y ahora dónde está tu número dos? "Debajo de la cruz", ¿eh? Allí mismo es donde vi a Joe el Indio sacar la mano con la vela.

-¡Vamos a escapar de aquí, Tom!

-¡Qué!... ¿Y dejar el tesoro?

-Sí, dejarlo. El ánima de Joe el Indio anda por aquí, seguramente.

-No, Huck, no anda por aquí. Rondará por el sitio donde murió, allá en la entrada de la cueva, a cinco millas de aquí.

-No. Tom. Estará rondando los dólares. Yo sé lo que les gusta, a los fantasmas, y tú también.

Tom empezaba a pensar que acaso Huck tuviera razón. Mil temores le asaltaban. Pero de pronto se le ocurrió una idea:

-¡No seamos tontos, Huck! ¡El espíritu de Joe el Indio no puede venir a rondar donde hay una cruz!

El argumento no tenía réplica. Produjo su efecto.

-No se me había ocurrido, Tom. Pero es verdad. Suerte ha sido que esté la cruz. Bajaremos por aquí y nos pondremos a buscar la caja.

Tom bajó primero, cavando huecos en la arcilla que hicieran de peldaños. Huck siguió detrás. Cuatro galerías se abrían en la caverna donde estaba la roca grande. Los muchachos recorrieron tres de ellas sin resultados. En la más próxima a la base de la roca encontraron un escondrijo con unas mantas extendidas en el suelo; había además unos tirantes viejos, unas cortezas de tocino y los huesos bien roídos, de dos o tres gallinas. Pero no habla caja con dinero. Los muchachos buscaron y rebuscaron en vano. Tom reflexionó:

-El dijo "bajo" la cruz. Bien; esto viene a ser lo que está más cerca de la cruz. No puede ser la roca misma porque no queda hueco entre ella y el piso.

Rebuscaron de nuevo por todas partes y al cabo se sentaron desalentados. A Huck no se le ocurría ninguna idea.

-Mira, Huck -dijo Tom después de un rato; hay pisadas y goterones de vela en el barro por un lado de esta peña, pero no por los otros. ¿Por qué es eso? Apuesto a que el dinero está debajo de la peña. Voy a cavar en la arcilla.

-¡No está eso mal, Tom! -dijo Huck reanimándose.

El "verdadero Barlow" de Tom entró en seguida en acción, y no había ahondado cuatro pulgadas cuando tocó en madera.

-¡Eh, Huck!... ¿Lo oyes?

Tom empezó a escarbar con furia. Pronto descubrieron unas tablas y las levantaron. Ocultaban una ancha grieta natural que se prolongaba bajo la roca. Tom se metió dentro, alumbrando con la vela lo más lejos que pudo por debajo de la peña; pero dijo que no veía el fin de aquello. Propuso que lo explorasen y se metió por debajo de la roca, con Huck a la zaga. La estrecha cavidad descendía gra-

dualmente. Siguieron su quebrado curso, primero hacia la derecha y a la izquierda después. Tom dobló una rápida curva y exclamó:

-¡Huck, Huck!... ¡Mira aquí!...

Era la caja del tesoro, sin duda posible, colocada en una diminuta caverna, en compañía de un barril de pólvora, dos fusiles con fundas de cuero, dos o tres pares de mocasines viejos, un cinturón y otras cosas, todo empapado por la humedad de las goteras.

-¡Ya lo tenemos! -dijo Huck hundiendo las manos en las mohosas monedas. ¡Pero si somos ricos, Tom!

-Huck, yo siempre pensé que sería para nosotros. Parece cosa demasiado buena para creerse, pero aquí lo tenemos. ¡Aquí está! Ahora, no gastemos tiempo; vamos a sacarlo de aquí. Déjame ver si puedo sacar la caja.

Pesaba unas cincuenta libras. Tom podía levantarla un poco, pero no podía cargar con ella.

-Ya lo pensaba yo -dijo-; parecía que les pesaba mucho cuando se la llevaban de la casa encantada, y me fijé en ello. He hecho bien en traer las talegas.

En un momento metieron el dinero en los sacos y los subieron hasta la roca donde estaba la cruz.

Aparecieron después en la espesura del matorral. Miraron cautelosamente en torno, vieron que no andaba nadie por allí, y poco después estaban almorzando en el bote. Cuando el sol descendía ya hacia el ocaso desatracaron y emprendieron la vuelta. Tom fue bordeando la orilla durante el largo crepúsculo, charlando alegremente con Huck, y desembarcaron ya de noche.

-Ahora, Huck -dijo Tom-, vamos a esconder el dinero el desván de la leñera de la viuda, y yo iré por la mañana a contarlo para hacer el reparto, y después buscaremos un sitio en el bosque donde esté seguro. Tú te quedas aquí y cuidas de las bolsas mientras yo voy corriendo y tomo el carrito de Benny Taylor. No tardo un minuto.

Desapareció y a poco se presentó con el carro, puso en él las dos bolsas, las tapó con unos trapos y echó a andar arrastrando la carga. Cuando llegaron frente a la casa del galés se pararon para descansar. Ya se disponían a seguir su camino, cuando salió el galés a la puerta.

-¡Eh!... ¿Quién va ahí? :-dijo.

-Huck Finn y Tom Sawyer.

-¡Magnífico! Veníos conmigo, muchachos, que estáis haciendo esperar a todos. ¡Vamos ligero! Yo

os llevaré el carro. Pero... le pesa más de lo que parece... ¿Qué lleváis aquí? ¿Ladrillos o hierro viejo?

-Hierro viejo -contestó Tom.

-Ya me parecía. Los chicos de este pueblo gastan más trabajo y más tiempo en buscar cuatro pedazos de hierro viejo para venderlo en la fundición, que el que gastarían en ganar doble dinero trabajando como Dios manda. Pero así es la humanidad. ¡Ligero, muchachos, ligero!

Los chicos le preguntaron el porqué de aquel apresuramiento. Huck dijo, con una cierta desconfianza, porque estaba acostumbrado a falsas acusaciones.

-Señor Jones, no hemos estado haciendo nada malo.

El galés se echó a reír.

-De eso no sé nada, Huck. Yo no sé nada. ¿No estáis la viuda y tú en buenos términos?

-Sí. Al menos, ella ha sido buena conmigo.

-Pues, entonces, ¿qué tienes que temer?

Esta pregunta no estaba aún satisfactoriamente resuelta en la lenta mentalidad de Huck, cuando fue empujado, Juntamente con Tom, en el salón de recibo de la viuda. Jones dejó el carro junto a la puerta y entró tras ellos.

El salón estaba profusamente iluminado, y toda la gente de alguna importancia en el pueblo estaba allí: los Thatcher, los Harper, los Roger, tía Polly, Sid, Mary, el pastor, el director del periódico y muchos más, todos vestidos con el fondo del arca. La viuda recibió a los muchachos con tanta amabilidad como hubiera podido mostrar cualquiera ante dos seres de aquellas razas. Estaban cubiertos de la cabeza a los pies de barro y de sebo. Tía Polly se puso colorado como un tomate, de pura vergüenza, y frunció el ceño e hizo señas amenazadoras a Tom. Pero nadie sufrió tanto, sin embargo, como los pobres chicos.

-Tom no estaba en casa todavía -dijo El galés-; así es que desistí de buscarlo; pero me encontré con él y con Huck en mi misma puerta y me los traje corriendo.

-Hizo usted muy bien -dijo la viuda-. Venid conmigo, muchachos.

Se los llevó a una alcoba y les dijo: -Ahora os laváis y os vestís. Ahí están dos trajes nuevos, camisas, calcetines, todo completo. Son de Huck. No, no me des las gracias, Huck. El señor Jones ha comprado uno y yo el otro. Pero os vendrán bien a los

dos. Vestíos de prisa. Os esperamos, y en cuanto estéis lo bastante limpios, vais a la sala.

Después se marchó.

Capítulo 33

Si tuviéramos una soga nos podríamos descolgar, porque esa ventana no, está muy alta -dijo Huck.

-¿Y para que quieres descolgarte?

-No estoy hecho a esta clase de gente. No puedo aguantar eso. Yo no voy abajo, Tom.

-¡Cállate! Eso no es nada. A mí no me importa un comino. Yo estaré contigo.

Sid apareció en aquel momento.

-Tom -dijo-, la tía te ha estado esperando toda la tarde. Mary te había sacado el traje de los domingos, y todo el mundo estaba rabiando contra ti. Dime, ¿no es sebo y barro esto que tienes en la ropa?

-Anda con ojo, señor Sid, y no te metas en lo que no te importa. Y oye, ¿por qué han armado aquí todo esto?

Es una de las fiestas que suele dar la viuda. Esta vez es para el señor Jones y sus hijos, para agradecerles haberla salvado aquella noche. Y todavía puedo decirte otra cosa, si te interesa.

-¿Cuál?

-Pues que el señor Jones se figura que va a dar un gran golpe contando aquí a la gente una cosa que nadie sabe, pero yo se la oí mientras se la decía a tía Polly el otro día, en secreto, y me parece que ya no tiene mucho de secreto a estas horas. Todo el mundo lo sabe y la viuda también, por mucho que ella quiera hacer como que no se ha enterado. El señor Jones tenía empeño en que Huck estuviera aquí. No podía revelar su gran secreto sin Huck, ¿sabes?

-¿Qué secreto, Sid?

-El de Huck siguiendo a los ladrones hasta aquí. Me figuro que el señor Jones iba a darse mucha importancia con su sorpresa, pero le va a fallar.

Y Sid parecía muy contento y satisfecho.

-Sid, ¿has sido tú quien lo ha dicho?

-No importa quién haya sido. Alguien lo ha dicho, y con eso basta.

-Sólo hay una persona en el pueblo lo bastante ruin para hacer eso, y ése eres tú, Sid. Si tú hubieras estado en lugar de Huck. te hubieras escurrido por la ladera del monte y no hubieras dicho a nadie una palabra de los asesinos. No puedes hacer más que cosas bajas y no puedes ver que elogien a nadie por hacerlas buenas. Toma, y "no des las gracias", como dice la viuda.

Y Tom sacudió a Sid un par de bofetadas y le ayudó a ir hasta la puerta a puntapiés.

Pocos momentos después, los invitados de la viuda estaban sentados a la mesa para comer, y una docena de chiquillos, acomodados en mesitas laterales, según la moda de aquella tierra y de aquel tiempo. En el momento oportuno, mister Jones pronunció un discurso, en el que dio las gracias a la viuda por el honor que dispensaba a él y a sus hijos; pero dijo que había otra persona, cuya modestia...

Y siguió adelante por aquel camino. Disparé su secreto, de la participación de Huck en la aventura, en el más dramático estilo que su habilidad le permitió; pero la sorpresa que produjo era en gran parte fingida, por lo que no fue tan clamorosa y efusiva como lo hubiera sido en otras circunstancias. La viuda, sin embargo, representó bastante bien su

asombro, y amontonó tantos elogios y tanta gratitud sobre la cabeza de Huck, que casi se le olvidó al muchacho la incomodidad, ante el embarazo, insostenible del todo, de ser el blanco de las miradas de todos y sus laudatorios comentarios.

Dijo la viuda que pensaba dar albergue a Huck bajo su techo, y que recibiese una educación, y que, cuando pudiera hacerlo, le pondría en camino de ganarse la vida modestamente. La ocasión era única, y Tom la aprovechó.

-Huck no lo necesita --dijo-. Huck es rico.

Sólo el temor de faltar a la etiqueta impidió que estallase la risa que merecía aquella broma. Pero el silencio era un tanto embarazoso. Tom lo rompió.

-Huck tiene dinero -dijo-. Puede ser que ustedes no lo crean, pero lo tiene a montones. No hay por qué reírse; yo se lo mostraré. Esperen un minuto.

Salió corriendo del comedor. Todos se miraron, curiosos y perplejos, y después las miradas interrogantes se dirigieron a Huck, que seguía en silencio como un pez.

-Sid, ¿qué le pasa a Tom? -preguntó tía Polly-. Ese chico... ¡Nada! ¡No acaba una de entenderlo! Yo nunca...

-¡Ahí está! ¿Qué había dicho yo? La mitad es de Huck y la otra mitad, mía.

El espectáculo dejó a todos sin aliento. Todos miraban, fijos los ojos; nadie hablaba. Después, unánimemente, pidieron explicaciones. Tom dijo que podía darlas, y así lo hizo. Cuando llegó a su fin, m^{is}ter Jones dijo:

-¡Y creía yo que tenía preparada una sorpresa para

esta ocasión; pero ahora ha quedado reducida a la nada!

Como es fácil imaginarse, la inesperada fortuna de Tom y Huck produjo una intensa conmoción en el pobre lugarejo de San Petersburgo. Tan enorme suma, toda en dinero contante, parecía cosa increíble. Se habló de ella, se soñó con ella, se la magnificó hasta que la insana excitación llegó a perturbar la cabeza de más de un vecino. Todas las casas encantadas de San Petersburgo y de los pueblos cercanos fueron disecadas tabla por tabla, y arrancadas y analizados los cimientos piedra por piedra, en busca de ocultos tesoros; y no por chicuelos, sino por hombres grandes, y de los más grandes y menos noveleros muchos de ellos. Dondequiera que Tom y Huck se presentaban, eran agasajados, despertaban

la admiración y los contemplaban con embelesamiento.

La viuda de Douglas colocó el dinero de Huck al seis por ciento, y otro tanto hizo el juez Thatcher con el de Tom, a instancias de la tía Polly. Cada uno de ellos tenía ahora una renta, que era simplemente prodigiosa: un dólar por cada día de la semana durante todo el año, y medio los domingos. Era precisamente lo mismo que el pastor ganaba...; es decir, no: era precisamente lo que le habían prometido, aunque nunca conseguía hacerse con ellos. Un dólar y cuarto por semana bastaba para mantener, alojar y pagar la escuela a un muchacho en aquellos sencillos días de antaño, y hasta para vestirlo y lavarlo, por añadidura.

El juez Thatcher se había formado un alto concepto de Tom. Decía que un muchacho como otro cualquiera no hubiera logrado sacar a su hija de la cueva. Cuando Becky le contó, muy confidencialmente, cómo Tom se había hecho cargo del vapuleo que le correspondía a ella, en la escuela, el juez se emocionó visiblemente; y cuando ella trató de disculpar la gran mentira que habla dicho Tom para evitarle aquella paliza, y echársela él a costas, el juez dijo con gran entusiasmo que era aquélla una

noble, una generosa, una magnífica mentira; una mentira que podía tenérselas tiasas y pasar a la historia con la tan ponderada veracidad de Jorge Washington acerca del hacha. Becky pensó que nunca le había parecido su padre tan alto y magnífico como mientras se paseaba diciendo aquello. Salió disparando y fue a contárselo a Tom.

El juez Thatcher esperaba ver a Tom algún día hecho un gran abogado o un gran militar. Dijo que pensaba ocuparse en que el chico fuera admitido en la Academia Militar Nacional y después enseñado en la mejor escuela de Derecho del país, para que estuviera así en disposición de seguir una de las dos carretas, o las dos la vez.

Las riquezas de Huck Finn y el hecho de estar bajo la protección de la viuda de Douglas le introdujeron en la buena sociedad, o, mejor dicho, lo arrastraron a ella o lo metieron dentro de un empujón, y sus sufrimientos fueron casi superiores a sus fuerzas. Los criados de la viuda lo tenían limpio, acicalado, peinado y cepillado; lo acostaban todas las noches entre antipáticas sábanas, que no tenían ni una mota ni mancha que pudiera él apretar contra su corazón y reconocerla como amiga. Tenía que comer con tenedor y cuchillo: tenía que usar plato,

copa y servilleta; tenía que estudiar en un libro; tenía que ir a la iglesia.; tenía que hablar con tal corrección que el lenguaje se volvió insípido en su boca; hacia cualquier lado que mirara, las rejas y grilletes de la civilización le cerraban el paso y lo ataban de pies y manos.

Durante tres semanas soportó heroicamente sus angustias, y un buen día desapareció. Dos días y dos noches le buscó la acongojada viuda por todas partes. El público tomó el asunto con gran interés: registraron todas las cercanías de arriba abajo; dragaron el río en busca del cadáver. El tercer día, muy de mañana, Tom, con certero instinto, fue a hurgar por entre unas barricas viejas, detrás del antiguo matadero, y en una de ellas encontró al fugitivo. Huck había dormido allí: acababa de desayunar en aquel instante con heterogéneos artículos que había hurtado, y estaba tendido voluptuosamente, fumando una pipa. Estaba sucio, despeinado y cubierto con los antiguos andrajos que le habían hecho pintoresco en los tiempos en que era libre y dichoso. Tom lo sacó de allí, le contó los trastornos que había causado y trató de convencerlo de que volviera a casa de la viuda. El semblante de Huck

perdió su plácida expresión de bienestar y se puso sombrío y melancólico.

-No hables de eso, Tom -dijo-. Ya he hecho la prueba y no marcha; no marcha, Tom. No es para mí; no estoy hecho a eso. La viuda es muy cariñosa; pero no puedo aguantarla. Me hace levantar a la misma hora todas las mañanas; hace que me laven y me peinen y cepillen, hasta sacarme chispas; no me deja dormir en el cobertizo de la leña; tengo que llevar esa condenada ropa, que me martiriza, Tom; parece como que no deja entrar el aire, y es tan condenadamente fina que no puedo sentarme, ni echarme al suelo ni a rodar; hace ya .. años, parece, que no me he dejado resbalar por la entrada de un sótano; tengo que ir a la iglesia, y sudar y sudar; ¡no resisto los sermones! Allí no puedo cazar una mosca ni mascar tabaco, y todo el domingo tengo que llevar puesto los zapatos. La viuda come a toque de campana, se acuesta a toque de campana, se levanta a toque de campana... todo se hace con un orden tan atroz que no hay ser humano que lo resista.

-Pues mira, Huck, todo el mundo vive así.

-Eso no cambia nada, Tom. Yo no soy todo el mundo y no puedo con ello. Es horrible estar atado así. Y la comida le viene a uno demasiado fácil-

mente: ya no me tira El alimento. Tengo que pedir permiso para ir a pescar, y para ir a nadar, y hasta para toser. Además, tengo que hablar tan en fino que se me quitan las ganas de abrir la boca; y todos los días tengo que subirme al desván a maldecir un rato, para quitarme el gusto de la boca, y si no, me moriría, Tom. La viuda no me deja fumar ni gritar; no me deja quedarme con la boca abierta, ni estirarme, ni que me rasque delante de la gente. -Y después prosiguió, con una explosión de cólera y sentimiento-: Y, ¡maldita sea mi suerte!, ¡no para de rezar en todo el tiempo! Tenía que irme, Tom, no había otro remedio. Y, además, iba a empezar la escuela, y yo tenía que ir; y eso no puedo sufrirlo. Mira, Tom: ser rico no, es lo que se dice por ahí. No es más que reventarse y reventarse, y sudar y más sudar, y querer uno morirse cuanto antes. En cambio, esta ropa es de mi gusto, y no quiero dejarla. Nunca me hubiera yo visto en esta desgracia si no hubiera sido por aquel dinero. Anda y toma mi parte para tí, y me das diez centavos de vez en cuando, pero no muy a menudo, porque no aprecio nada por una cosa que no le cuesta a uno conseguirla. Y vas y le hablas a la viuda. por mí para que me deje.

-Huck, ya sabes que no puedo hacer eso. No está bien; y, además, si haces la prueba un poco más de tiempo, ya verás cómo acaba por gustarte.

-¡Gustarme! Sí, ¡como me gustaría un brasero si tuviera que estar sentado encima el tiempo que hiciera falta! No, Tom, no quiero ser rico, y no he de vivir en esas malditas casas, donde se ahoga uno. A mí me gustan las arboledas, y el río y las barricas, y con ellos me quedo. ¡Maldita sea! ¡Ahora que ya teníamos escopetas y la cueva y todo arreglado para ser bandoleros, viene esa condenada y lo estropea todo!

Tom vio, su oportunidad.

-Mira, Huck -le dijo-, el ser rico no me ha de quitar de ser bandido.

-¿No? ¿Lo dices de veras? ¿En serio, Tom?

-Tan en serio como que estoy aquí sentado. Pero mira, Huck, no podemos admitirte en la banda si no vives decentemente, ¿sabes?

A Huck se le aguló la alegría.

-¿No me podéis admitir, Tom? ¿No me dejaste que fuera pirata?

-Sí, pero no es lo mismo. Un bandido es persona de más tono que un pirata..., por regla general.

En muchos países, son de lo más alto de la nobleza: duques y cosas así.

- ¡Tom! ¡Tan amigo como has sido mío! No me dejarás fuera, ¿verdad? Eso no lo haces tú, Tom.

-Huck, yo no quisiera; pero, ¿qué diría la gente? Pues diría: ¡Bah, la banda de Tom Sawyer! ¡Hay en ella personas de malos. antecedentes! Y eso lo dirían por ti, Huck. A ti no te gustaría, y yo no quiero que lo digan.

Huck permaneció callado largo rato. En su mente se libraba una batalla. Al cabo dijo:

-Bueno; pues me volveré con la viuda por un mes, y probaré de nuevo, a ver si puedo llegar a aguantarlo, si tú me dejas formar parte de la banda.

-¡Corriente! ¡Trato hecho, Huck! Vente conmigo, compadre, y yo pediré a la viuda que te afloje un poquito.

-¿De veras, Tom? Muy bien. Si afloja un poco en las cosas que me cuestan más trabajo, fumaré a escondidas y maldeciré a solas, y saldré adelante o reventaré. ¿Cuándo vas a armar la banda para hacernos bandoleros?

-En seguida. Reuniremos a los muchachos, y esta misma noche celebraremos la fundación.

-¿Celebraremos qué?

-La iniciación o la fundación.

-¿Qué es eso?

-Es jurar que nos hemos de defender unos a otros, y no decir nunca los secretos de la banda, aunque lo corten a uno en tajadas, y matar a cualquiera, y a toda su familia, que haga daño a alguno de nosotros.

-Eso es divertido..., la mar de divertido. Te lo digo yo.

-Ya lo creo. Y todos esos juramentos hay que hacerlos a medianoche, en el sitio más solitario y más terrible que se pueda encontrar. Una casa encantada sería lo mejor; pero ahora están todas hechas escombros.

-Bueno, pero con hacerlo a medianoche vale.

-Sí, vale. Y hay que jurar sobre un cajón de muerto y firmarlo con sangre.

-¡Espléndido! Vamos, ¡si es mil veces mejor que hacer el pirata! No me voy a apartar de la viuda hasta que me pudra, Tom. Y si llego a ser un bandido de los de primer orden y que todo el mundo hable de mí, me parece que se sentirá orgullosa de haber sido ella la que me recogió de la calle.